

junio 1960

REVISTA SHELL



s h e l l

r e v i s t a

s h e l l

P O R T A D A

*Como es ya tradicional en esta
publicación, nuestra Portada
presenta el Premio Nacional de
Pintura de Venezuela - 1960.
Esta vez se trata del "Cuadro
3" (materiales diversos),
del pintor venezolano Jesús
Soto —actualmente radicado
en París, en intensa actividad
artística—, escogido por el
Jurado del XXI Salón Oficial
Anual de Arte Venezolano para
el premio mayor en este año.*

(Foto P. Maxim).

sumario

- RAÍZ, AMPLITUD Y DOCTRINA DE LA REVOLUCIÓN EMANCIPADORA. por *Augusto Mijares*: 6
- ¿QUÉ CRITERIOS DEBEN GUIARNOS EN EL FOMENTO ECONÓMICO DE UN PAÍS? por *Gustavo Polu*: 16
- LUGAR DE ORIGEN DE LOS TAMBORES REDONDOS BARLOVENTEÑOS. por *Juan Liscano*: 22
- PLANTAS CARNÍVORAS DE VENEZUELA. por *Federico Pannier P.*: 29
- RITMO, DANZA Y TRAVESURAS. por *Steffy Stahl*: 37
- LA EVOLUCIÓN ECONÓMICA DEL PAISAJE NATURAL EN EL VALLE DEL TURBIO. por *Lino Iribarren-Celis*: 42
- LA COLECCIÓN PIETRI II. por *Jaime Tello*: 50
- SIR ROBERT Y SUS AMIGOS VENEZOLANOS. por *Mannel Pérez Vila*: 62
- EL DESTINO DEL TEATRO. por *Mannel Rivas Lizaro*: 69
- LA LIBERTAD VIGILADA EN VENEZUELA: ORIGENES Y CONCEPTO. por *Ali Loster*: 74

"NUESTRA FOTO"

En la fotografía como en la pintura —y en nada se quiere recortar el trecho que las distingue, cada cual a su altura—, las cosas comunes que traen cansada la percepción de tanto ser asunto cotidiano, a veces se juntan milagrosamente —o mágicamente, y siempre estará el arte— para trascender por la emoción a rasgo de belleza, eutritmia, chispa del alma vibrando su genialidad. De allí que un buen pintor nos resulte también buen dibujante —dibujante de un solo trazo— por captación mecánica. Con esta foto —una pared, banderines al sol, el gato que pasó sólo una vez— el pintor Iván Petrovsky ganó el premio en la Exposición Nacional de Fotografía artística realizada en la Universidad Central de Venezuela. El nombre es simple: "Sombras".

RAIZ, AMPLITUD Y DOCTRINA DE LA REVOLUCION EMANCIPADORA

POR AUGUSTO MIJARES

LAS ILUSTRACIONES DE ESTE ARTÍCULO han sido tomadas del Archivo General de la Nación y de los libros "Miranda en la Revolución Francesa" y "Miranda y la Independencia de Venezuela", por Caracciolo Parra-Pérez; "Juan Pícorneil y la conspiración de Gual y España", por Casto Fulgencio López; "La Bandera de Miranda", por Santiago Key Ayala; "La Conspiración de Gual y España", por Pedro Grales; y "Humboldtiana", por Arístides Rojas.

Un trabajo que podría absorber durante largo tiempo los esfuerzos de un equipo de buenos historiadores, pero que sería ampliamente recompensado por sus frutos, es el de estudiar la emancipación hispanoamericana como un cuerpo de doctrina que tiene como base estas tres características: 1º una larga preparación ideológica, que es nuestra emancipación de fondo muy anterior a la separación material de la Metrópoli; 2º una amplia raigambre colectiva, que es un mérito al concepto simplista de que la Independencia hispanoamericana fue una improvisación personalista, una hazaña caudillesca, una mera aventura afortunada; 3º que dentro de aquel cuerpo de doctrina existe una estrecha correlación entre la finalidad que se perseguía (que era la organización de una nueva sociedad, y no la simple secesión de España) y los medios mediante los cuales se lograría esa revolución.

Para exponer en pocas páginas un tema tan vasto tendré que referirme exclusivamente a los elementos con que contamos en Venezuela para desarrollarlo, y, aun dentro de esa limitación, mis planteamientos han de ser tan sucintos que, para comprenderlos debidamente, el lector tendrá que desmenuzarlos según sus conocimientos, a medida que los señalo, puesto que si yo mismo quisiera exponerlos debidamente necesitaría los muchos volúmenes que pido a ese equipo de trabajadores.

Desde mediados del siglo XVIII aparece en Venezuela, claramente expresado, el propósito de Independencia. Durante la sublevación comenzada en 1749 y que se llamó de Juan Francisco de León o de Panaquire, aunque en realidad fue de toda la Provincia y con participación de todas las clases sociales, el hijo de aquel caudillo escribía a uno de sus partidarios: "Pues ya ve Vuestra Merced que nos toca de obligación el defender nuestra patria, porque si no la defendemos seremos esclavos de todos ellos". En sus declaraciones durante el proceso posterior, uno de los reos descubre "que ni León ni él tenían la culpa de este levantamiento, que quien era la causa son las muchas cartas que los mas de los días recebia el dho León de Caracas, y que estas selas dava a leer a el para que las oyeran todos los demas a fin de enterarlos enel estado que estaba su dependenzia". Y esta misma amplitud del movimiento la señala uno de los jueces al afirmar que aquellos acontecimientos habían dejado a toda la Provincia "alborotada y libertosa", sabrosa frase que dentro de la sequedad curialesca parece un fragmento de proclama. Por su parte, una de las más altas autoridades de la Provincia, el Intendente Abalos, informaba sin ambages a la Metrópoli: "El nombre del Rey, el de sus Ministros y todos los españoles se oye por estos Patrios con el mayor tedio, aversión y desafecto... El encono y tono doloroso con que se lamentan se hace mayor cada día, y si S.M. no les concede o dilata el libre comercio sobre que aspiran no puede contar con la fidelidad de estos vasallos, pues a cualquiera insinuación y auxilio que les amaguen los enemigos de la Corona prestarán pronto sus oídos y corazones y será imposible o muy difícil el remedio... No es este un vaticinio vano, sino pronóstico de un conocimiento inmediato de la tierra...".

¿Se necesitan más pruebas para dejar establecido que aquel movimiento, a mediados del siglo XVIII era ya, en lo espiritual, el primer episodio de la declaración de independencia que vendría sesenta años más tarde?

Francisco de Miranda





Arriba: Daniel Florencio O'Leary
Derecha: Antonio Guzmán Blanco

Algunos de nuestros críticos de la historia han restado importancia política a aquellas manifestaciones de la nacionalidad ocurridas durante la sublevación de De León, haciendo resaltar el hecho de que fueron causas económicas las que desataron el descontento de la Provincia, y hasta han tratado de hacer valer, con cierto menosprecio, que el apego de los criollos al contrabando movía en gran parte sus ánimos. Esa concordancia de muchos motivos de diferente índole es inevitable en cualquier acción humana, y más en las colectivas; pero en el punto concreto de la emancipación, recuérdese que también entre los severos anglosajones del Norte —que tan a menudo una pseudo sociología simplista opone, con sentido pesimista, a lo nuestro— también entre ellos, digo, se presentaría análoga intervención de las causas económicas; y por cierto, que Inglaterra había impuesto trabas a su comercio no menos opresoras que las arbitradas por España para nosotros, que también ellos ocurrieron al contrabando para superarlas, y consideraron “detestable” la posibilidad de suprimirlo. “Los coloniales —escribe Maurois— no tenían el menor escrúpulo en dedicarse al contrabando, pues consideraban las Actas como injustas; los funcionarios ingleses encargados del control, o se dejaban sobornar, o permanecían en Inglaterra, cobrando sus sueldos sin ocupar jamás sus cargos”.

Pero no me privaré tampoco de la satisfacción de comentar todo lo que tiene de novedoso y limpio la exhortación del hijo de De León, que he citado: “Pues ya ve Vuestra Merced que tenemos de obligación el defender nuestra patria...”. Sin exageración podemos decir que, a mediados del siglo XVII, quizás en ningún otro episodio de la historia universal encontramos una invocación a la Patria tan categórica. Recordemos que para entonces los sentimientos de nacionalidad estaban todavía en formación: los que después se llamarían “ciudadanos” y “compatriotas”, se llamaban entonces simplemente “súbditos” de tal o cual soberano; para mover a los pueblos se invocaba su condición de “leales vasallos”, y ni siquiera los viejos gentilicios —ingleses, españoles, franceses— tenían fuerza de aglutinamiento moral, menos aún el concepto abstracto de Patria. Y es un joven campesino venezolano, casi iletrado, pero influenciado quién sabe por cuáles imponderables influencias de ambiente, el que por primera vez hace sonar la virgen campana que pide para la Patria —sin personificación de soberano alguno— lo más hermoso que puede dar el hombre: la obligación.

Después de la insurrección de Juan Francisco de León —detrás de la cual hay, además, cincuenta años de lucha cívica de nuestros Cabildos— encontramos como primer brote vigoroso de nuestra nacionalidad en formación el caso de Miranda.

No intentaré, desde luego, tratar aquí los múltiples aspectos que tiene el apostolado del Precursor, primer americano que logra hacer oír la voz de estos pueblos en Europa y que, plantando por otra parte sus discípulos en todo el continente, asegura para siempre la conciencia de su solidaridad. Pero sí me referiré a una peculiaridad de aquel apostolado que no ha sido bastante valorizada, y que se une estrechamente al orden de ideas que vengo persiguiendo. Es que cuando Miranda comienza a pensar en la emancipación del continente, lo primero que tiene en mientes es la subsiguiente organización del mundo que desea ver libre. Y por eso sus prolongados viajes por toda Europa, no son sólo en busca de recursos para venir a combatir en el Nuevo Mundo —en su Colombia— sino de afanoso estudio sobre cuantos problemas han de presentársenos, políticos, morales, administrativos o legales. En su Archivo consta cómo se ocupa en cada país en estudiar la historia, el sistema de gobierno, las leyes, las costumbres, el arte, los progresos de la educación popular, universidades y bibliotecas, la

organización penitenciaria, puertos, minas, ejércitos, fortificaciones, sistemas de regadío, etc.

Quiero con estas observaciones destacar cómo encontramos siempre alrededor de la idea de independencia, un propósito social, de perfeccionamiento ulterior de nuestra América, que es lo que he llamado la doctrina de la emancipación.

Bien puedo, pues, fiel a esa línea de exposición, saltar de lo más grande y aparente, a inquirir también en lo colectivo y cotidiano cómo se formaba dentro de la propia Provincia la conciencia nacional. Y no me parece pedante darle ese alcance a algunos hechos culturales, al parecer de exiguo ambiente, pero que tienen como característica común indicarnos la emancipación de lo hispanoamericano, que quiero destacar.

Uno de esos hechos es que la Escuela de Música de Caracas —que daría después tantas obras valiosas, algunas de categoría mundial— fue fundada, no por iniciativa de la Metrópoli, ni siquiera con su ayuda, sino por esfuerzos de los propios criollos: el Padre Don Pedro Sojo, nos cuenta Gil Fortoul, “trajo de Roma un Archivo de Música Clásica, textos de enseñanza y los primeros instrumentos de viento, aumentados después con otros que le envió el Emperador de Austria, en agradecimiento a la buena acogida que dispensara Sojo a unos naturalistas austriacos”. Socialmente, la Escuela tuvo además dos resultados tan felices como imprevistos: ampliar la vida exterior de nuestro murado *mantuanismo* y, a la vez, como lo observó Humboldt, aproximar al pueblo, con el cual convivió sin reparos en aquel común afán de deleite artístico y de superación.

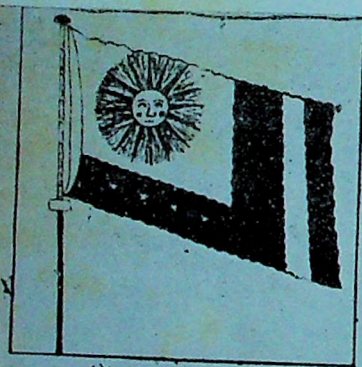
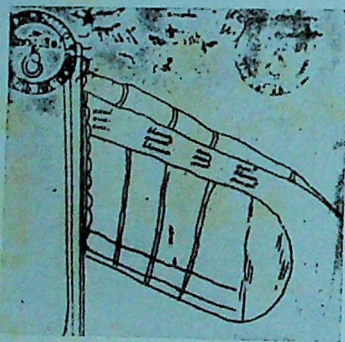
La misma característica de esfuerzo autónomo que tiene la fundación de la Escuela de Música, la encontramos en la renovación que entonces se intentaba en la Universidad de Caracas. Debióse casi exclusivamente al Padre Baltasar Marrero, como lo reconoció en 1827 el claustro universitario presidido por Vargas, al calificarlo de “ilustre fundador de la clase de filosofía moderna en Venezuela”. Ahora bien, el Padre Marrero adquirió todos sus conocimientos en la propia Provincia, o con más precisión, como lo señala el Dr. Caracciolo Parra León, “formó todo su saber y desarrollo, todas sus inclinaciones, dentro de la ciudad de Caracas, de donde jamás salió sino accidentalmente y para el interior de la Provincia...”.

Dato simétrico, en lo social, a esa renovación de nuestra alta cultura, lo encontramos en la petición que un grupo de pardos introdujo ante el Ayuntamiento de Caracas, para que se les permitiera fundar, con sus recursos, una Escuela de Primeras Letras destinada a las clases más humildes. En la tramitación a que dio lugar esta iniciativa se tocaron puntos tan avanzados como el de la obligatoriedad escolar, el carácter que debía tener la enseñanza, la necesidad de formar maestros, y, en este último punto, se propone que también pudiera escogerse entre los egresados de la Escuela a su futuro personal docente. (Son datos que tomo de una tesis inédita de la doctora Leonor Borifoll).

Por doquiera se manifestaba una sociedad pujante, que tanto en lo cultural como en lo político tenía ambiciones nuevas y arbitraba numerosos recursos para realizarlas.

En el solo año de 1794 llegaron a Caracas ochenta cajas de libros: setenta y una de España y nueve del extranjero, según dato de Aristides Rojas. Parece que esas cifras pudieran hacernos sonreír, acostumbrados como estamos hoy a devorar montañas de papel impreso; pero advertimos que algunos años antes, en Norteamérica, se consideró algo excepcional la biblioteca fundada por Franklin en Filadelfia, y uno de sus biógrafos advierte que “de cuarenta y cinco obras que los Directores recomendaron en 1731, nueve fueron científicas, ocho históricas, ocho morales y políticas, seis de derecho y filosofía, tres





Contra el mal de la vida
en estos tiempos mudos
de la vida de los hombres
por un momento de guerra
de la vida y de la vida
de la vida y de la vida
de la vida y de la vida

de lengua inglesa, dos de geografía, cinco de artes útiles y
oficios diversos, dos diccionarios y dos clásicos: Homero y
Virgilio, traducidos al inglés. No había novelas, ni dramas,
ni libros de poesía, ni teología contemporánea.

En Venezuela algunos conocimientos literarios ligados a la
política estaban tan difundidos que habiendo traducido Bello
—a la sazón bastante joven— la tragedia *Zulima* de Voltaire,
cuando le reprochó Bolívar haber escogido obra de tan escaso
mérito, a su juicio, Bello le contestó que las otras tragedias de
Voltaire habían sido ya vertidas al castellano; lo cual prueba
que en Caracas se conocía toda la obra del apasionante —y
prohibido— escritor francés.

Que no exagere al agrupar estos hechos como indicios de
la formación que en los más variados aspectos iba adquiriendo
el carácter nacional, lo prueba la observación de conjunto que
para la misma época hizo Humboldt al visitarnos: "Las comuni-
caciones múltiples —escribió— con la Europa comerciante,
y ese mar de las Antillas que he descrito antes como un Medi-
terráneo con muchas bocas, han influido poderosamente sobre

el progreso de la sociedad en la isla de Cuba y en las bellas
Provincias de Venezuela. En ninguna parte de América la
sociedad ha tomado una fisonomía más europea".

Parece que el sabio alemán se lamentaba después de no
haber adivinado los indicios de nuestra independencia en ese
ambiente: "Durante mi permanencia en América —confesaba
a O'Leary— jamás encontré descontento; pero sí observé que
si no existía grande amor hacia España, había por lo menos
conformidad con el régimen establecido. Más tarde, al co-
menzar la lucha, fue cuando comprendí que me habían ocul-
tado la verdad y que en lugar de amor existían odios profun-
dos e inveterados que estallaron en medio de un torbellino de
represalias y venganzas". A esto podría observarse que no
se trataba de odios, ni siquiera de verdadero descontento. Los
odios vinieron después, como sucede en todas las guerras, y
por infortunadas circunstancias fortuitas. En la Venezuela
pre-revolucionaria no había sino esa plenitud, ese deseo de
superación que Humboldt llama europeísmo; y debía conducir
a la independencia, porque ésta era su natural culminación,
no para satisfacer rencores, que, repito, nacieron en el curso
de la lucha por causas relativamente superficiales.

Por eso es más completa y halagüeña que la de Humboldt
la observación que en 1808 hizo otro extranjero, el capitán
inglés Beaver, comandante del buque de guerra "Acasta", a
quien habían encargado de explorar el estado de la opinión
pública en Venezuela: "Creo poder aventurarme a decir —in-
formó— que son (los criollos) leales en extremo y apasiona-
damente adictos a la rama española de la casa de Borbón;
y que mientras haya alguna probabilidad de la vuelta de Fer-
nando VII a Madrid, permanecerán unidos a su Madre Patria.
Pero si aquello no sucediese pronto, creo poder afirmar, con
igual certidumbre, que se declararán independientes por sí mis-
mos... Estos habitantes no son de ningún modo aquella raza
indolente y degenerada que encontramos en la misma latitud
de Oriente: antes parecen tener todo el vigor intelectual y
energía de carácter que se han considerado generalmente como
distintivos de los habitantes de regiones más setentrionales".

Por otra parte, pruebas evidentes de que aquel desarrollo
nacional se dirigía decididamente a la acción política, no fal-
taban. Pocos antes de la llegada de Humboldt habían aflorado
varias sediciones, y en la más importante de ellas —la de Gual
y España— se fijaban en las "Ordenanzas" que debían regirla,
principios tan audaces como éstos: "restituir al Pueblo Ame-
ricano su libertad" ... "queda, desde luego, abolida la esclavitud
como contraria a la humanidad" ... "se declara la igual-
dad natural entre todos los habitantes de las Provincias y Dis-
tritos, y se encarga que entre Blancos, Indios, Pardos y More-
nos, reine la mayor armonía, mirándose como hermanos en
Jesucristo, iguales por Dios"; y la propia enseña nacional que
se proponía —blanca, azul, amarilla y encarnada— sería el
símbolo de esa igualdad racial y de clases, así como de los
cuatro derechos fundamentales del hombre: igualdad, libertad,
propiedad y seguridad.

Valiosas investigaciones de doña Dolores Bonet de Sorillo
y de don Pedro Grases, y el admirable estudio de don Casto
Fulgencio López sobre "Juan Picornell y la Conspiración de
Gual y España", prueban la influencia de los liberales espa-
ñoles en aquella conjuración, a través de los presos que mandó
a la América el gobierno metropolitano a consecuencia de la
llamada "Conspiración de San Blas". Pero la preparación
revolucionaria que encontró esa influencia en la Provincia se
evidencia con este solo dato: Picornell fue desembarcado en
La Guaira, preso, en diciembre de 1796, y siete meses más
tarde la conspiración, completa en todos sus pormenores y
doctrina, salía a la luz pública. ¿Cómo hubiera podido un

preso político, "abovedado" en las prisiones subterráneas de
La Guaira, mover a la rebelión a los criollos —y entre ellos a
individuos de primera categoría, como eran Gual y España—
si no hubiera existido un denso ambiente de preparación polí-
tica en la Provincia? Don Casto Fulgencio López deja esta-
blecido además, que, por lo menos desde 1794, los conspira-
dores de La Guaira hablaban ya de la revolución.

En cuanto a la audacia de los objetivos que se proponían
los conspiradores, recuérdese como punto de comparación que
en las colonias españolas del Norte no se pensó ni por un
momento. Durante la lucha de Independencia, en esa igualdad
que proclamaban nuestros separatistas. Maurois, en la obra
citada, insiste en el conocido hecho de que los líderes de la
revolución americana "no pensaban en absoluto en am-
pliar el sufragio a los esclavos". Y el hecho de
que en la América no existía el problema racial, nos indica
lo mucho de hispanoamericano que tuvo aquella conspiración;
así como la desconfianza también de las influencias de la Revolución

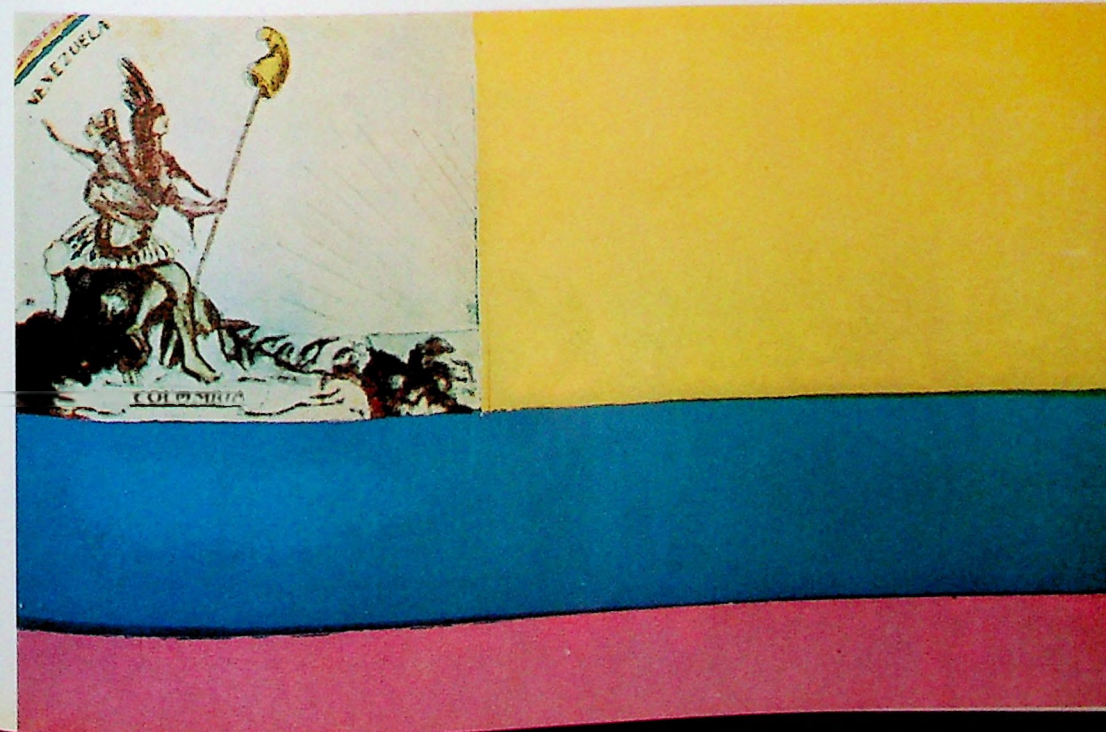
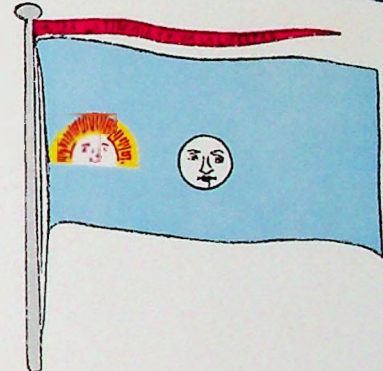
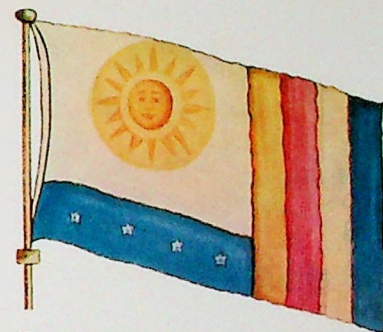
Izq. arr.: La Primera Bandera Republicana. Primer diseño hecho por
Gual de la Bandera de la República, con los colores azul, blanco,
encarnado y amarillo. Fue encontrado entre sus papeles en Santa
Lucía. Copiado del original existente en el Archivo de Indias de
Sevilla. Audiencia de Caracas, 429.

Izq. ab.: Copia de la Bandera de la República. Remitida por Gual
desde Trinidad al Cura de Caripano con el joven Manuel España.
Archivo de Indias, Audiencia de Caracas, 436.

Der. arr.: Bandera definitiva de la República, dibujada en colores por
el Ingeniero Miguel de Larreleta, según las indicaciones de Gual,
entre cuyos papeles fue encontrada y remitida por el Gobernador
Pedro Carbonell a Su Majestad, en carta del 28 de junio de 1799.
Archivo de Indias, Estado, 58 (38).

Der. ab.: Insignia de la nave capitana de Miranda. Diseño existente
en los archivos españoles.

Ab.: Pabellón nacional de Venezuela, enarbolado en los barcos vene-
zolanos, después de la Declaración de la Independencia. Diseño exis-
tente en los archivos británicos.



Francesa la invocación religiosa bajo la cual se pone la igualdad de blancos, indios, pardos y morenos.

Debo insistir tanto en la originalidad y el radicalismo de nuestra doctrina emancipadora porque al final de este estudio me refiero a un juicio de Juan Vicente González que anularía la intervención de esa doctrina en la evolución democrática de Venezuela.

Volviendo a los datos documentales que prueban la raíz profunda y la amplia difusión de aquellas ideas revolucionarias, encontramos otro muy valioso en la vida de Juan Germán Roscio. Este jurista consultó el rollo debía de ser, después, con Francisco Isnardi, el redactor de nuestra Acta de la Independencia, y, durante la guerra, un valiente y abnegado doctrinario del movimiento libertador. A fines del XVIII era sólo, aparentemente, uno de tantos abogados que ejercían en Caracas, pero aun en estrados dejó constancia de sus ideas de libertad e igualdad: "los hombres —alegaba en 1798— nacieron todos libres, y todos son igualmente nobles, como formados de una misma masa, y creados a imagen y semejanza de Dios".

Esta y otras "alarmantes" proposiciones —según el calificativo que les dio un celoso abogado contemporáneo— salieron a la luz por la oposición a que fuera recibido en el Colegio de Abogados de Caracas, que le hicieron algunos colegas a Roscio en aquella época. Roscio había nacido en el interior del país, hijo de un italiano y una mestiza, y según el historiador E. A. Yanes, recibió educación gracias a los cuidados y generosidad de doña María de la Luz Pacheco, hija del Conde de San Javier. "Tenía esta señora —dice Yanes— la filantrópica costumbre de traer, de todos los puntos del territorio, niños que, confiados a ella por sus familias, recibían luego de su liberalidad, los inapreciables dones de la enseñanza. De este número fue Juan Germán Roscio...". Este dato tiene también un grato sabor de sensibilidad social que muchos no esperarían encontrar en nuestro siglo XVIII.

Observe el lector que he ido exponiendo, en espiral ascendente, el cuerpo de doctrina que bajo los más variados aspectos fue ambiente y matriz de nuestra revolución emancipadora. Quiero probar que la Guerra de Independencia no se hizo para separarnos de España solamente, ni fue tampoco una improvisación a la cual se diera *a posteriori* una apresurada justificación doctrinaria. Nació de una concordancia de objetivos, cuya firmeza y continuidad honran al pensamiento venezolano y le dan a nuestra emancipación alcance perdurable.

Es lo que deseaba puntualizar don Simón Rodríguez cuando advertía: "Bolívar no vio en la dependencia de la España oprobio ni vergüenza, como veía el vulgo; sino un obstáculo a los progresos de la sociedad de su país". Y en estrecha relación con lo anterior, establece: "Alborotar a un pueblo por sorpresa, o seducirlo con promesas, es fácil; constituirlo, es muy difícil: por un motivo cualquiera se puede emprender lo primero; en las medidas que se toman para lo segundo se descubre si en el alboroto o en la seducción hubo proyecto; y el proyecto es el que honra o deshonra los procedimientos: donde no hay proyecto no hay mérito".

Esos "progresos de la sociedad", que debían obtenerse como finalidad y justificación de la Independencia; ese "proyecto" constructivo, indispensable para que la revolución emancipadora no quedara reducida a una simple rebelión rencorosa, fue sentimiento casi unánime en los otros libertadores.

Se prolonga además —y esto es también muy importante subrayarlo como eje de nuestra evolución republicana— hasta los políticos y pensadores de la generación subsiguiente, hasta mediados del siglo XIX, en que nuestras reiteradas desdichas políticas acababan por alejar a la conciencia nacional de aquel elevado objetivo, la dispersan y extravían entre las mezquindades de la lucha fratricida, y de la propia Independencia no

dejan más recuerdo que el de una pintoresca y empenachada aventura.

Funesta consecuencia de eso fue que la glorificación de los libertadores se convirtió, a su vez, en un fetichismo estéril y en un culto puramente formal. Se alardeaba de venerar exaltadamente su memoria, pero en realidad sus ideas fundamentales se olvidaban cada día más y hasta la misma fanfarria que se tocaba diariamente en su honor era una mixtificación de los propósitos que ellos tuvieron de olvidar la guerra para levantar sobre sus escombros una Patria digna y segura.

Claro está que seguir exponiendo esa doctrina revolucionaria de la emancipación, con los pormenores y la crítica que serían indispensables, y llevar esa exposición —como desearía— hasta lo que hicieron o intentaron hombres como Bello, Rodríguez, Vargas, Cagigal, Toro, Soublette, etc., durante la reorganización republicana subsiguiente, desbordaría

en mucho la extensión que puede tener este trabajo. En otros estudios he intentado desarrollar el tema, especialmente en mi conferencia en la Universidad Central sobre "Ideología de la Revolución Emancipadora"; pero debo advertir —con paradójica satisfacción— que en ninguno de esos intentos he logrado acercarme siquiera a la enunciación cabal de todos los puntos que deberían tocarse.

Prefiero, pues, insistir en cómo olvidó América —y Venezuela en particular— esa fecunda realidad de que, en lo esencial, su emancipación fue doctrina y no guerra; que, por consiguiente, tiene vigencia permanente y no debe relegarse al pasado; que no debe ser recuerdo y culto, sino consigna de acción y programa de trabajo para pensadores y estadistas.

En estos días ha vuelto a recordarse con frecuencia la sibilina frase de Juan Vicente González, según la cual Boyes fue "el primer jefe de la democracia venezolana".

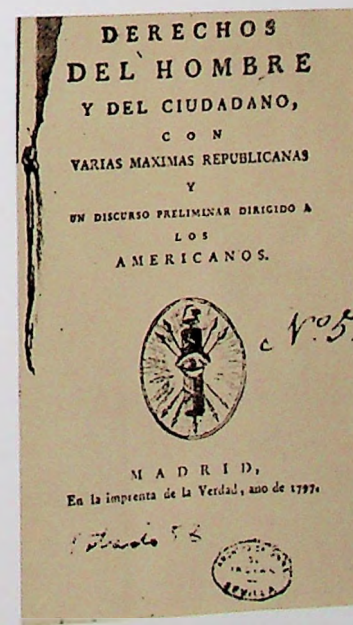
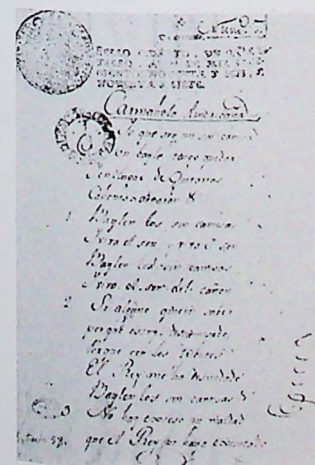
Es natural que los que siguen la interpretación materialista de la historia recojan con entusiasmo aquel juicio. Dentro de esa interpretación significaría un arisbo genial, a saber: que la democracia no es cuestión de ideologías y de sentimientos, sino de hechos; que no se conquista por la prédica y las teorías, sino moviendo directamente las masas a la nivelación social y a la conquista del poder.

Pero lo curioso es que muchos otros escritores venezolanos —incluso algunos francamente reaccionarios— han dado acogida calurosa a aquella aparente glorificación del devastador guerrillero; por lo cual presumo que, en estos últimos, ha predominado ese concepto pintoresco y superficial de la historia a que me he referido. Sin duda les parece "muy bonito" evocar al irresistible lancero al frente de sus huestes semi-bárbaras, y eso basta para despertar su entusiasmo.

Pág. op.: Juan Batista (Mariano) Picornell. Tomado de la obra de Luis L. Franco, Política continental americana... La Habana, 1947. Ab. Izq.: Cartamánola Americana, facsimil de la transcripción hecha a España, por Rafael Diego Mérida, en 1799, de las canciones revolucionarias derivadas de la Conspiración de Gual y España. Hoja inicial de la copia existente en el Archivo de Indias de Sevilla. Dice así: "Yo que soy un sin camisa / Un bayle tengo que dar. / Y en lugar de las guitarras, / Cañones sonaran. / Baylen los sin camisas / Y viva el son, y viva el son: / Baylen los sin camisas / Y viva el son del cañón / Si alguno quiere saber / Porque estoy descamisado. / Porque con los tributos / El Rey me ha desnudado / Baylen los sin camisas, etc. / No hay exceso ni maldad / Que el Rey no haya executado."

Ab. cent.: Portada de la primera edición de los "Derechos del Hombre" hecha por Picornell en La Guadalupe, en 1797. Archivo de Indias, Estado, 58, núm. 5.

Ab. der.: Muestra de las Máximas Republicanas con que termina el libro de los "Derechos del Hombre".



MAXIMAS REPUBLICANAS.

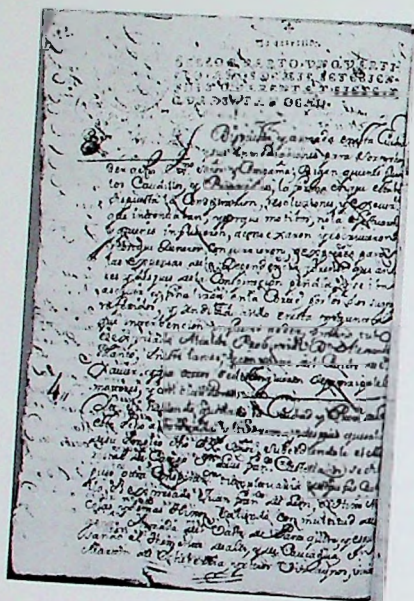
No basta el no hacer mal alguno,
es necesario hacer todo el bien
que se puede.

El Ser Supremo cree firmemente que los hombres y a este Ser Supremo consagra sus primeros pensamientos y alabanzas, y rinde incesantemente sus homenajes: el es quien le dio un alma inmortal, quien le dio la vida, el es quien le dio la razón, y ha hecho a todos los hombres libres e iguales.

El culto que el hombre debe a Dios, es la observancia de los preceptos, la práctica de las virtudes, y de los derechos del hombre.

Aquel que vive bien a su Patria, con sus talentos, y con sus brazos, sirve bien al Ser Supremo.

La Patria es el objeto amado de todo hom-



He vno f. mas tola deo b...
que sion el de fen dea me...
exora pu tria por f. vno
la de fende mas se remare
Cha bol de go cose bor 2...
ris co no aiga fatha
Ye quanto se ofrese y
pagar a dios quando a
vmd. me chas a nos la v...
Cagua y a go to dios 2...
eze de milre 20000
sin cuenta 2 un ano
desia a migo f. loerim
2 ben de sea

Nicola de
Lenon

Fig. arr.: Sesenta años antes de los movimientos de 1810 que culminaron con la Independencia, la sublevación de Juan Francisco de León había dejado a Venezuela "aborotada y libertosa", según afirma uno de los jueces en el documento que reproducimos (Ver ítem 4, segunda línea).
Fig. ab.: Fragmento de una carta de Nicolás de León, hijo de Don Juan Francisco. En ella decía a uno de sus partidarios: "pues ya he vno q. nos toca de obligación el defender nuestra patria porq. si no la defendemos seremos esclavos de todos ellos". Es un joven campesino venezolano el que por primera vez hace sonar la virgen campana que pide para la Patria —sin personificación de soberano alguno— lo más hermoso que puede dar el hombre: la obligación.
Pág. op.: Uno de los comprometidos en la sublevación de Juan Francisco de León dice que las verdaderas causas de ésta eran las muchas cartas que recibían de Caracas, las cuales le daba a leer aquel cántico "a fin de enterarlos en el estado que estaba sudpendencia". ¿Se hablaba ya de Independencia en Venezuela a mediados del Siglo XVIII? (Ver última línea de la página que se reproduce).

Por mi parte, me limitaré a observar que la vida del propio autor de aquella frase fue un mentís a su afirmación. Porque Juan Vicente González era "expósito", hijo de padres desconocidos, y como tal no hubiera podido presentar el expediente de "limpieza de sangre" que era indispensable durante la Colonia para ingresar en la Universidad. Si él disfrutó, pues, de la enseñanza universitaria y más tarde de otras prerrogativas anexas a ésta, y de la "libertad" de prensa que tanta notoriedad le permitió adquirir, no fue por obra de Boves y sus huestes, sino de los "ideólogos" que abrieron la Universidad a todos, sin distinción de clases ni creencias, que consagraron en las leyes las garantías de la libertad, y que —como gobernantes— sacrificaron su tranquilidad, y a veces su buen nombre frente a las calumnias, para afirmar esas bases indispensables a la República. Si Boves hubiera triunfado, nada de eso habría prosperado.

Otro hecho, de muy diferente índole, me ha hecho pensar también en ese olvido o tergiversación de nuestra historia que comento. Me refiero a que, comentando algunos diarios recientes el Decreto de Guzmán Blanco sobre Instrucción Primaria obligatoria y gratuita, sacaron a luz los documentos de la época según los cuales el propio Guzmán y su ministro Sanabria enlazaban la paternidad de su iniciativa a la gloriosa campaña por la educación que el argentino Sarmiento realizaba en aquellos días. Pero lo más impresionante es que los propios periodistas de hoy consideraron que efectivamente debíamos a la influencia de Sarmiento aquel Decreto de 1870.

Ahora bien, en Venezuela existía en materia de educación popular una insistente tradición que Guzmán Blanco y sus colaboradores no debían ignorar, y menos desconocer hoy. Desde la época colonial se habían realizado iniciativas audaces, como esa de la Escuela de Pardos de que he hablado. Don Simón Rodríguez, Miguel José Sanz y otros habían pedido escuelas para el pueblo. Más tarde Bolívar toma incansablemente sobre sí el mismo empeño, recibe con alborozo a su antiguo maestro y proyecta juntos las escuelas artesanales que tendrían como objetivo "colonizar el país con sus propios habitantes"; la Municipalidad de Caracas trae a nuestra capital a Lancaster, ya con fama mundial, y el Libertador se entusiasma tanto por su método de "enseñanza mutua" que de sus comprometidos bienes desembolsa 22.000 duros para financiarlo. José Rafael Revenga, el secretario y ministro de Bolívar, político y financiero por sus atribuciones específicas, deja de lado estas actividades en cuantas ocasiones puede, para ocuparse en la educación popular; con la perspicacia de un profesional advierte que la educación primaria no puede prosperar sin la formación previa de personal docente y concibe las Escuelas Normales gratuitas, para las cuales aporta también material de enseñanza comprado por él mismo con una corta

diso estas siguientes palabras, no entra paga
suelito, que ya reconcentra con un destierro pe
petujo, pero quien son, ni el tenían la culpa de
este tanta miento, que qui en era la causa son las
muchas cartas que los mas de los dias venia en
Leon de Caracas, y que estas cosas dan a leer a el p
ra que las cosas de los de mas a fin de enterar
en el estado que estaba sudpendencia, tamien

cantidad que casi por casualidad gana en un proceso. Cagigal establece en su Escuela de Matemáticas la capacitación técnica de nuestros artesanos, llama a los militares a los conocimientos y tareas de la ingeniería civil, y reitera el principio de que la educación nacional ha de tener como finalidad la reconstrucción cívica y moral de la República. Vargas asesora a Bolívar en las medidas que abren la Universidad para todos; pero es al mismo tiempo el apóstol infatigable de la educación popular; se ocupa desde la Presidencia de la República en la elaboración de "cartillas" para enseñar a los soldados y a los niños pobres, desde el exilio da orden de pagar, de sus recursos, esos textos que habían quedado en la imprenta...

¿Se había olvidado todo eso en tiempos de Guzmán Blanco? ¿O no había interés en reconocerlo porque no encajaba entre "las glorias del Gran Partido Liberal"?

Don Simón Rodríguez había escrito: "...herencias, privilegios y usurpaciones es la divisa de las monarquías; la de las Repúblicas debe ser Educación Popular, destinación a ejercicios útiles, aspiración fundada a la propiedad".

Vargas había advertido: "¿De qué servirán las medidas intelectuales de un corto número en medio de una inmensa masa ineducada?"

Y Cagigal reclamó colérico: "Si en otras materias hemos tenido a honra seguir las huellas de los Estados Unidos del Norte, parece que ha habido empeño en no imitarlos en la largueza con que han dotado la instrucción primaria".

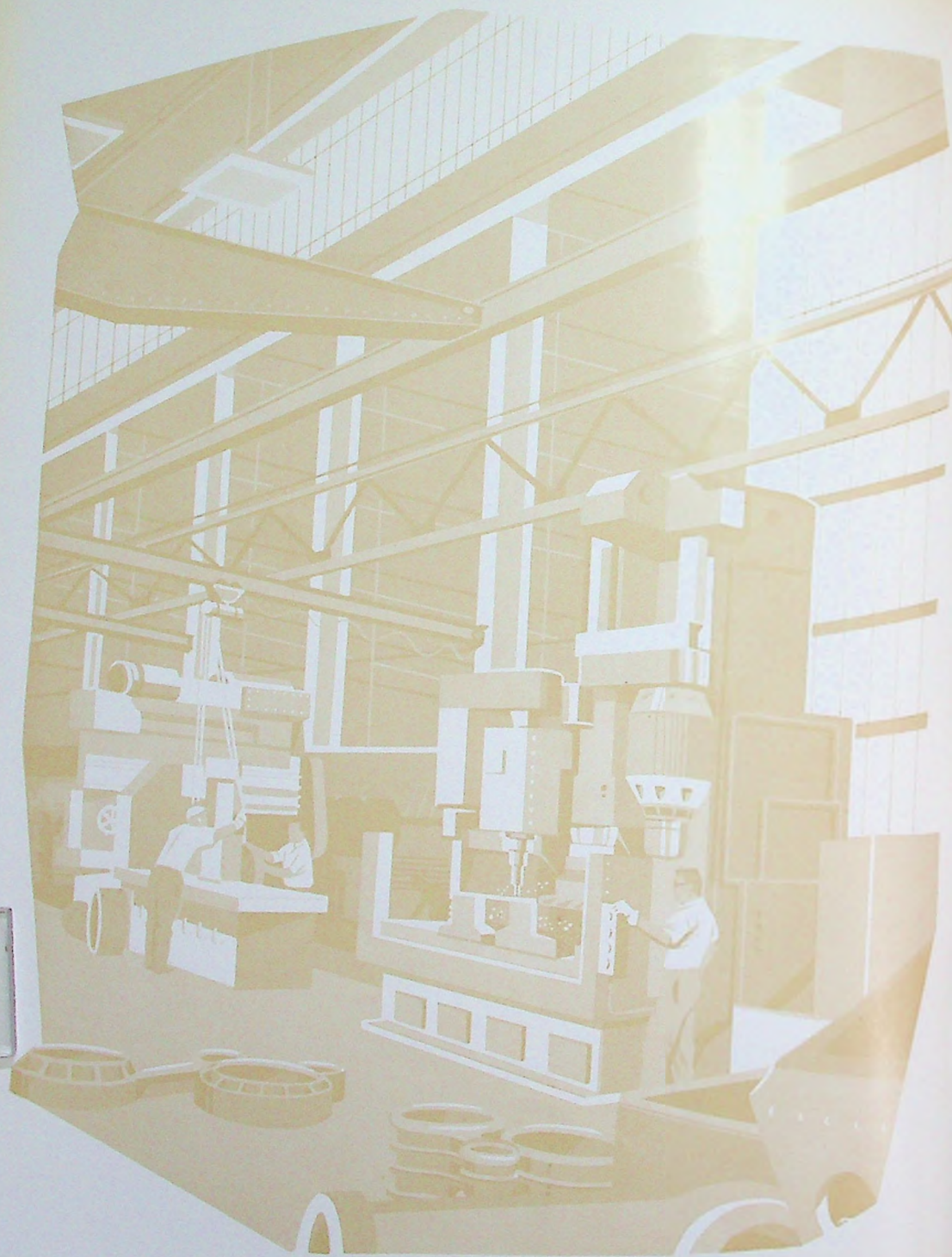
¿Se había olvidado todo eso en tiempos de Guzmán Blanco.

cuando aún no había desaparecido la generación que presencié tantos esfuerzos?

Otra pregunta más importante acudiría a la mente del lector: ¿es que tiene alguna importancia ese olvido, aparte las injusticias individuales que entraña y el mezquino resquemor nacionalista que puede producirnos?

No vacilo en contestar: si tiene importancia mucho mayor. Porque en una República como la nuestra, donde lo que ha sido más debilitado por nuestros fracasos es la conciencia misma de nuestra capacidad política, esa tradición, esa doctrina, mantenidas como fuerzas activas en el pensamiento y en el sentir de todos pueden darnos una visión más completa y más sana de nuestra personalidad colectiva. Que será también devolvernos a la confianza y a la sinceridad indispensables para que nuestros esfuerzos de reconstrucción no se pierdan en el alboroto y la seducción de que nos habló don Simón Rodríguez.

AUGUSTO MIJARES. Venezolano. Nació en el Estado Aragua, en 1900. Graduado de Profesor en el Instituto Pedagógico de Caracas y Doctor Honoris Causa de la Universidad Central de Venezuela. Su actividad fundamental ha sido la institutos donde ha enseñado. Por dos veces ha sido Director del docente, y también la diplomacia. Por dos veces ha sido Director del Archivo Nacional. Ha publicado: "Hombres e Ideas en América", Caracas, 1940; "Educación", México, 1943; "La interpretación peninsular de la Sociología Hispanoamericana", primera edición en Caracas, 1948, y segunda edición en Madrid, 1952; "La Luz y el Espejo", ensayos, 1955. Además numerosos ensayos y estudios. Es miembro de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela y de varias Sociedades e Institutos de Sociología. Prepara una biografía del precursor Miranda y tiene listo para la imprenta "Lo afirmativo venezolano", ensayos. Premio Nacional de Literatura en 1956.



DIBUJOS DE HECTOR SERRANO

¿Qué criterios deben guiarnos en el fomento económico de un país?

POR GUSTAVO POLIT

Introducción

La terminación de la Segunda Guerra Mundial coincidió con el surgimiento de una nueva forma de nacionalismo económico que vino a colocar en la primera fila de los problemas mundiales aquel que representa el subdesarrollo económico de vastas extensiones de territorios habitados por la mayor parte de la población humana.

Hasta entonces, los problemas económicos de los países económicamente débiles habían sido una preocupación interna y su solución —más o menos desordenada— se había visto siempre en función del tiempo y de los recursos financieros disponibles o los que buenamente se pudieran dedicar a esa tarea. Pero en realidad, y con excepción de los gobiernos en los países altamente desarrollados, los problemas económicos internos de cada Estado no constituían una preocupación exagerada para los gobiernos. Y los pueblos de esos países habían asumido una actitud de conformismo bíblico ante su pobreza y su atraso económico y social.

Los Programas de Ayuda Técnica

El nacimiento de la Organización de las Naciones Unidas, ocurrido con la firma de la Carta de San Francisco en 1945, introdujo un nuevo elemento en las relaciones internacionales al proclamar la universalidad de los Derechos Humanos y la igualdad legal de todos los Estados. Pero aun antes de San Francisco ya se habían sentado las bases para una serie de organismos internacionales auxiliares que alentarían a los pueblos de los países subdesarrollados en sus anhelos de construir un mundo mejor, dentro del que el hombre de todas las nacionalidades tuviera la oportunidad de plantear sus problemas con la esperanza de recibir la ayuda que tanto necesitan para salir de su pobreza y de su atraso económico.

A través de programas de Asistencia Técnica, auspiciados tanto por organismos internacionales como por los gobiernos de los países industrializados, los pueblos de los países subdesarrollados están en posibilidad de adquirir los técnicos que necesitan para el estudio de sus problemas. Y los técnicos especialistas seleccionados deben estudiar esos problemas en la forma más objetiva posible, en asociación con los técnicos locales, nacionales del país. Como fruto de esos estudios, los expertos deben formular recomendaciones concretas, aconsejando a los gobiernos sobre las medidas que deben o podrían tomarse; señalando los proyectos más convenientes, su costo y lo que el país podría lograr de cada uno de esos proyectos y del conjunto del programa recomendado.

Las Funciones Limitadas del Técnico

Pero los técnicos internacionales tienen una función limitada en los países que sirven. Su papel consiste en estudiar imparcialmente los problemas nacionales cuya solución interesa al gobierno en cuestión. Y para ello deben estudiar también todos los recursos disponibles: los recursos humanos, los recursos naturales, los recursos financieros; y elaborar sus recomendaciones respecto al mejor uso de cada uno de ellos. Su labor es aconsejar. Sólo los gobiernos pueden decidir si aceptan o no el consejo y las recomendaciones del experto internacional. Ahí donde existe una conciencia nacional ya formada alrededor de un problema específico; ahí donde existen canales administrativos eficaces; ahí donde existen ejecutivos nacionales inteligentes, honrados, capaces, vigorosos, la labor del técnico se facilita y es posible que sus servicios sean utilizados al máximo y que el país pueda obtener todo el beneficio de los consejos y recomendaciones ofrecidos.

La responsabilidad del desarrollo económico es pues exclusivamente del gobierno y del pueblo de un país, porque del

uno y del otro es el diario proceder, y el cotidiano desempeño de sus tareas y de sus responsabilidades específicas es lo que hará o no posible la realización de lo que el técnico recomienda y aconseja.

Con frecuencia sucede que la recomendación de los técnicos se hace a un lado porque el gobierno ha tomado ya decisiones que no pueden anularse, pese a que muchas de esas decisiones, al ser examinadas por el experto, no sean exactamente las más recomendables. Y entonces la labor del técnico consiste en ajustar y revisar sus recomendaciones a la luz de una realidad existente y en acomodar los proyectos y las soluciones en la mejor forma posible.

¿Por qué los Problemas de Desarrollo preocupan tanto a los Gobiernos Modernos?

Los problemas económicos son muy importantes y hoy por hoy constituyen la mayor preocupación de los gobiernos debido a que las diferencias de prosperidad y bienestar de los ciudadanos tienden a ahondarse de país a país, a menos que esos problemas económicos se solucionen. El progreso económico y las diferencias de bienestar y prosperidad de que gozan los pueblos de los varios países del mundo no es solamente una consecuencia de las diferencias de los recursos naturales de cada país. Fundamentalmente, el progreso y el bienestar de un pueblo lo laboran sus propios habitantes, de modo que el factor de mayor importancia en el desarrollo de un país es el factor humano y la preparación y capacitación que éste tenga para aprovechar al máximo los recursos naturales que se encuentran en ese país. El desarrollo económico y la técnica van de mano en mano y de ahí que los gobiernos de los países subdesarrollados se ven obligados a prestar atención especial a los problemas que surgen de la necesidad de capacitar a su pueblo, instruyéndolo y educándolo, creando técnicos y especialistas que serán los únicos que puedan llevar al país hacia metas más elevadas de progreso, de bienestar y de prosperidad para todos.

Pero hay otro factor de importancia que obliga a los gobiernos a preocuparse cada vez más de los problemas económicos; y este segundo factor es la alta tasa de crecimiento de la población.

Hasta hace pocos años las tasas de mortalidad infantil eran tan altas, debido a la prevalencia de enfermedades y pestes, que la población de la mayoría de los países hoy subdesarrollados aumentaba en forma pausada, o a veces se mantenía estacionaria. Pero la revolución ocurrida con el descubrimiento de nuevas drogas, medicinas, vitaminas, etc., y la creciente práctica de la medicina preventiva han reducido esas tasas de mortalidad infantil a una fracción de lo que eran hace veinte años. Al mismo tiempo, esas mismas drogas y medicinas y prácticas médicas preventivas ayudan a que los adultos puedan vivir más largo tiempo. Todo esto ha resultado en un aumento del promedio de longevidad de la población adulta, de modo que si hace veinticinco años el promedio de los habitantes moría a los cuarenta y cinco años, ahora ese promedio se ha elevado a sesenta años o más, y ello quiere decir que todos los países aumentan su población porque hoy tienen más gente que puede vivir más largo tiempo.

Esa presión de una población creciente obliga a los gobiernos a planificar el desarrollo económico, porque si no existe un plan o programa de fomento hay el grave peligro de que el país no esté utilizando sus recursos en forma que le permitan adquirir aquello que es más urgente. Y el resultado bien podría ser que en lugar de mejorar las condiciones de vida para las mayorías, su nivel de vida baje; y en lugar de equi-



pararse a los países ya más adelantados, el resultado sería un aumento en esa disparidad internacional.

La Técnica de la Planificación o Programación

Los gobiernos de los países subdesarrollados tienen una enorme tarea que realizar al proceder con la planificación y programación del desarrollo económico. La experiencia del pasado es poco lo que puede iluminar el trayecto a recorrer. Efectivamente, en el pasado los países se desarrollaban fundamentalmente como resultado de las inversiones de particulares, y el gasto público se realizaba con miras a satisfacer presiones de grupos, o de factores políticos, o militares, o de meros caprichos y deseos personales de los funcionarios que manejaban el dinero público.

Nada de eso puede servir como guía o pauta a los programas que hoy deben emprenderse. Pero desgraciadamente los hombres no pueden improvisar planes y proyectos, ni los funcionarios públicos pueden organizar un gobierno que sea mejor que los ciudadanos que componen la nación. La planificación impone nuevos sistemas de trabajo, nuevas disciplinas, nuevos planteamientos, y todo esto sólo puede hacerse a base de una serie de elementos sin cuya presencia ningún plan puede ser bueno ni podrá llevarse a efecto. Conviene pues que el país entero se percate de las dificultades y que de la comprensión de estos obstáculos surja el esfuerzo colectivo y mancomunado de gobierno y de gobernados para salir airoso de esta prueba de capacidad política y administrativa.

Es necesario reconocer que las masas de todos los países subdesarrollados se muestran con frecuencia impacientes con respecto a las dificultades existentes, y en el anhelo de mejorar sus condiciones de vida pierden el sentido de la realidad y presionan a sus gobiernos para que realicen, de la noche a la mañana, aquello que sólo se puede lograr después de muchos años de arduo trabajo, con la inteligencia aplicada a la solución de los graves problemas, de la rectificación de viejas costumbres e inclinaciones que hoy quitan efectividad al esfuerzo, del aprendizaje de nuevas técnicas de trabajo que no pueden improvisarse, y de la adopción de una actitud positiva ante los sacrificios que serán necesarios, antes de que las masas puedan tener a la mano y puedan disfrutar de aquello que sólo el trabajo, los recursos financieros bien empleados, la perseverancia y la disciplina pueden lograr.

Las dificultades que deben vencer los gobiernos para sacar adelante a sus pueblos en la lucha por el progreso económico y por el bienestar general son tan enormes que, a menos que exista una opinión pública bien informada y que respalde continuamente al gobierno así empeñado, esas dificultades se tornarían insuperables. Movilizar la opinión pública, informándola de la magnitud de esos problemas y recordándole siempre de los sacrificios y paciencia necesarios, es uno de los requisitos absolutos para el éxito de los programas de fomento económico. Jamás fue más verídico aquel dictum de que "Educar es gobernar". Y la educación no es sólo aquella que se imparte y que se recibe en las aulas escolares, sino también aquella que resulta de ese diálogo continuo y necesario entre gobierno y gobernados, sea que ese diálogo se realice en las Cámaras de Representantes, en las entrevistas ministeriales, en las pláticas presidenciales, en las editoriales de la prensa o en los comentarios de la radio y televisión.

Específicamente, las dificultades con que tropieza toda programación y planificación económica tienen un triple origen. En primer lugar, la ciencia económica en sí no es una ciencia exacta. Como una de las ramas de las ciencias sociales, la economía no permite la experimentación, excepto, y sólo en

cierta medida, en las sociedades totalitarias, en donde el gobierno es absoluto, no existe oposición y el costo humano de los errores de los planificadores constituye uno de los tantos costos de un proyecto o de un plan.

En una sociedad democrática esto no es posible. Los errores de los gobiernos que planifican se pagan con el voto desfavorable de los ciudadanos y un gobierno que se equivoca es un gobierno que pierde elecciones. En consecuencia, la planificación democrática debe hacerse con suma cautela, cuidando siempre de que las medidas tomadas y los proyectos formulados sean aquellos que más convienen al bienestar de las mayorías; y la administración de los programas de fomento debe hacerse con un máximo de rito financiero, sin descuidar las consecuencias políticas que puedan derivarse de errores u omisiones.

Esto quiere decir que la planificación en una sociedad democrática está en desventaja frente a la planificación y programas que elaboran las dictaduras totalitarias.

En segundo lugar, la planificación y la programación exigen un acopio y una corriente constante de datos y de cifras que la mayoría de los países subdesarrollados no tienen o sólo conocen muy parcialmente. En la medida en que las cifras y estadísticas nacionales que se utilicen para proyectar la economía hacia el futuro y que sirvan de base para las decisiones claves del gobierno respecto a metas y a programas sean defectuosas, parcialmente verídicas o simplemente malas, en esa misma medida fallarán los proyectos construidos y formulados sobre esas falsas bases.

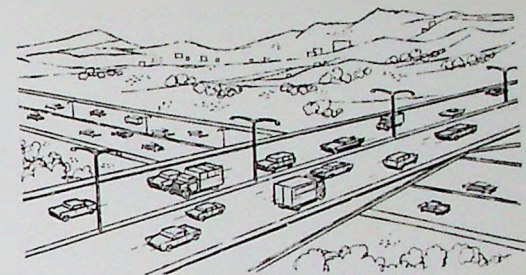
Este es un obstáculo difícil de salvar porque desgraciadamente las estadísticas no pueden improvisarse. Los economistas deben hacer sus cálculos sobre series de estadísticas completas, lo que quiere decir, estadísticas que se refieran no solamente a un año en particular, sino a varios años sucesivos. Luego de ello, los funcionarios públicos encargados de llevar las estadísticas deben ser entrenados como especialistas. No basta con que el Director de Estadística sea competente. Todo el engranaje administrativo necesita funcionarios entrenados en llevar estadísticas verídicas y todo el país debe percatarse de la importancia de reportar al gobierno, y en sus propios negocios, cifras que revelen la verdadera situación de lo que ha ocurrido y de lo que ocurre en el país. Esto es más difícil de lo que muchos suponen.

En tercer lugar, la planificación y programación en una sociedad democrática está complicada por la naturaleza misma de los problemas económicos. Los países subdesarrollados necesitan de todo y lo necesitan con urgencia. Pero como ocurre siempre, tanto en las esferas del gobierno como en las finanzas de las personas, los deseos y las necesidades son más numerosos y son de mayor magnitud que la cuantía de los recursos que se necesitarían para colmar todos esos deseos y para satisfacer esas necesidades. Si en la planificación y programación del desarrollo fuéramos a guiarnos solamente por el criterio de "necesidad", entonces nos veríamos obligados a poner todos los recursos nacionales al servicio de un solo programa, sin que con ello hayamos logrado resolver un solo problema.

La Variedad e Importancia de los Criterios para Planificación del Desarrollo

Es evidente que cada uno de los funcionarios de la administración pública en los países subdesarrollados, así como cualquier ciudadano interesado en el estudio y solución de los problemas económicos, podría tomar cualquiera, de una variedad de criterios, como guía para la adopción o rechazo de progra-

mas y proyectos. Y en eso estriba otra de las grandes dificultades de la planificación de una sociedad democrática. Para ilustrar estas dificultades, tomemos por ejemplo un solo aspecto del fomento económico: el de la educación. Es bien sabido que en la mayoría de los países subdesarrollados la tasa de analfabetismo pasa con frecuencia del cincuenta por ciento. Si quisiéramos atacar este problema, con exclusión de los demás, es posible que un país no tenga todos los recursos necesarios para resolver este problema, por sí solo. Alfabetizar a las masas no es todo el problema educacional de una sociedad subdesarrollada. Es posible que en lugar de alfabetizar a todos los analfabetos, fuera más conveniente dedicar parte de los recursos a entrenar más técnicos y profesionales. Pero esta última solución tampoco puede efectuarse en el vacío. Se



necesitan los planteles, y sobre todo los maestros. Entrenar los maestros y construir todos los planteles, con equipos y laboratorios que permitan un entrenamiento científico en las instituciones docentes especializadas, costaría muchos millones y requeriría cantidades de recursos de todo orden. El ejemplo de la educación lo podríamos aplicar a cualquier otro aspecto del desarrollo económico, tratándose de la agricultura, de la industria, de la salud, de las comunicaciones, etc.

La conclusión es que en las decisiones finales que deben tomarse respecto a la trayectoria que deben seguir los planes de fomento, los economistas y los técnicos que los auxilian deben conjugar toda una serie variada de criterios, sin olvidarse de hacer concesiones —que es el procedimiento democrático— a grupos políticos organizados que bien pueden ser tanto los sindicatos como los comerciantes, los industriales como los agricultores, los estudiantes como los maestros, etc. Cada grupo se siente con derecho a reclamar la parte más jugosa de los recursos nacionales disponibles. Cada problema que cada uno de ellos presenta viene grabado con el sello de lo "impostergable".

Pero el país debe avanzar. Los funcionarios deben tomar decisiones. Los proyectos deben formularse y aprobarse. Y el país debe marchar usando sus recursos con la máxima efectividad, sin perder el sentido del equilibrio económico y político que resultaría de que todos los planes y proyectos fueran sólo el resultado de una planificación improvisada o de una programación que resultaría de concentrar su atención en los razonamientos y demandas unilaterales de cualquiera de los grupos organizados que tanto abundan en las sociedades democráticas.

GUSTAVO POLIT. Ecuatoriano. Nació en Chone, provincia de Manabí, en 1912. Graduado en la Escuela de Leyes de la Universidad de Guayaquil. Doctor en Economía de la Universidad de California, en Berkeley, Estados Unidos. Socio fundador de la *Economist Society* de la Universidad de New York. Autor de "La Reconversión de la Universidad de New York", 1945; y "Teorías y Prácticas de la Economía Norteamericana" (inédito). Colaborador de revistas económicas y literarias y periódicos de América Latina. Ha sido catedrático en la Universidad Nacional Autónoma de México, Mexico City College, Colegio de México y Universidad Central del Ecuador (designado). Es actualmente Experto en Desarrollo Económico al servicio del Gobierno de Venezuela por contrato de Asistencia Técnica de las Naciones Unidas.



El aporte africano a nuestra música folklórica, sin ser el más determinante de cuantos contribuyeron a su formación, constituye sin embargo, un elemento lo suficientemente definido para distinguirlo entre todos los otros.

La principal manifestación musical de origen africano existente en nuestro país se expresa, como es sabido, en los llamados *Bailes* y *Toques de Tambor* propios de las poblaciones costeras y de los agricultores que moran por los cálidos valles cercanos al mar. Entre esas poblaciones predominan los negros, descendientes de esclavos traídos a la América durante la Trata.

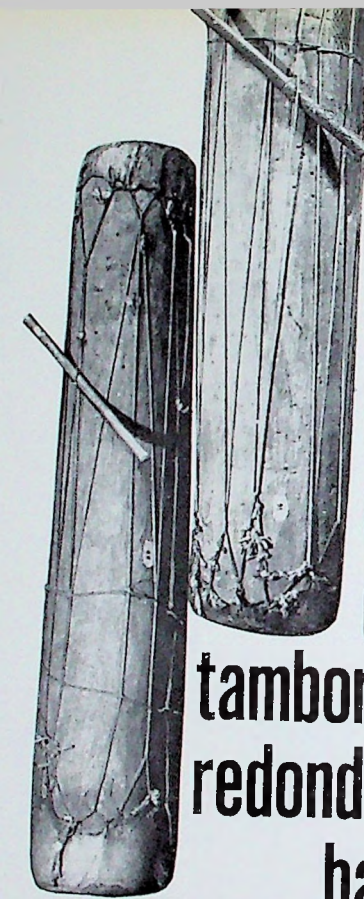
Ese aporte musical abarca tres aspectos fundamentales: el ritmo, las danzas y los instrumentos.

EL RITMO

Isabel Aretz define así los *Toques de Tambor*: "Sobre un fondo polirrítmico de tambores se eleva siempre la voz del solista, al que contesta un coro"... "Algunos cantos negros son pentatónicos, otros responden a modos antiguos y algunos hay que parecen más bien gritos y lamentos, como el golpe que se intitula "Echa el perro pa' fuera", que fonogramamos en Caraballeda". (Se debe tratar de un canto imitativo, lo cual es usual en la música primitiva).

Luis Felipe Ramón y Rivera consagró un estudio a esas características titulado "Polirritmia y Melódica Independiente". Allí apunta lo siguiente: "El golpear sobre el parche del tambor, nada más, produce por lo menos tres timbres diferentes, sea que se golpee al centro, a la orilla, o que se apaguen estos sonidos o se los deje repercutir. Sobre el cuerpo del instrumento puede lograrse además un nuevo timbre, golpeándolo con un palo; y luego están todos los demás instrumentos de las baterías negras en América (en el África son considerablemente mayores), algunos de los cuales producen sonidos muy brillantes, como sucede con el cencerro y la Clave Cubana".

A continuación advierte: "Las combinaciones rítmicas de estos elementos se ajustan a un sentido total y en cierto modo superior de la medida, pero sin que ello anule su independencia. Más aún: cualquier oyente, por escaso oído musical que tenga, notará en los cantos de negros, cuando son auténticos, una



Sistema de tensión de los tambores redondos barloventes

Lugar de origen de los tambores redondos barloventes

independencia, algo como una manifestación de individualidad que se destaca claramente de entre el curso general del canto. Esa independencia se manifiesta unas veces durante la ejecución de un canto, en exposiciones rítmicas contrarias a la fórmula o combinación general que se trae, produciendo con ello, en el oído extraño, una sensación como de desbarajuste, algo así como un aparente caos rítmico. A este pasajero caos han preferido referirse autores poco comprensivos, tomando como regla general lo que es a todas luces la excepción —; y qué excepción!—, para afirmar sin empacho, que la percusión de los negros es puro ruido desconcertante, barullo, etc. Los que quieran oír atentamente esos pasajes, notarán, por el contrario, que muy en el fondo algún instrumento o en último caso la melodía, mantienen la estructura métrica del pasaje. Pero podrán apreciar también, que esos escapes

rítmicos no son disparates, sino juegos de una destreza verdaderamente extraordinaria".

Hasta aquí con algunas consideraciones generales de calificados musicólogos venezolanos sobre el ritmo o más bien la polirritmia de los toques de tambor.

LA DANZA

No existe un baile de tambor, sino innumerables bailes de tambor que se efectúan al son de membranófonos, cuyas formas y tamaños varían según las regiones. Lo que se llama, pues, *Baile de Tambor*, comprende una variedad muy grande de danzas cuyas denominaciones cambian constantemente. Esas danzas recogen figuras y movimientos en los que predomina, por lo general,

una inspiración africana, pero en los que se encuentran también formas coreográficas de origen hispánico o bien de carácter mestizo, es decir, nacidas de una síntesis operada entre las dos influencias señaladas y, acaso, alguna otra aportación como pudiera ser la indígena.

Por ejemplo, en las danzas de Tambor se suele, a veces, zapatear, lo cual indica una procedencia española. En cambio los movimientos de la pelvis o las figuras imitativas de labores caseras o de acciones de cacería, parecen más bien provenir del África.

Lo que menos importa en los Bailes de Tambor son las denominaciones. Una misma figura coreográfica recibe distintos nombres, según la región. Del mismo modo un mismo toque puede merecer varias designaciones.

He aquí algunas denominaciones de Danzas de Tambor: "Maria lava, lava", "Menea tu Cumbreta", "La Jinca", "Malembé", "Rasguño", "El Cachicamo", "La Vaca", "Aji, Aji, que me pica a mí", "La Burra", "María Pascuala", "Tumba Bucare", "El Raspón", "Soy Sola", "Prenda", etc.

Las denominaciones se forman con el verso de alguna copla que se canta con determinado toque o bien describe la correspondiente coreografía o bien constituye el *leitmotiv* que repite el coro cuando interviene frente al solista. En cuanto a las danzas, ellas siguen siendo profundamente africanas. Describen acciones de cacería, sugieren escenas domésticas impregnadas de simbolismo erótico o bien humorístico, expresan el eterno galanteo entre hombre y mujer.

Se distinguen, en Barlovento, dos grupos de Danzas de Tambor. Las que corresponden al Tambor Grande y las que integran el Tambor Redondo. Las primeras son colectivas. Las segundas de una sola pareja que cede el puesto a otra y así sucesivamente. En el Zulia y Trujillo existen los bailes del Chimbanquele. Pero no me referiré por el momento a esa manifestación ritual en honor de San Benito negro. En el Yaracuy, los "sangueros".

LOS INSTRUMENTOS

Lo que importa señalar ahora son los instrumentos. En efecto, los tambores que tocan nuestros negros son enteramente iguales a los originales procedentes de África. De modo que mediante el estudio del instrumento se puede localizar la procedencia de los grupos humanos.

Tocadores de tambores redondos barloventes. Cabe advertir la semejanza de los instrumentos, así como el modo de tocarlos, en relación con la ilustración en la página 24.



Así he podido precisar el lugar de origen de los llamados Tambores Redondos de Barlovento.

Tres tambores integran la batería de los llamados Redondos o Tamborcitos o "Culo e' Puyas", "El Pujao", el "Cruzao" y el "Corrido". Estos tambores son bímembranófonos pero no ambipercusivos. Se tocan siempre juntos. Están hechos de madera muy liviana, generalmente lano o balso. Los ejecutantes se los colocan entre las piernas y golpean el parche superior con un palito.

LA PROCEDENCIA

En noviembre de 1956 viajé a Bruselas y visité el notable Museo del Congo Belga. Allí me atendió muy amablemente la Doctora Olga Boone, conservadora de esa institución. Me mostró la colección de tambores. Muchos de ellos no formaban parte de las exhibiciones. Recorriendo los depósitos, pude ver algunos instrumentos casi idénticos a nuestros Tambores Redondos. La



Arr.: Tocadores de tambores de la tribu Ababua, región de Rubi, Congo Belga. (Foto Prud'homme, colecciones del Museo del Congo Belga, publicada en la obra citada de Olga Boone).

Izq.: Mapa de la cuenca del Río Congo con el nombre de las poblaciones citadas en el texto.

El parche de la cara inferior actúa por resonancia. El sistema de atadura es el de parche con parche mediante "guarales" que pasan por huecos u ovllos hechos en el mismo borde de los parches. Es la atadura directa. Para afinar los cueros se aprietan los "guarales". Por lo tanto, no se trata de tambores de piel clavada ni sujetos por aros que pueden ser empujados en el momento de templar los cueros.

Doctora Olga Boone me obsequió con su importante obra "Los Tambores del Congo Belga y del Ruanda-Urundi" (1), en la que reproduce y cataloga 585 tambores congoleños pertenecientes a la colección del Museo. La lectura de esa obra me ha confirmado lo que expuse en 1950, en mi obra "Folklore y Cultura", en relación con los Tambores Redondos barloventeos, a saber, que éstos eran de origen congolés (2). Ahora ya

no me queda duda. Al análisis que efectuara, basado en el léxico y en las danzas, así como en ciertas características de la cultura bantú o congoleña, se añade ahora la prueba irrefutable del instrumento mismo.

La Doctora Boone describe de este modo los bímembranófonos correspondientes a los Redondos o "Culo e' Puyas" vengoleños: "La silueta de los tambores con cuero estirado por correas es muy diferente de la de los tambores con piel clavada; así siempre, las dos extremidades de la caja de resonancia, cuyas superficies son desiguales, están recubiertas con un cuero. Otras características de esos tambores son que carecen de ornamentaciones, esculturas, incisiones o pinturas, acaso porque la presencia de las correas, al cubrir todo el cuerpo del instrumento, no las propician". Con respecto al sistema de atadura de los parches, precisa: "Los bordes de los cueros tienen abierta una serie de huecos. Las correas de tensión, hechas de cuero, pasan alternativamente de un hueco del parche superior a un hueco del parche inferior; a fin de consolidar las amarras, una o varias correas transversales cruzan, de hueco en hueco, un mismo parche. Este procedimiento presenta numerosas variantes que tienen todas un mismo objetivo: impedir que el cuero percutido se rasgue". Señala, además, que esos tambores tienen forma "trónquica", o sea, cilíndrica, alargada, que la parte inferior tiene un diámetro ligeramente menor a la parte donde se percute, que la altura oscila en torno al metro y el diámetro superior en torno a los 20 centímetros.

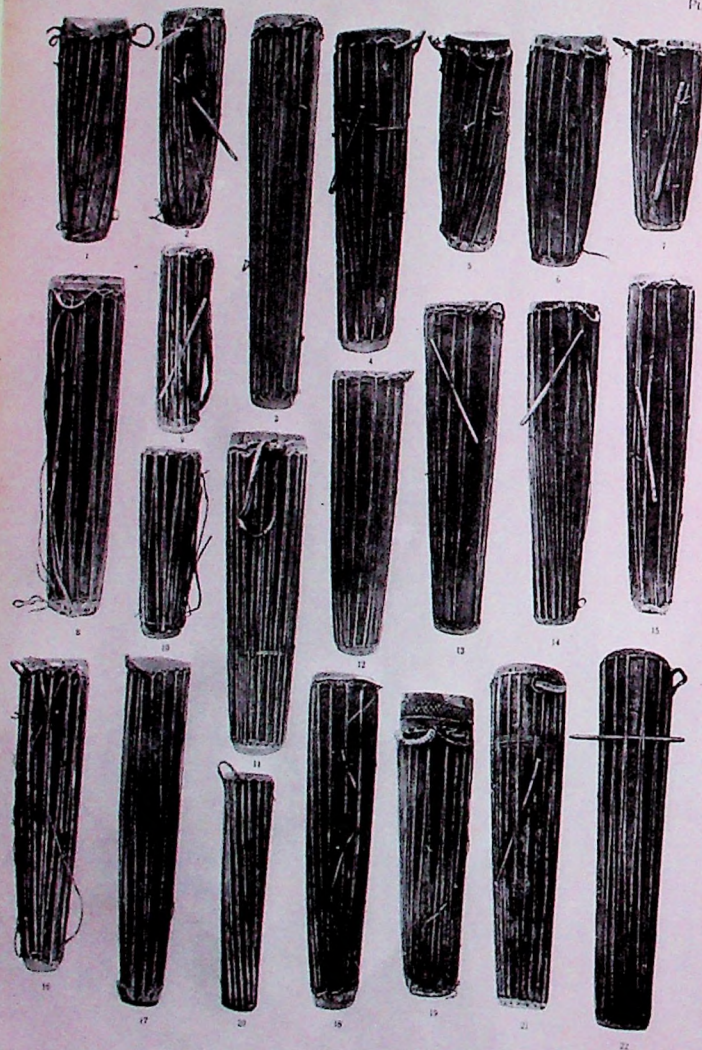
En Curiepe medí una batería de Tambores Redondos cuyas dimensiones, con ligeras diferencias, correspondían a las señaladas. La altura de los instrumentos oscilaba entre los 94 y 96 centímetros y el diámetro entre los 16 y 18 centímetros. Pero en Barlovento, los guarales reemplazaban a las correas. Sin embargo, tengo la impresión de haber visto alguna vez tambores trenzados con cuero.

Casi todos los tambores que figuran en las planchas XV y XVI de la obra "Los Tambores del Congo Belga y del Ruanda-Urundi" se emparentan directamente con nuestros "Culo e' Puyas". En especial los marcados con los números 3, 8, 13, 14, 15, 17 y 22 en la plancha XV, y 23, 34, 35 y 36 en la plancha XVI. La medida de estos tambores oscila entre 85 cms. y 1,05 metros.

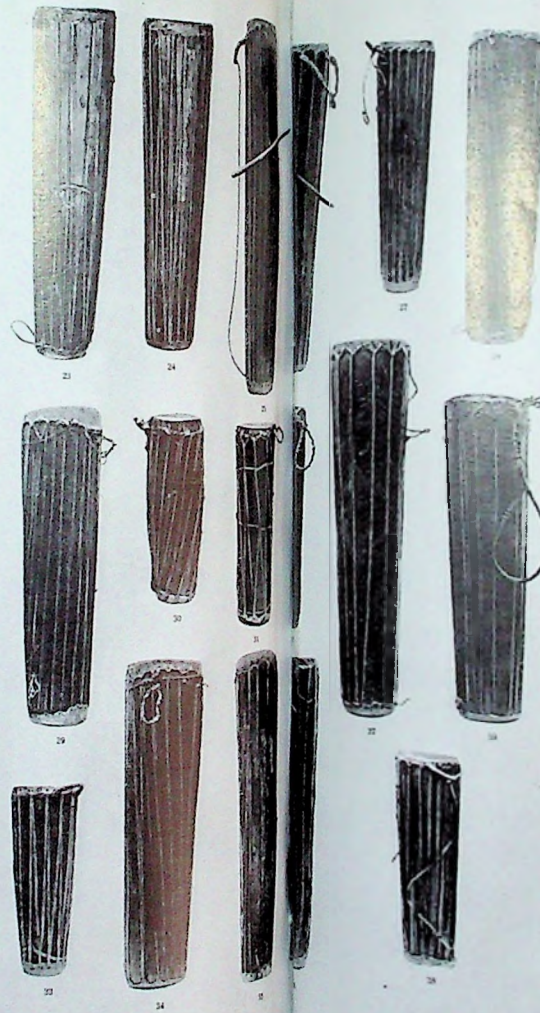
Casi todos esos tambores pertenecen a los Mangbale y a las tribus vecinas: Ababua y Makere. Esas poblaciones vi-



Tocadores y bailadores de Tambores Redondos. Barlovento, Edo. Miranda



O. BOONE : Les tambours du Congo Belge



O. BOONE : Les tambours du Congo Belge

ven a orillas del Río Uele, tributario del Río Ubangui, a su vez tributario del caudaloso Congo. La región se llama Rubi y está situada al extremo noreste del Congo Belga, en el centro del continente africano, al noroeste de la zona de los Grandes Lagos, al suroeste del Egipto anglosudanes.

Los Mangbeles fueron conquistados por los Mangbetos, que venían del Sudán, y adoptaron el idioma de estos últimos. Maurice Delafosse separó la lengua mangbeta de las lenguas del Ubangui, para clasificarla en el grupo nilo-congolés. Los árabes alimentaron la Trata con negros de esa región, a la cual dominaron hasta finales del siglo XIX, en que las tropas belgas se la arrebataron en la Campaña del Uele.

Sin duda alguna, los grupos mangbeles o afines que, en Barlovento, reconstruyeron sus tambores nativos, deben haber llegado en el siglo XVIII, en las postrimerías del régimen colonial. En efecto, la experiencia demuestra que en lo que se trata de supervivencias afro-americanas, los grupos más recientemente transportados imponían algunas de sus costumbres africanas, a los que ya estaban establecidos. Llegaban "más frescos". Así, don Fernando Ortiz asegura haber visto la primera batería de tambores yorubanos batá entrada a Cuba, donde la esclavitud, como es sabido, duró hasta 1880 y pico.

Los nombres africanos de los tambores señalados en las planchas XV y XVI son: "ndime" (Nº 8), "bita" (Nos. 13 y 14) y "nabita" (Nos. 15, 17, 22 y 23).

Los tambores 3, 13, 14, 15, 17 y 34 han sido clasificados como mangbeles. Los numerados 22 y 23, como makeres. Los 35 y 36, como ababuas. El número 8, como abarambo (ver mapas).

Los parches de los tambores africanos suelen ser de piel de antilope o de piel de oreja de elefante. También se usa la piel de vaca, de serpiente y de lagarto.

La Doctora Olga Boone señala que "cada ejecutante toca un ritmo simple en su instrumento: es la combinación

de esos ritmos simples que compone la gloriosa armonía rítmica africana que puede parecer, a veces, para el auditor no preparado, como imposible de analizar". Esta observación coincide con la de Ramón y Rivera, citada al principio de este trabajo.

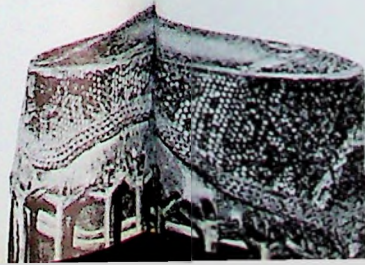
El poder expresivo de los ritmos conjugados —de la polirritmia— de los toques de tambor, es muy grande, y sus llamados encontrarán siempre eco en la conciencia del hombre. El tambor es una síntesis entre la bestia vencida y la naturaleza dominada. Piel y árbol le prestan su materia para que el hombre, rey de la creación, los haga hablar un nuevo idioma: el del ritmo, el de la música, representaciones del Verbo innumerable.

NOTAS

- (1) Les Tambours du Congo Belge et du Ruanda-Urundi (avec XL Planches et 5 Cartes hors-texte), par Olga Boone, Dr. Geogr. Conservateur au Musée du Congo Belge. Annales du Musée du Congo Belge. Tervueren (Belgique), 1951. Nouvelle Série Sciences de l'Homme Ethnographie. Volume 1. — Les Tambours du Congo Belge et du Ruanda-Urundi, par Olga Boone, Dr. Geogr. Conservateur au Musée du Congo Belge. Planches et Cartes. Tervueren, 1951.
- (2) Folklore y Cultura, págs. 126 a 132. «Las características de las danzas de tambor redondo, me hacen pensar que tales instrumentos pueden ser de origen bantú, del área occidental que comprende la cuenca del Congo».

JUAN LISCANO, Venezolano. Nació en Caracas en 1915. Hizo estudios elementales en Francia y cursó Derecho en la Universidad Central, carrera que abandonó para dedicarse de lleno a la labor literaria. Ha sido fundador y director de la revista literaria "Cubagua", de las ediciones "Suma" y del "Papel Literario" del diario "El Nacional". Ha obtenido el Premio Municipal de Poesía, 1942, y el Premio Nacional de Literatura (Verso) en 1950. Ha escrito "8 poemas", Caracas, 1924; "Del Alba al Alba", poemas, 1943; "Humano Destino", Buenos Aires, 1949; "Poesía Popular Venezolana", Caracas, 1950; "Folklore y Cultura", ensayo, Caracas, 1950; "Camino de la Prosa", ensayo, 1953; "Tierra Muerta de Sed", París, 1954; "Poemas" (traducción de Claude Couffon), París, 1954; "Poesie et Language en Amerique Latine" (traducción de C. Couffon); y últimamente el poema "Nuevo Mundo Orinoco".

Arriba: Instrumentos pertenecientes a las colecciones del Museo del Congo Belga y clasificados por Olga Boone. Der.: Diferentes maneras de prensar el cuero de los tambores mediante correas. Tomado de la obra citada de Olga Boone





Dionaea muscipula
Ellis tomada
de Hooker,
Bot. Magazine

N.º 785

Plantas Carnívoras de Venezuela



En una carta que data del 23 de septiembre de 1769 el botánico inglés John Ellis le escribe al ya famoso Carolus Linneo las siguientes líneas: "La planta cuya ilustración exacta le envío, adjuntándole además algunas flores y hojas secas, demuestra que la Naturaleza quizás tuvo alguna intención con respecto a su nutrición en lo que se refiere a la forma de sus hojas. La parte apical de las mismas representa un dispositivo para atrapar determinado tipo de alimento. En el centro de la hoja se encuentra el cebo para el infeliz insecto que caerá en la trampa. Numerosas glándulas pequeñas, rojizas, cubren la superficie superior de las hojas y exudan un líquido dulce que atrae al animalito; en este momento cuando las patas del animal tocan las partes delicadas, los dos lóbulos de la hoja son excitados y se pliegan hacia adentro, agarran al animalito y lo trituran a muerte con los dientes con los cuales están provistos los bordes de las hojas".

Con esta descripción correspondiente a la planta conocida hoy como *Dionaea muscipula* (fig. 1), se hace por primera vez mención fidedigna de una planta carnívora, aunque mucho antes la rica fantasía del hombre se había apoderado de la idea de que debían existir plantas devoradoras de animales. Incluso hasta nuestros días se pueden oír relatos fantásticos que hablan de plantas gigantescas, en las remotas selvas asiáticas, que llegan incluso a atrapar tigres y elefantes. Lo cierto es que las especies de plantas carnívoras, hoy conocidas, son plantas que con escasas excepciones son poco vistosas y que atrapan animales del tamaño de una pulga de agua hasta una mosca solamente.

En el año de 1835 el naturalista Korthals descubre en las selvas pantanosas de Sumatra una planta de considerable longitud que le llama mucho la atención. Korthals describe su hallazgo con las siguientes palabras: "Tanto en la base como a lo largo del tallo desprovisto de hojas pendían numerosos grupos de ánforas oviformes pintadas de manchas purpúreas. Estas ánforas, además de adornar el tallo, contribuyen a la nutrición de la planta, que se caracteriza por su rápido crecimiento. Esta última opinión se basa sobre la experiencia, que plantas cuyo tallo corté, llenando las ánforas con agua, no llegaban a marchitarse durante varios días, y el cobre que

introduje en estas ánforas se disolvió para yo encontrarlo más tarde almacenado en el tallo. Por estas razones el proceso de absorción de la superficie interna de los envases se encuentra suficientemente comprobado".

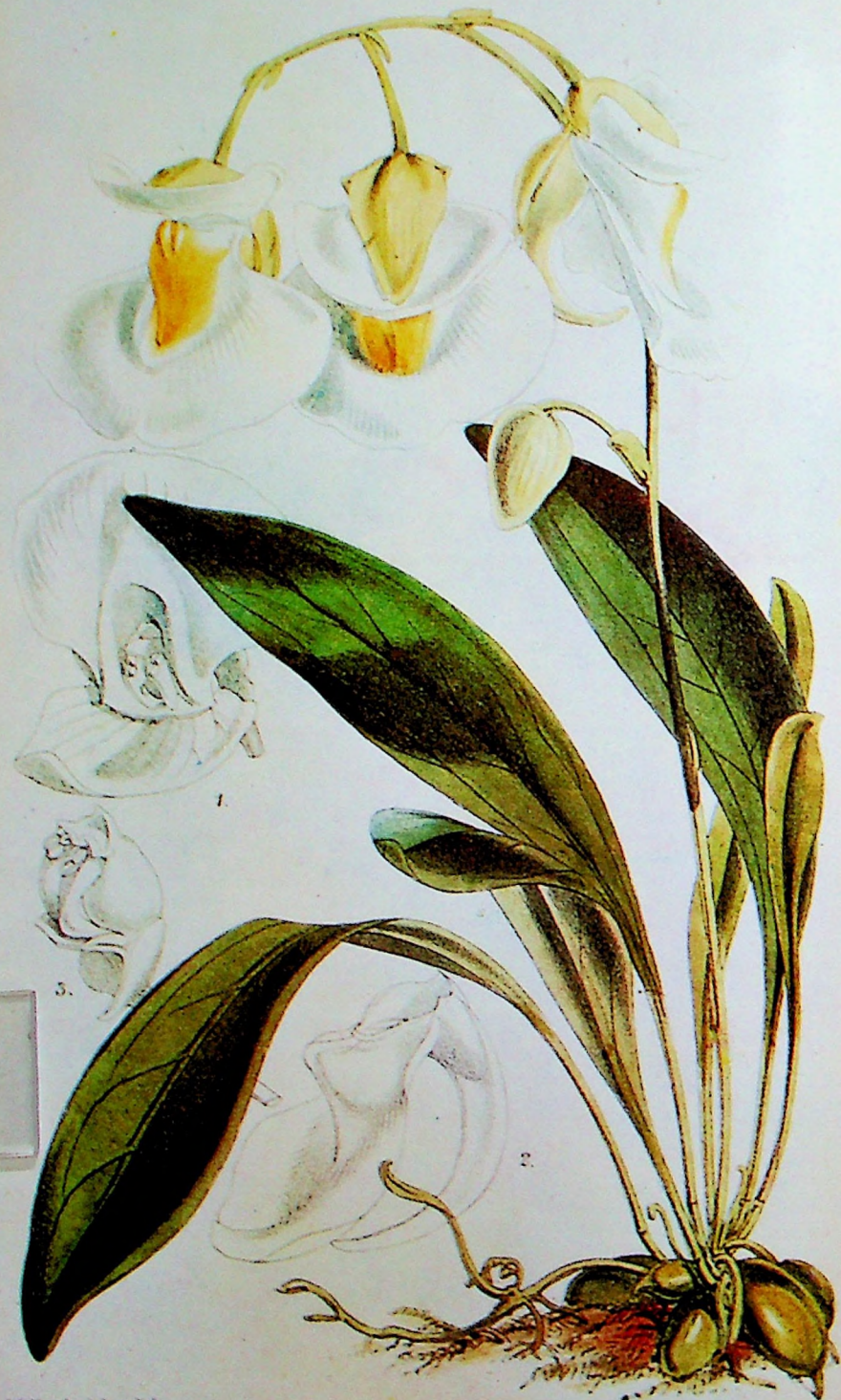
"Si se considera además, que por disolución de los insectos ahogados que contienen las ánforas se forma una sustancia fertilizante ventajosa para el crecimiento de la planta, esta suposición cobra aún más probabilidad".

La planta encontrada por Korthals fue descrita por el botánico Jack, quien también la había estudiado en Singapur, como miembro de la familia de las *Nepentaceae*. Esta planta, que por su exótica belleza no falta en casi ningún jardín botánico del mundo, recibió el nombre de *Nepenthes Rafflesiana* (fig. 2), en honor a Sir Stanford Raffles, acaudalado y asiduo amante de la ciencia amable: la botánica.

Con el tiempo se fueron encontrando mayor número de especies, géneros y familias nuevas. Así Bartram descubre en la flora de Norteamérica la familia de las *Sarraceniacae*, plantas que en forma semejante a la *Nepenthes* atrapan insectos por medio de ánforas, pero con la diferencia de que estas no se encuentran péndulas en tallos trepadores sino verticalmente fijadas en el suelo. Causó sorpresa la existencia de plantas acuáticas especializadas en atrapar animales. Holland, en 1868, descubrió la planta carnívora acuática *Utricularia*; y pocos años más tarde se encuentra en los lagos al sur de Francia y Alemania la *Droserácea* acuática *Aldrovanda*, planta que para aquella época era abundantísima, pero que hoy casi se encuentra extinguida.

En 1875 se publica una de las obras maestras de Charles Darwin: un tratado de más de 400 páginas sobre plantas carnívoras, en el cual Darwin describe sus ingeniosos experimentos sobre el comportamiento de plantas carnívoras. Esta extensa publicación definitivamente atrajo la atención general sobre este llamativo grupo de plantas. Únicamente las monografías publicadas por Goebel (1893) y Lloyd (1942), obras de índole más bien morfológica, han llegado a ocupar puesto predominante, tal como el tratado de Darwin, en la literatura científica mundial.

POR FEDERICO PANNIER P.



W. Fitch, del. et lith.

W. Fitch, del. et lith.

Utricularia alpina
Jacq. tomada
de Hooker,
Bot. Magazine

Lo que ocurre con estas obras en el campo de la literatura ocurre con las plantas carnívoras en Venezuela. Venezuela, país favorecido por sus riquezas naturales, tiene la suerte de poseer una flora sumamente interesante, también en lo que se refiere a las plantas carnívoras. Tanto en la Cordillera de la Costa, como en los páramos andinos y especialmente en la región montañosa de Guayana, encontramos las formas más variadas de plantas insectívoras. De las cuatro familias de plantas carnívoras que se conocen en el mundo, tres viven en Venezuela. Son las *Lentibulariaceae*, los *Droseraceae* y las *Sarraceniaceae*. El total del número de especies pertenecientes a estas tres familias señaladas para el territorio venezolano es alrededor de setenta, de las cuales casi cincuenta, o sean dos terceras partes, pertenecen a la familia de las *Lentibulariaceae*.

Las *Lentibulariaceae* están representadas en Venezuela por los géneros *Utricularia*, *Pinguicula* y *Genlisea*. El género *Utricularia*, la mayoría de cuyas especies son plantas acuáticas, posee como una característica verdaderamente llamativa la de no tener raíces. Estudios morfológicos demostraron que las formas terrestres se fijan al suelo por medio de unos finos filamentos que no son más que hojas transformadas. A lo largo de estos filamentos suelen estar fijadas pequeñas vesículas, las trampas para los animales. En el caso de *Utricularia alpina* (fig. 3) encontramos además tubérculos carnosos de

función desconocida. Cabe decir, que *U. alpina* es una de las especies de flores más llamativas, grandes, de color blanco con una mancha vistosa amarillenta. En ciertas épocas del año, puede observarse con frecuencia a lo largo de las carreteras hacia Choroni y Ocumare de la Costa, en el tramo que atraviesa la selva nublada del Parque Nacional Henry Pittier.

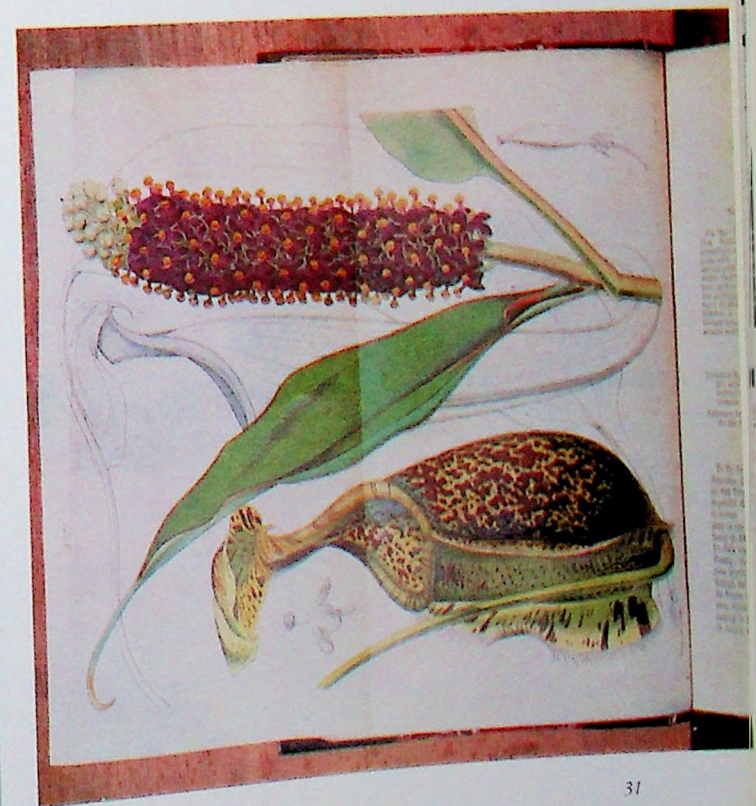
Las especies acuáticas de *Utricularia* frecuentan sitios de aguas tranquilas y algunas como *Utricularia Humboldtii* viven en el agua acumulada en la base de las hojas de ciertas Bromeliáceas. *Utricularia Humboldtii* (fig. 4) es una especie típica de Guayana. Sus pequeñas vesículas poseen una boca cerrada por una válvula móvil. Rodeando la boca hay una serie de pelos que al ser tocados por un animalito causan que la válvula se abra repentinamente succionándolo hacia el interior de la vesícula. Aquí el animal es digerido y absorbido por pelos glandulosos digestivos que se encuentran dispuestos en las paredes. Por un mecanismo activo de expulsión de agua a través de las paredes de la vesícula, se logra nuevamente la diferencia de presión entre el interior de la vesícula y el medio externo, con lo cual la trampa queda lista para atrapar una nueva víctima.

Pinguicula (fig. 5), género del cual se conocen quince especies, está representado en Venezuela, hasta ahora, por dos especies: *P. Calyptrata* y *P. elongata*. Son plantas de climas

Der.: *Nepenthes Rafflesiana* Jack,
tomada de Hooker, Bot. Magazine
Ab.: *Pinguicula alpina* Linn.
y *P. vulgaris* Linn. tomada
de K. v. Frisch-Biologie



REVISTA SHELL





Pág. 129: 1. *Utricularia Humboldtii* Schomb., planta joven. 2. *Vesícula* de *U. peltata* Spruce. 3. *Embrión* de *U. Humboldtii* Schomb. 4. *Corte longitudinal* a través de una semilla de *U. oligosperma* St. Hil. 5. *Corte longitudinal* a través de una *vesícula* de *U. Warburgii* Goeb mostrando en su interior una larva de insecto.



Arriba: *Genlisea* sp. Fotografía original.
Drosera sp. Fotografía original.
Abajo: *Heliamphora minor* Gleason. Fotografía original



templado y frío. Existe hasta una especie que vive en Alaska: *P. arctica*. Nuestras especies venezolanas crecen en los páramos andinos, entre 3.000 y 3.500 metros de altitud. Son plantas pequeñas cuyas hojas están dispuestas en roseta, muy pegadas al suelo. Las hojas se encuentran cubiertas por dos tipos de pelos: unos, que segregan un néctar pegajoso para atraer y fijar los insectos, y otros, que segregan el líquido digestivo. Darwin, en los estudios minuciosos que realizó sobre estas plantas, llegó a contar en un ejemplar de una especie de *Pinguicula cirropea*, 142 insectos fijados a las hojas. Llama la atención que la agitación continua del insecto recién pegado a la hoja, causa un encorvamiento hacia adentro de los bordes de ella, el cual tiene por objeto poner en contacto la superficie del insecto con el mayor número posible de glándulas digestivas.

Genlisea es un género de las *Utriculariaceae* que fue descubierta en el siglo pasado por el famoso naturalista francés St. Hilaire, en su viaje al Brasil. Exceptuando una especie que crece en Cuba y otra en Angola, todas las especies conocidas están radicadas en la región del Escudo Guayanés, por lo cual se supone que fue aquí el centro donde se originó este género. Gracias a las extensas colecciones del botánico norteamericano Steyermark, quien aportó cuatro nuevas especies, el número de especies venezolanas de *Genlisea* es actualmente de seis. El tipo de trampa pasiva de *Genlisea* es sumamente curioso. Las plantas pequeñas, acuáticas, fijadas al borde de riachuelos de corriente lenta (figs. 6 y 7), poseen dos tipos de hojas: unas verde-pálidas, espatuliformes, que efectúan fotosíntesis, y otras transformadas en tubos largos bifurcados que representan las trampas. Las bifurcaciones muestran una estructura en espiral, como escalera de caracol, y se encuentran rapizadas interiormente (véase fig. 7) por numerosos pelos dirigidos hacia abajo. El animalito, al entrar por la boca de una de las bifurcaciones, atraído por un mucílago que segregan células especiales que se encuentran en la base de los pelos, puede dirigirse hacia adentro en dirección al tubo principal, pero no puede regresar por no permitirle los pelos salientes. Así, no le queda más remedio que encaminarse a la base de la planta (fig. 7, K), en donde es digerido por las células digestivas.

El único género que representa a la familia de las *Droseraceae* en Venezuela es *Drosera*. Tiene alrededor de dieciséis especies, distribuidas desde las sabanas y playas arenosas de la Guayana y del Alto Orinoco hasta los morichales de Anzoátegui y las montañas de Lara. Son plantas diminutas, de color rojo-carne, con hojas oviformes hasta espatuladas y cubiertas por un gran número de pelos glandulosos. Las cabezas de estos pelos segregan un líquido pegajoso lúcido, que les da a las plantas un aspecto como si estuvieran cubiertas por gotas de rocío. Los insectos, atraídos por el color carne o por las gotas relucientes, se posan sobre las hojas y quedan pegados a los pelos. Cuando el insecto se mueve para liberarse, se produce una excitación que se transmite a los pelos circundantes y a veces hasta a la propia lámina de la hoja (fig. 8, a y b), causando un movimiento envolvente del insecto que garantiza mayor superficie de contacto y más rápida digestión.

En la Gran Sabana, al pie del cerro Auyantepui, el autor encontró una especie de *Drosera* ya descrita, muy abundante en suelo húmedo. Las plantitas, de aproximadamente tres cm. de diámetro (obsérvese la punta del lápiz en la fig. 9), cubrían densamente el suelo, a razón de seis plantitas por decímetro cuadrado de superficie. Despedían un olor fuertemente ácido y penetrante.

En la región de Lara, una especie de *Drosera*, colectada y descrita por el profesor Francisco Tamayo, es utilizada por los

campesinos como medicamento. Por la curiosa y humorística expresión idiomática, se transcribe una carta que acompaña un ejemplar de la especie mencionada en el Herbario Nacional.

Carta del señor L. Yépez, de la Sociedad de Agricultores de caña melar de Lara y Yaracuy de responsabilidad limitada —Barquisimeto— al profesor Francisco Tamayo:

"Verba de Luca". — Esta planta es muy curiosa. Se produce en los lugares fríos, más o menos a 2.000 m. de altura. Se esconde entre la paja sabanera durante las horas ardientes, de suerte que los prácticos la recolectan en la mañana temprana o cuando la tarde refresca, que es cuando se hace visible. Parece que posee en alto grado propiedades sedativas o anestésicas, pues los campesinos acostumbra usar en forma de alcoholato y en ocasiones de simple hidrolado para curarse dolores cólicos y de estómago, se dice que con éxito maravilloso".

La joya entre las plantas carnívoras venezolanas la constituye sin duda alguna el género *Heliamphora*, perteneciente a la familia de las *Sarraceniaceae*. Es un género endémico, es decir, propio de una región geográfica limitada, en este caso las cimas de los "tepales" guayaneses. *Heliamphora* crece en lugares abiertos y pantanosos, bajo fuerte insolación. Posee un rizoma rastrero, en cuyo extremo las hojas se agrupan en roseta. Las hojas están transformadas en jarros o ánforas, llenas de líquido.

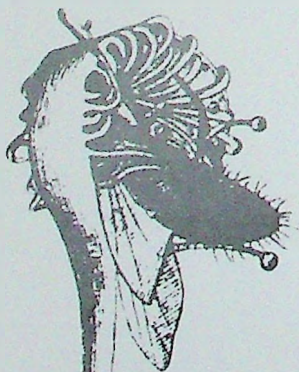
Im Thurn, botánico escandinavo que escaló el Roraima en 1883, describe su impresión al encontrar *Heliamphora* en un pantano, con las siguientes palabras:

"One, perhaps the most remarkable plant of the swamp has not yet been noticed. It is the South-American pitcher-plant *Heliamphora nutans* Benth; which grows in wide-spread

ing, very dense tufts in wettest places, but where the grass happens not be long its red-veined pitcher leaves, its delicate white flowers raised high on red tinted stems, its sturdy habit of growth, make it a pretty little picture wherever it grows".

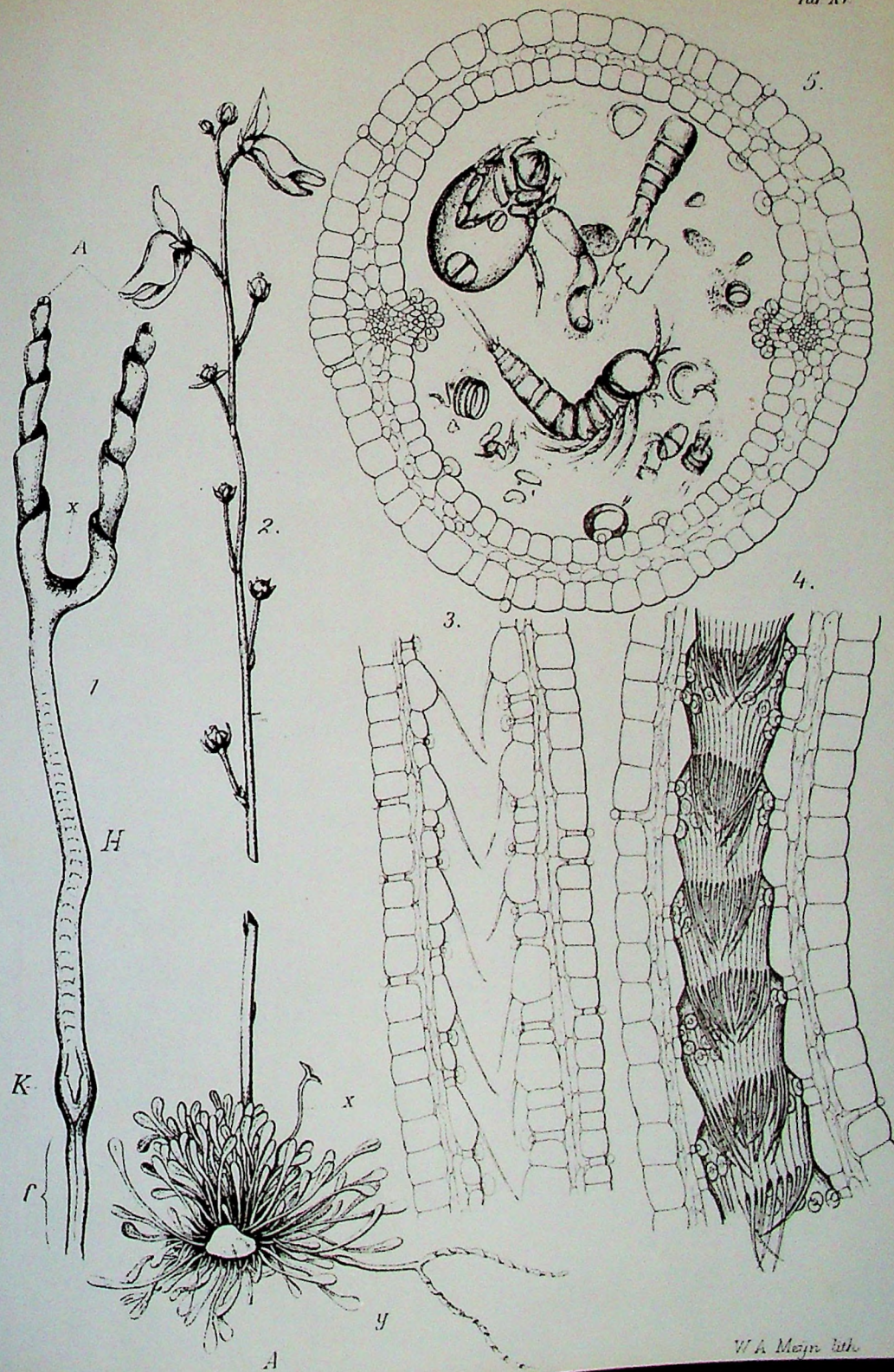
Las trampas de la planta, o sean las ánforas llenas de líquido, muestran una estructura ingeniosa para facilitar la captura de los animales. En los bordes, muy resbaladizos, de las ánforas, se encuentra un gran número de glándulas mucosíferas que inducen al insecto a posarse en ellos, con el resultado que éste resbala y cae al fondo del recipiente. La víctima, antes de morir, trata de escalar las paredes, pero sin éxito, pues zonas resbaladizas y zonas con pelos dirigidos hacia abajo se lo impiden. No se sabe aún si realmente existe un proceso de digestión en *Heliamphora*. Otros géneros pertenecientes a la misma familia de las *Sarraceniaceae* no poseen fermentos digestivos y la descomposición de los animales es netamente bacterial. En cambio las demás carnívoras, como las *Utriculariaceae* y las *Droseraceae*, poseen fermentos que intervienen directamente en la digestión. No obstante que numerosos experimentos han comprobado que las plantas que capturan mayor cantidad de animales muestran un mejor desarrollo que aquellas a las cuales falta este tipo de alimento, la predicción no es indispensable para la vida de las plantas, pues ellas poseen su aparato clorofílico para efectuar la fotosíntesis. Es por tanto extraño y difícil de explicar cómo pudo haberse conservado esta adaptación especial, que en tiempos remotos fue producto de una casualidad o de una adaptación al medio ambiente.

Las plantas carnívoras venezolanas ofrecen un campo de estudio biológico muy interesante, por lo cual debemos protegerlas.



Der.: Genlisea Ornata Mart. 1. Trampa tubular. 2. Aspecto de la planta en flor. 3. Corte longitudinal a través de una bifurcación del tubo. 4. Corte longitudinal a través de la base del tubo principal. 5. Corte transversal a través de la base del tubo principal mostrando restos de insectos. Tabla tomada de Goebel: Pflanzenbiologische Schilderungen

FEDERICO PANNIER POCATERRA. Venezolano. Nació en Maracay, en 1934. Estudió Botánica y Ciencias Afines en la Universidad de Maracay, donde recibió el grado de Doctor en Ciencias de la Naturaleza. Es actualmente Profesor e Investigador en la Escuela de Biología, Facultad de Ciencias de la Universidad Central de Venezuela. Ha publicado varios trabajos sobre la biología y la distribución de plantas tropicales.





ritmo danza y travesuras

Por Steffy Stahl

¿Quién se imaginaria que los niños de las fotografías publicadas en estas páginas son los alumnos de La Charneca?

Los movimientos muestran el dominio perfecto de una coordinación exacta de los músculos. La expresión de las caras refleja concentración, y el conjunto armonioso es el espejo de gran disciplina. Muy pocas personas conocen bien el barrio. En San Agustín del Sur, cortando un cerro, fue erigido un edificio de tres pisos e inaugurada una escuela municipal con el nombre de Grupo Escolar "Juan Landaeta".

"Gloria al Bravo Pueblo que el Yugo Lanzó"

Los primeros compases del Himno Nacional están grabados en la fachada del edificio, que se levanta majestuosamente en medio de los ranchos, y representa el segundo hogar para la muchachada que baja de los cerros y después de tres horas de estudio y almuerzo en el comedor escolar, regresa a sus casitas.

Cuando el Director de Educación Municipal me envió a esta escuela, no conocía yo el barrio ni el material humano, tan fuerte. Parecía que nunca podría lograr algo, que todo el esfuerzo sería inútil. La escuela tiene un gran auditorio, con escenario, donde nos reunimos tres veces por semana para las clases.

Al principio costó mucho trabajo lograr disciplina para comenzar las clases. Unos niños corrían, jugaban al "escondido" detrás de las butacas, otros faltaban al ensayo porque andaban por los cerros elevando "papagayos". Lograr que bajaran a las prácticas era una verdadera tarea. Para vencer las dificultades y despertar el interés de los niños en las clases de rítmica y danza, hubo necesidad de crear un programa especial adaptado al medio.

Arr.: "Caracoles"
Izq.: "Mosaico"



Por la acrobacia como ejercicio completo y los bailes para la recreación, se puede transformar el exceso de energías —que se manifiesta en travesuras— en el bienestar psíquico y físico.

Objetivos del Maestro con su Materia

La labor pedagógica trata de tomar en cuenta las necesidades de los niños que no tienen vocación, ni facilidad, para darles la oportunidad de participar, en unión con los dotados, en un medio educativo espléndido para hacer desaparecer los complejos de inferioridad que generalmente agobian a los niños sin talento.

Porque, no se trata de formar con los niños bien dotados para la interpretación musical y la expresión rítmica, equipos de virtuosos, de ejecutantes impecables, adiestrados, con perfección académica, con miras al espectáculo y al exhibicionismo. Se trata de algo muy distinto: utilizar el ritmo y la danza en función del desarrollo de la capacidad **sensorio-motriz**, de la riqueza emotiva, del afán de libre expansión de impulsos y tendencias que latén en el alma infantil.





Hacer del ritmo y de la danza una forma de expresión disciplinada, armónica, correlativa de las formas expresivas que convergen en el proceso formativo y en el cultivo e integración de los valores estéticos y emotivos, que tan importante papel juegan en la educación de los niños.

Esquemas de algunas nociones básicas, finalidades pedagógicas y técnicas fundamentales, han sido creados para la organización de un plan sistemático de aprendizaje por medio del ritmo aplicado a la interpretación musical.

- 1 Desarrollar una voluntad espontánea inmediata (reacción a la voz de mando).
- 2 Comprensión y realización inmediata de diferentes compases:
 - a) **Auditivo:** al oír la música tocada al piano.
 - b) **Visual:** al ver otro grupo de alumnos ejecutando un ritmo.
- 3 Correlación ordenada entre los diversos agentes del organismo por medio de movimientos automáticos.
- 4 Expresión del gesto y de todo el cuerpo.

Objetivos Logrados en el Desarrollo del Programa

Los objetivos básicos logrados con esta educación rítmica son: **Disciplina, Concentración, Coordinación, Desarrollo de una Voluntad Espontánea.** Después es fácil avanzar y enseñar pequeñas escenas de ballet y danzas.

Los números más aplaudidos, interpretados en el Teatro Municipal por el Grupo Escolar "Juan Landaeta" fueron "Lo Cucarachita Martínez", "El Circo" y "Los Patinadores".

Es muy interesante apreciar la influencia de la danza en las exposiciones de trabajos de manualidades. En uno de las exposiciones de fin de curso, fue montado un pequeño teatro con maniqués en posiciones de bailarinas, inspirado en el ballet: "Vals de Chopin", con el mismo vestuario presentado por las alumnas. Las exposiciones de manualidades reflejan también la influencia de otra danza, "El Circo", tanto en el vestuario como en las posiciones acrobáticas de los pequeños maniqués-payasos.

Actitud de los Alumnos

Esta clase de ritmo y danza anima el espíritu de los niños, quienes se entregan a la danza como a un juego y, con la misma alegría y emoción ingenua, se transfiguran

Der.: Arabescos egipcios.
Centro: Torre de control.



en personajes de ensueños y fantasías: en pirámides, esfinges, caracoles, galgos, avestruces, etc. Es de notar el cambio de temperamento que ha producido el interés y el placer por estos ejercicios, que vienen siendo ratos de sano esparcimiento infantil.

Conclusiones y Sugerencias

Durante los veinte años de actividades ininterumpidas de mi labor pedagógica en las escuelas municipales y nacionales, se ha podido comprobar que la exactitud en la ejecución de los movimientos al compás y ritmo de la música, garantiza claridad en el pensar y desarrollo del intelecto.

Intensificado este sistema de educación rítmica y de danzas educativas en un programa especial para los niños nerviosos y atrasados mentales, se lograría:

- 1 Normalizar las reacciones nerviosas de los niños supersensibles y desordenados.
- 2 Eliminar los defectos de origen nervioso o muscular y dominar los movimientos en plena libertad.
- 3 Establecer la armonía entre las funciones cerebrales y corporales.
- 4 Transformar el exceso de energías (que malgastadas se manifiestan en travesuras destructivas) en bienestar psíquico y físico.

Las ilustraciones están constituidas por fotografías tomadas a los alumnos de la Escuela "Juan Landaeta" que componen el Ballet de Steffy Stahl.

STEFFY STAHL

Venezolana. Nació en Viena, donde se graduó en la Academia de Música y Bellas Artes. Diplomada del "Wiener Stadt-Schulrat". En 1938 vino a Venezuela por llamado del Ministerio de Educación y fundó la Academia de Bailes Clásicos, Ballet Moderno, Danzas Folklóricas e Interpretativas. Introdujo en las escuelas municipales y nacionales de Venezuela una nueva forma de enseñanza Rítmica y de Danzas Educativas. Ha enseñado durante veinte años ininterumpidos. Fue condecorada con la Orden "Francisco de Miranda".

La evolución económica del paisaje natural en el Valle del Turbio

POR LINO IRIBARREN CELIS

1 Pocas son las regiones de Venezuela donde la evolución del paisaje natural en paisaje económico se haya realizado en forma tan característica como en el valle del Río Turbio. La idea de tal evolución ha servido a Pascual Venegas Filardo para su magnífico ensayo "El paisaje económico de Venezuela", y bien pudiera explicar también, aunque en forma mucho más concreta, el largo proceso operado en la mencionada región del Turbio desde el siglo XVI. Si la acción del hombre es factor principal en la transformación del paisaje natural en paisaje económico, es de pensar que esa transformación resulta tanto más efectiva cuanto más acentuado sea el carácter histórico de la región. Esto, al menos, es valedero en relación a las zonas donde ha predominado la agricultura como modo peculiar de producción. Podrían citarse entonces, entre otros, los valles de Aragua, el valle de Caracas y el valle del Turbio.

El citado Venegas Filardo escribe que "el clima y el relieve, como todo ambiente geográfico, determinan en Venezuela las características más fundamentales del paisaje natural", pero que "ese paisaje natural ha sido alterado en el transcurso de los siglos por la acción del

hombre, ya con el aprovechamiento de la tierra con fines agrícolas o con fines pecuarios, ya sea con la mejora del medio haciendo presentes factores geográficos del tráfico". "De esta manera —concluye—, en una porción considerable del ámbito geográfico venezolano, el paisaje natural se ha trocado progresivamente en paisaje económico".

Si se aplica, pues, esta concepción al valle del Río Turbio, puede comprenderse que desde la segunda mitad del siglo XVI hasta nuestros días, se ha realizado allí un marcado proceso de transformación económica en el concepto de la agricultura. La primera referencia concreta que se tiene del Río Turbio está contenida en la *Narración* de Federmann, aunque ésta sólo se haya conocido varios siglos después. Luego le siguen las que constan en piezas como "Descripción de la ciudad de Nueva Segovia, etc.", de 1576, e "Instrucción y noticia de Barquisimeto, etc.", de 1745. Existen otras piezas, por ejemplo la de 1561 y la de 1683, pero sólo se refieren a hechos históricos y no a la geografía del Turbio. Después vienen las menciones de Cisneros y de Olavarría. En fin, no son muy numerosas las fuentes de consulta, pero la tradición contribuye al conocimiento del pasado barquisimetano.

Acaso Federmann exageraba un poco cuando escribía: "Habiendo, pues, llegado a la primera población de esta provincia de Barquisimeto encontré reunidos cerca de cuatro mil hombres, todos robustos y bien conformados, quienes nos hicieron excelente acogida". O cuando dice: "Están situadas (las aldeas) en una hermosa llanura, a la margen de un gran río". O bien: "Fácil les era percibir cuánto nos sobrepujaban en número, porque creo que estas veinte aldeas podrían reunir en medio día treinta mil hombres, armados y ejercitados". También pudo hacerlo Cisneros cuando se refirió a "un caudaloso río". Sin embargo, ya son bastante conocidos los factores que han contribuido en Venezuela a la disminución de las aguas, especialmente en las zonas mayormente pobladas.

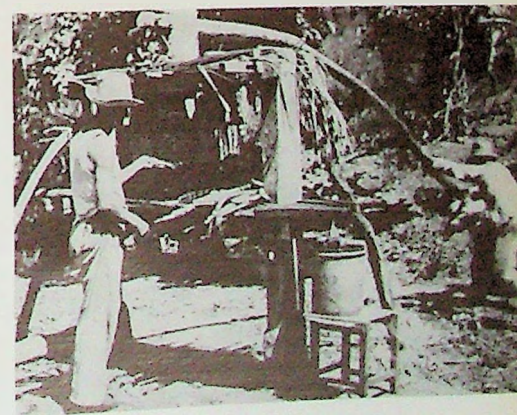
De un modo u otro, el paisaje natural del valle del Turbio, que el conquistador hubo de contemplar desde 1530, debió comprender, en lo que a la flora se refiere, un conjunto boscoso de tipo tropical que cubría un extenso valle de forma irregular, enmarcado entre dos ramales de un vasto y variado sistema montañoso y cruzado por un impetuoso río que los naturales llamaban *Bariquesimeto*. A trechos, especialmente en la

zona anterior a la confluencia del río que le caía por la derecha (Río Claro), los terrenos despejados donde los aborígenes hacían sus labranzas. Fácil les sería verificar la calidad de las tierras y la facilidad de su riego, lo cual haría propicio el cultivo de las especies que habrían de traerse de allende el océano. En la selva, bastante diversificada, encontrarían las variedades que más tarde se denominarían, en general, con los primitivos nombres indígenas: guá, úveda, naranjillo, guácimo, jobo, cedro, ceiba, apamate, mijao (o mijague), jabillo, bucare, caravali, caracaro, mora, guayabo, pumarosa, mamón, nispero, paaji, aguacate, mango, samán, mapora, por citar las más conocidas. También caña amarga, cardón, junco, barrendera, amargoso, vergonzosa, guaco, mastranto, bejuco, molero, pira blanca, pira brava, gamelote y hierba Guinea, etc.

Desde el altiplano donde Nueva Segovia se establecería definitivamente, el conquistador español, de fijo en 1536, debió contemplar aquel extenso bosque que estrechaba por ambos bordes al amplio y pedregoso cauce de un río de aguas cenicientas. No podía intuir siquiera cómo, a través de los tiempos, variaría aquella perspectiva ni cómo aquel árido y primitivo bosque llegaría a ser el asiento de una numerosa población civilizada y de una industria maravillosa. Pero el río de aguas oscuras

de la naturaleza. La esperanza del hombre que sueña siempre en transformarla. Y a fe que mucho de ese sueño, o de esa lucha, se ha prolongado hasta nuestros días, en el valle del Turbio, para transformar el paisaje natural en paisaje económico.

2 El señor Pablo Perales Frigols, en su obra "Geografía Económica del Estado Lara", anota lo siguiente: "El Distrito Iribarren es esencialmente agrícola y productor de primeras materias vegetales... La caña de azúcar se cultiva en el valle del Turbio sobre todo, desde Buenavista en el alto Turbio, hasta Santa Rosa, en los linderos con Yaracuy. Como es fácil imaginar, el valle del mencionado río viene a ser una unidad económica y los tableros de caña se extienden a lo largo del mismo, sin respetar linderos municipales ni estatales, de manera que las estadísticas de producción no son, ni pretenden serlo, exactas en su expresión geográfica, ya que es de escaso interés para Venezuela, suponiendo que tenga alguno, establecer meticulosamente cuántas toneladas de este o aquel tablon deben adjudicarse a Yaracuy, al Distrito Palavecino, al Yaritagua, o al Santa Rosa".



Uno de los más primitivos equipos de la industria de la caña de azúcar, el trapique de cilindros verticales para fuerza animal, es una reminiscencia de las primeras etapas de la industria cañera.

y rumorosas, en su peregrino discurrir por entre el bosque, era como un signo del destino, y el conquistador supo captar el mensaje de ese destino cuando, olvidándose de la aventura minera de Baria, se aferró a sus riberas y se enfrentó a la selva. Podría decirse la voluntad humana frente a la obstinada uniformidad

Por su parte, los señores ingenieros Samuel J. Strebin y Roberto V. Peña, en su "Estudio Agrológico del Valle del Río Turbio", asientan que "la zona del valle del Río Turbio ha sido y probablemente será un área agrícola desde la fundación de la ciudad principal de la zona, Barquisimeto, por Juan de Ville-



Sobre los horizontes, la silueta del gañán y sus bueyes se petrifica como un símbolo del pasado. Cedió el paso, en el Turbio, a otra sistema

gas". Puede agregarse que, sin tomar en cuenta las labranzas de los aborígenes, la agricultura en ese valle tiene el mismo tiempo que la ciudad. La caña de azúcar, por diversas razones, pero fundamentalmente por las imposiciones del mercado, se ha impuesto a la postre sobre los demás cultivos, y al desplazar definitivamente el añil, el cacao, los frutos menores, su industria ha marcado un largo proceso de mejoramiento y tecnificación hasta llegar al gran Central Azucarero del Río Turbio y al Central de Yaritagua.

La geografía de este valle, que se extiende en parte de los territorios de los Distritos Iribarren y Palavecino del Estado Lara, y Yaritagua del Estado Yaracuy, afecta una forma harto irregular y se inicia en la hacienda San José, situada donde comienza la primera gran curva del río en el Distrito Iribarren y concluye al noreste de Yaritagua, en la hacienda El Ingenio, en el Estado Yaracuy. La parte más angosta de este valle está comprendida desde la referida hacienda San José hasta la hacienda Santa Bár-

bara. Zona o grupo de haciendas que está ubicado entre los bosques de Titicare, arriba, y el ya citado Macuto, abajo. Es la parte que da frente a la ciudad de Barquisimeto y está enmarcada dentro de la hoya del río, el cual, en esa zona, corre entre la cadena de montañas que lo separan de la hoya del Río Claro, al sur, y las estribaciones del altiplano donde se asienta Barquisimeto, al norte.

Aunque la referida zona angosta no es ni con mucho la de mayor potencial y producción, ha sido en cambio, por su cercanía a la capital lareense, la que le ha infundido al valle su carácter y sentido histórico en el concepto de la tradición agrícola. La topografía de esta parte del río, a causa de sus naturales condiciones de salubridad, de su altura con respecto a la gran zona baja que se inicia virtualmente en las inmediaciones de la confluencia del Río Claro, en Tarabana y Agua Viva y en las cercanías de Bureche, la hicieron particularmente apta para la vivienda campesina, y en esas haciendas —San José, San Antonio, San Nicolás, Santo Domingo, Santa Rita

y Santa Bárbara— lo mismo que en las de Río Arriba, se articuló la tradición de la familia propietaria, de agricultores, que vivían en el campo, se comunicaban a diario con la ciudad, y no se apartaban de su parcela sino con la muerte. La labranza con alma que habían heredado de los mayores y la transmitían a los hijos, impregnada con el sudor y aun con la sangre de los antepasados, vale decir, saturada con el espíritu de sus muertos.

Desde la confluencia del Río Claro, al oeste de Cabudare, y desde las haciendas situadas al este de la aldea de Santa Rosa, comienza el amplio valle del Turbio que se extiende hasta más allá de la curva donde, entre las haciendas, aproximadamente, de la Esperanza, Maporal y Maporalito, el río se dirige al sur y cruza el viejo camino Barquisimeto-Yaritagua en el sitio denominado Tononó, donde se levantó hace ya muchos años un puente de hierro. Como se ha dicho antes, el valle se extiende hasta el norte de Yaritagua y abarca, por el sur de la misma ciudad, las hacien-



El tractor, con su reja gigante y múltiple, prepara los terrenos donde otras máquinas arrojarán la simiente

das El Rodeo, Bella Vista, Santo Domingo y San Rafael.

En el citado "Estudio Agrológico del Río Turbio", de los ingenieros Strebín y Peña, puede leerse lo siguiente: "Los datos meteorológicos de Barquisimeto, tomados de la "Climatología de Venezuela", dan una idea aproximada de las condiciones existentes en toda la zona. Los meses de diciembre, enero, febrero, marzo y abril son los mejores para el cultivo de la caña de azúcar, dejando los últimos meses lluviosos, septiembre, octubre y noviembre para las siembras. El promedio de lluvia en la Granja "Santa Rosa" entre 1942 y 1946 es de 718 milímetros anuales.

Bajo las condiciones reinantes en la zona, el ciclo vegetativo de la caña de azúcar es aproximadamente de 14 a 15 meses para la plantilla y de 11 a 12 meses para la soca. Durante todo el año, las condiciones de temperatura oscilan alrededor del óptimo para la cosecha. No se registran vientos excesivamente fuertes ni condiciones de humedad que entorpezcan el normal desarrollo de la

caña. Las condiciones climatológicas de la zona son ideales para el cultivo de la caña, que hace más de un siglo está afianzada en la región. La temperatura media de la Granja "Santa Rosa" es de 26° centígrados y el clima es completamente sano".

Aunque comprendido en tres diferentes Distritos de los Estados Lara y Yaracuy, el valle del Río Turbio en nada ha sido afectado por la geografía política y constituye una unidad económica y agrícola de sólida estructura, como vasta asociación de agremial, en este valle concurren, junto con peculiares características de la naturaleza, la acción continuada del hombre durante varias centurias. Lo que quiere decir que han concurrido el factor de la geografía física y el de la geografía humana. El factor histórico hizo que en el Turbio no surgiera el latifundio, a pesar de la presencia, en los postreros días coloniales, de hombres como don Juan de Alvarado, Alférez Real de Barquisimeto y dueño y señor de la región de Cabudare. En las ochenta y cuatro

fincas que hoy comprende el valle, la mayor es de mil hectáreas y la menor de treinta y dos.

La tierra, el agua, la atmósfera, tienen en cada lugar características propias de forma, composición, temperatura, movimiento, etc., las cuales en cada caso pueden servir para aprovechar determinadas actividades que sean propias del medio y útiles al hombre, y en el valle del Río Turbio se ha realizado una conjunción de valores positivos cuya íntima virtualidad se tradujo en un vasto organismo, en el cual la industria azucarera ha llegado a ser su realidad más objetiva, su vida y su fuerza.

3 Si la potencialidad de una zona se mide no solo por el número de sus habitantes, su densidad y calidad y las ciudades que en ella se encuentran, sino, especialmente, por sus índices de producción, en el valle del Río Turbio la geografía agrícola y co-



Arriba: Aspecto de los modernos equipos de desplazar la caña destinada a las molientas durante las zafra.

Izquierda: Típica instalación cañera que, como etapa intermedia entre la caldera de vapor y los modernos centrales, predominó en el Turbio desde fines del siglo pasado.

Derecha: Aspecto parcial del gigantesco trapiche del Central del Turbio, culminación, en la época presente, de un largo proceso gremial y agrícola.

mercial ha señalado condiciones específicas que influyen decisivamente en el factor económico, vale decir, en la mayor o menor producción de riqueza. Ello no quiere decir que la geografía etnográfica no pueda apreciar algún día la influencia que ha ejercido el hombre, considerado como valor de energía creadora e iniciativas de progreso, en la evolución de las actividades económicas de la misma región. No debiera olvidarse, después de todo, que el agricultor del Turbio ha sabido aprovechar aquellas condiciones hasta el punto de llevar la zona a una de sus etapas más altamente desarrolladas en el concepto de la aplicación industrial.

No pretendo, ni mucho menos, abocarme a un estudio científico que comprendiera, en cuanto al Turbio se refiere, ambos factores de la geografía física y humana. Huelga decir que en estas someras páginas apenas me propongo reflejar algunos de los caracteres más resaltantes del valle en su conformación geográfica, o más bien, topográfica, y por ningún modo ofrecer una monografía especializada de segura información técnica y estadística.

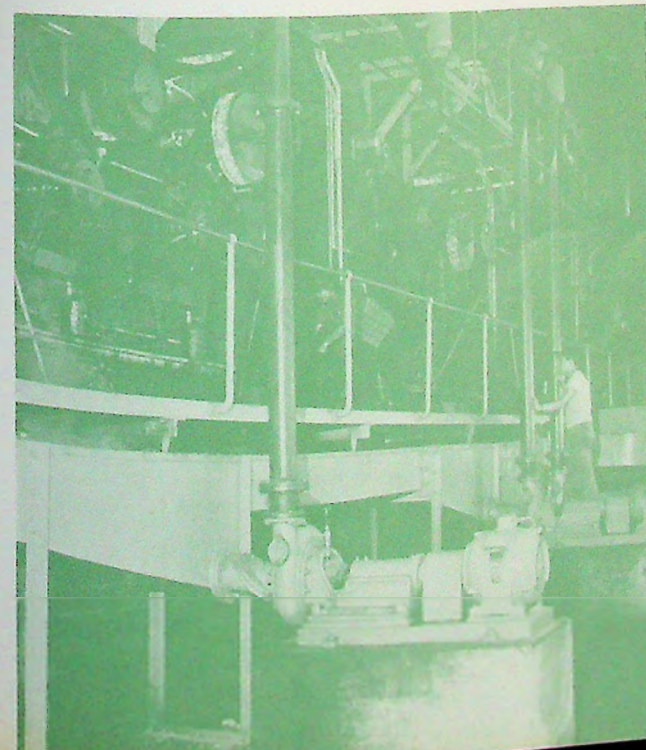
Una de las características geográficas del valle del Turbio consiste en su extraordinaria homogeneidad en cuanto a ciertos factores naturales como es el de

los suelos aptos, y más que esto, extraordinariamente apropiados para el cultivo de la caña de azúcar, y en la peculiar y, por decirlo así, milagrosa ubicación de sus numerosas fuentes de agua. Lo primero llega hasta los extremos del valle, como sería la zona situada al sur de Yaritagua, donde están ubicadas las haciendas de El Rodeo, Santo Domingo, Buena Vista, San José, etc., cuya flora, terreno y condiciones generales, con ser tal vez los más diferenciados, son en muchos aspectos muy semejantes a los del resto del valle. Los ingenieros agrónomos Samuel J. Strebin y Rubén D. Guillén dicen en su "Estudio Agrológico de la Zona de El Rodeo" que este informe es un apéndice del "Estudio Agrológico del Valle del Turbio", "considerado como tal por ser continuación del mismo valle". Los ingenieros agrónomos Mauricio Báez y Gustavo Padilla, en su "Reconocimiento Agronómico del Proyecto de Riego de los Planes de Buria o de Londres", asientan: "El clima de esta zona se puede clasificar como tropical subhúmedo. Según lo indica la vegetación, parece ser más húmedo que el de Barquisimeto, pero un poco más seco que el del valle del Yaracuy. Hay dos estaciones bastante bien definidas. Los meses lluviosos parecen ser mayo, junio y julio; los más secos diciembre,

enero, febrero y marzo; los de precipitación media, abril, agosto, septiembre, octubre y noviembre, de acuerdo con los datos meteorológicos obtenidos durante el año 1945 en Chivacoa (Hacienda San José), Yaritagua y un promedio de 19 años de precipitación en Barquisimeto". Por su parte, el ingeniero agrónomo Sebastián Anibal Romero, en su "Estudio Agronómico Detallado de los Planes de Buria o Londres — Proyecto del Río Turbio", observa que "el clima puede conceptuarse como tropical semiárido, con estaciones secas y húmedas bien definidas", y al coincidir en la clasificación de los meses y las estaciones consignadas por los ingenieros anteriormente citados, agrega que "el promedio de precipitación anual durante los años 1943-45, inclusive, ha sido de 917 mm."

En cuanto a la vegetación, los citados Báez y Padilla observan: "El área del proyecto está cubierta en su mayoría por la vegetación nativa de tipo tropófilo, de acuerdo con el clima y los suelos de la región. Los terrenos de buena calidad se encuentran cubiertos de bosques en los cuales prosperan, entre otros, los siguientes árboles: Jabillo, Indio Desnudo, etc.". A su vez, Romero observa: "Dentro de la categoría de monte bajo entrarían los arbustos y árboles siguientes: Yacure blanco y negro, Nigüito, Caujaro y Mora, y en aquellos de monte alto, Jabillo, Mapora, Jobo, Naranjillo, Cedro Amargo, Mamón, Hueso de Pescado, Cotopriz, Apamate, Indio Desnudo, Ceiba y demás árboles". En cuanto a las maderas de construcción, agrega: Roble, Guatagire, Flor Amarilla, Danto, Majomo, Vera, Curarí, Apamate y Cedro Dulce.

Lo segundo, es decir, lo relativo a las aguas para el abastecimiento del riego, podría decirse que es algo imponderable, porque se trata de una distribución natural que facilita sobremanera el riego del valle en toda su extensión. He citado antes el bosque de Titicare, donde nace la vertiente del mismo nombre, situado al costado derecho del Turbio en su primera gran curva. Siguiendo el curso del río y pasadas las haciendas anteriormente citadas de la zona angosta, se halla el Bosque de Macuto, al mismo costado del río, frente a la ciudad de Barquisimeto. En ese bosque nace otra abundante vertiente con que se surten las haciendas El Molino Arriba y El Molino Abajo, La Esperanza, y otras situadas en las inmediaciones de Santa Rosa. Más abajo, cerca de la confluencia del Río Claro, y a una distancia igual a la anterior, aparece la vertiente de





Agua Viva, con la cual se surten otras haciendas en las inmediaciones de Cabudare, en el Distrito Palavecino. En el mismo orden, siguen las fuentes de Cálamo, Chorobobo, Aguablanca, La Peña, La Montoya, Pozo Bravo, La Esperanza, Juidivide, Santa Lucía, Guaremal, Agua Negra, Agua Viva (El Turbio), La Motoya, La Sequía.

De conformidad con la información que he obtenido de la Estación Experimental de Occidente, de Yaritagua, me referiré a los aforos practicados en cada una de estas fuentes, así como a la clasificación de los distintos suelos del valle del Turbio.

4 He hablado del conjunto de aguas corrientes del valle del Río Turbio, rica hidrografía cuya maravillosa disposición, unida a la calidad excepcional de los suelos, constituye una de las características más sobresalientes del valle y, sin lugar a dudas, la razón esencial de su potencialidad económica. No entra en esta monografía, naturalmente, el averiguar si todas esas fuentes, situadas dentro de la hoya del Turbio, tienen su origen en corrientes subterráneas del mismo río, o del Río Claro, o de ambos a la vez. Los aborígenes llamaban a este último río Guacabunt, indicando con ello que sus aguas se sumergían a lo largo del lecho, como ha ocurrido siempre. También buena parte de las aguas del Turbio se sumergen en su anchurosa y larga playa; y tal es la continuidad de las vertientes, a lo largo de la hoya, que en la región existe la creencia, muy generalizada, de que todas esas fuentes o la mayoría de ellas tienen su origen en corrientes subterráneas del mismo Turbio.

De acuerdo con la información de la Estación Experimental de Occidente de Yaritagua, Estado Yaracuy, el aforo de estas aguas, practicado por el M.O.P., ofrece los siguientes resultados: Río Turbio (en Tononó), marzo 1946-53,

831 litros por segundo; Río Turbio (en Tononó), agosto 1946-53, 6.178 litros por segundo; Titicare, marzo, 80 litros por segundo; Macuto, noviembre 1953, 400 litros por segundo; Agua Blanca, Nov. 1953, 214,2 litros/seg.; La Peña, Nov. 1953, 66,9 litros/seg.; Pozo Bravo, Nov. 1953, 80 litros/seg.; La Esperanza, Nov. 1953, 53,1 litros/seg.; Quebrada de Juidivide, Nov. 1953, 33,2 litros/seg.; Santa Lucía, Nov. 1953, 60 litros/seg.; Guaremal, Dic. 1953, 118,4 litros/seg.; Agua Negra, Dic. 1953, 271,9 litros/seg.; Agua Viva (El Turbio), Dic. 1953, 120,5 litros/seg.; La Motoya, Dic. 1953, 45,4 litros/seg.; La Sequía, Dic. 1953, 49 litros por segundo.

Según el mismo informe, estas aguas, algunas aforadas en la época de mayor sequía, como Titicare y Río Turbio, ofrecen unos 5.128,4 litros/seg. (1), con los cuales se han abastecido las ochenta y cuatro fincas existentes y podrá mantenerse el riego de las partes que comprenda el incremento del cultivo dentro de la nueva organización de los Centrales.

Como podrá verse, este incremento se ha hecho más evidente desde que ha empezado a funcionar la primera de dichas organizaciones como lógica consecuencia de su propia estructura funcional.

Antes de examinar los datos relativos a la actual producción, conviene echar un vistazo a los suelos del valle del Río Turbio sobre los cuales se ha desarrollado tan vasta empresa agrícola. El "Estudio Agrológico", ya citado, de los ingenieros agrónomos Strebin y Peña, clasifica los terrenos del Turbio en ocho series denominadas así: *Turbio*: arcilloso; *Tocuyo*: franco-arenoso; *Yaritagua*: franco fase llana; *Montoya*: franco-limoso; *Mene*: franco-arcilloso; *Boro*: franco-arcilloso-limoso; *Tarabana*: franco-arcilloso-limoso (fase drenaje pobre); *Iribarren*: arcilloso-limoso. Estas series corresponden a catorce tipos de suelos, a saber: *Tocuyo*: arcilloso-limoso; *Tocuyo*: franco-arcilloso; *Turbio*: franco-

arcilloso-limoso (fase drenaje pobre); *Turbio*: franco-arcilloso; *Turbio*: franco (fase llana); *Boro*: franco-arenoso; *Yaritagua*: arcilloso; *Montoya*: franco-arcilloso; *Mene*: franco-limoso; *Tarabana*: franco-arcilloso; *Iribarren*: arcilloso; *Playa*: rocoso accidentada. Respecto a los suelos de la zona de El Rodeo, los ingenieros Strebin y Guillén observan: "La serie Turbio tiene la posición de una terraza primaria y es el suelo más reciente de la zona. El río (Turbio) y varias quebradas inundan partes de esta serie cuando crecen". Y los ingenieros Báez y Padilla dicen que "La textura más corriente de los suelos es franco-limoso, teniendo un color gris marrón-uzco con algo de oliva en el horizonte".

Según el "Estudio Agrológico" citado, el suelo *Tocuyo* (arcilloso-limoso) es el más extenso e importante de la zona; comprende unas 3.316 hectáreas y se encuentra en casi todas las haciendas. Tiene aproximadamente la misma identidad del tipo *Tocuyo* (arcilloso-limoso) determinado en la zona de El Tocuyo, de la cual tomó el nombre. Estos suelos aparecen en una ancha faja entre los suelos recientes *Boro* y *Turbio* y los suelos más antiguos *Tarabana* e *Iribarren*. En la zona del Turbio casi todos los suelos son fértiles y tienen perfiles relativamente profundos. No hay áreas grandes de gránzon o piedra. Los resultados de 56 análisis químicos hechos en el Laboratorio del Departamento de Suelos del M.A.C. indican que todos los suelos de la zona poseen abundante calcio y magnesio y en general tienen cantidades medianas de potasio. El contenido de fósforo es bajo en la mayoría de los casos. El contenido de materia orgánica es de mediano a alto. Pero la porción de nitratos no es suficiente. El promedio de PH es de 8,10. El contenido de sales solubles es alto en las áreas de drenaje pobre.

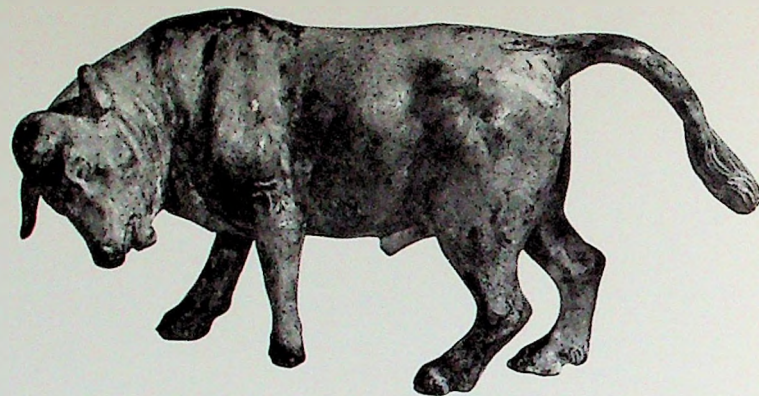
Para ofrecer una idea del incremento de los cultivos que, dentro del nuevo proceso determinado por la instalación y funcionamiento del primer gran Cen-

tral, afecta la zona del Turbio, bastará anotar algunos datos correspondientes a 1955-56: hectáreas cultivadas de caña de azúcar, 6.308 y 7.196; hectáreas cosechadas en 1958, 1.845; y en cosechar 1959, 4.380; toneladas de caña producidas en 1955, 134.860, y en 1959, 280.000; bultos de papelón (42 ks. c. u.), 172.603; toneladas molidas hasta mayo de 1950, 180.000. Si se toma en cuenta que para 1947 sólo había 4.800 hectáreas cultivadas de caña y que en 1956 existen 7.196, se deduce que pronto habrán de estar cubiertas las 10.000 hectáreas cultivables del valle.

Creo, pues, que por medio de estas ligeras apuntes, he podido ofrecer, como ejemplo de la evolución de un paisaje natural en paisaje económico, una visión general de la topografía, la historia y la potencialidad económica del valle del Río Turbio, vasta y rica zona donde se ha operado uno de los más antiguos y caracterizados procesos agrícolas que se registran en la historia económica de Venezuela, especialmente en el campo industrial de la caña de azúcar.

(1) Nótese que solamente los aforos del Río Turbio practicados en Tononó en agosto de 1946-53, ofrecen un promedio de 6.178 litros por segundo, cantidad muy superior al total de todas las fuentes en la época de mayor sequía.

LINO IRIBARREN CELIS. Venezolano. Nació en Barquisimeto, Estado Lara, en 1900. Desde joven se dedica al periodismo, habiendo sido director de "El Heraldo" y "El Impulso" de Barquisimeto. Ha trabajado intensamente en el campo de la investigación histórica. Ha publicado "La Guerra de la Independencia en el Estado Lara", "El Padre José Macario Yáñez, 1799-1855. Ensayo sobre su personalidad histórica", "La Revolución de 1854", "Monagas y Beauperrin, el héroe y el sabio", y gran número de valiosas monografías de carácter histórico. Pertenece al corto número de cronistas y críticos militares de la América Latina, materia en la cual posee agudizada cultura. Es miembro fundador de la Asociación Venezolana de Escritores y correspondiente de la Academia Nacional de la Historia y del Centro Histórico Larause. Es Bibliotecario de la Sociedad Bolivariana de Venezuela y Director del Museo Bolivariano.



LA COLECCION PIETRI II

Dentro de la rica colección del doctor Alejandro Pietri las esculturas merecen capítulo aparte, no sólo por figurar en ella algunos de los mayores nombres de la escultura renacentista —Miguel Ángel, Cellini, Donatello—, sino por las curiosas piezas de gran antigüedad, consideradas hasta ahora como etruscas, y por una escultura de El Greco, una de las dos que salieron de su mano.

La colección Pietri es excepcionalmente rica en pequeñas piezas de terracota, bronce y oro, provenientes de tumbas etruscas, que hasta ahora han sido clasificadas como etruscas, por el mero hecho de su procedencia física. Fuertes dudas me asaltaron desde la primera vez que las observé. Su antigüedad es indudable: van del siglo VI al IV antes de Cristo. Y tienen una perfección de estilística que dista mucho de la ingenua perfección primitiva que acusa la pintura etrusca de la misma época. Es por otra parte bien sabido que los etruscos fueron grandes marinos y comerciantes. Sus viajes los llevaron con frecuencia a las islas del archipiélago griego, a las costas helénicas y hasta el Asia Menor. Era, pues, probable, que hubieran traído consigo objetos de arte de pequeñas dimensiones, como *souvenirs* de sus periplos. El respaldo de autoridad me lo ha dado Marcel Brion en el prólogo a *Les Etrusques*, de Sybille von Cles-Reden: "... en lo que concierne a los vasos griegos solamente (que por largo tiempo se han llamado *vasos etruscos*), el mayor número de los que poseemos provienen de sepulturas de la Italia central. Un comercio fructuoso duró durante siglos entre las ciudades helénicas y los grandes centros mineros de la Etruria, implicando cambios de objetos, formas, ideas, cuyo borón han conservado para nosotros los hipogeos" (1). Y más adelante: "Los historia-

dores del arte subrayan la importancia de los caracteres asiáticos en la pintura y la escultura etruscas, sobre todo durante el período llamado *orientalizante*, pero basta pensar en las masivas importaciones de obras de arte —y quizás aun de artistas— que venían de las Islas Jónicas o del Asia Menor, para explicar los rasgos evidentemente orientales de toda una época del arte etrusco" (2).

Claro que en la colección Pietri hay algunas pequeñas piezas evidentemente etruscas, singularmente los pequeños bronce nurágicos, descritos por el arquitecto Gino Gazzini Roner en un interesante artículo (3). Pero precisamente son estos objetos los que más claramente marcan la diferencia entre dos civilizaciones: una en camino ya de realizaciones perdurables —la helénica—, apenas dando los primeros pasos inciertos la otra.

Tomemos el caso del pequeño toro (fig. 1). Los toros que aparecen en las pinturas etruscas, como por ejemplo el famoso "Toro Echado" de la Tumba de los Toros en Tarquinia, son flacos, alargados, de largos cuernos delgados y abiertos (4). Compárese, en cambio, este estupendo toro de la colección Pietri con el Bucelón de la colección Koujchki de Nueva York. La misma cabeza, fuerte, los cuernos más cortos y

(1) Sybille von Cles-Reden, *Les Etrusques*. Trad. par Henri Daux, Arthaud, Paris, 1958, p. II.

(2) Id. *Ibid.*, pp. III-IV.

(3) Gino Gazzini Roner, "Note sulla civilizzazione primitiva di Sardegna", *Divagando*, New York, Vol. XXX, N° 757, 7 Agosto 1957, pp. 16-7.

(4) Véase Massimo Pallottino, *Etruscan Painting*, Skira, Geneva, Paris, New York, 1952, p. 32.





gruesos, la musculatura de las patas bien diseñada (5). La misma similitud existe con los garbosos toros de las copas de oro de "Vaseio", que representan la caza de toros salvajes (6). De modo que debemos llegar a la conclusión de que el toro de la colección Pietri es francamente prehelénico, y posiblemente minoico. Lo cual no hace sino acrecentar su valor puramente arqueológico sobre el indiscutible valor artístico que posee.

La terracota con restos de pintura (fig. 2) es, evidentemente, una *kore* muy arcaica, ya que no lleva todavía los pliegues del atuendo jónico, sino el muy simple peplos dórico. En el Museo del Acrópolis de Atenas se conserva una similar, aunque de tamaño heroico (7), al paso que Tetis aparece con un traje exactamente igual en una copa que se halla en el Museo del Estado de Berlín (8). Las *korai* eran, literalmente, vírgenes, doncellas, y al parecer estaban dedicadas a la primitiva Atenea, cuando ésta no había adquirido todos sus emblemas bélicos e intelectuales. "El número de las doncellas, o *korai*, desenterradas del suelo de la Acrópolis de Atenas es casi de sesenta", dice Pijoán; "algunas son pequeñas, verdaderas miniaturas de su tipo; otras, casi de tamaño natural, y una pasa de los dos metros. Análogas por el gesto —diríamos el espíritu—, presentan diferencias en el traje y el peinado. Unas van enfundadas en el peplo dórico, que las hace aparecer cilíndricas; otras, cubiertas con una túnica interior de lana transparente, van arrebujadas con un manto jónico que sostienen coquetamente con una mano, con la otra presentan un objeto que puede ser una flor, un fruto, una paloma" (9). La descripción de las *korai* atenienses coincide exactamente con la de esta *kore* de la colección Pietri. La túnica talar (las mujeres etruscas usaban túnicas más cortas), las cejas prominentes que se juntan para formar la nariz, los ojos almendrados, el diseño para sugerir el ondeado del cabello, los restos de policromía aún visibles, son otras tantas características para probar su origen, y su legítima antigüedad, que se remonta hasta el siglo IV antes de Cristo.

Los griegos, en su extraordinaria afición al deporte, llegaron a divinizar a sus atletas victoriosos. Así, "entre las más primitivas estatuas griegas", dice Pijoán (10), "aparece con frecuencia el tipo del atleta desnudo, hombre joven, avanzando una pierna, siempre la izquierda, y con los brazos más o menos pegados al cuerpo, según la época en que se ejecutó. Las más antiguas de estas figuras tienen una anatomía deficiente...". El tratamiento del *kouros* (atleta) de la colección Pietri que se reproduce (fig. 3), es muy similar al de un antiquísimo discóbolo que se halla en el Museo de Atenas, en la típica actitud arcaica de las manos en alto sosteniendo el disco, inmediatamente antes de lanzarlo (11).

(5) Véase Pijoán, *Historia del Arte*, VI, p. 516.

(6) Véase Cottrell, *El Toro de Minos*, Fondo de Cultura Económica, México, 1958, fig. 24.

(7) V. Pijoán, *Historia del Arte*, IV, p. 67.

(8) Id. *Ibid.*, p. 149.

(9) V. Pijoán, *Historia del Arte*, IV, pp. 61-2.

(10) Pijoán, *op. cit.*, IV, p. 43.

(11) Id. *Ibid.*, p. 198.

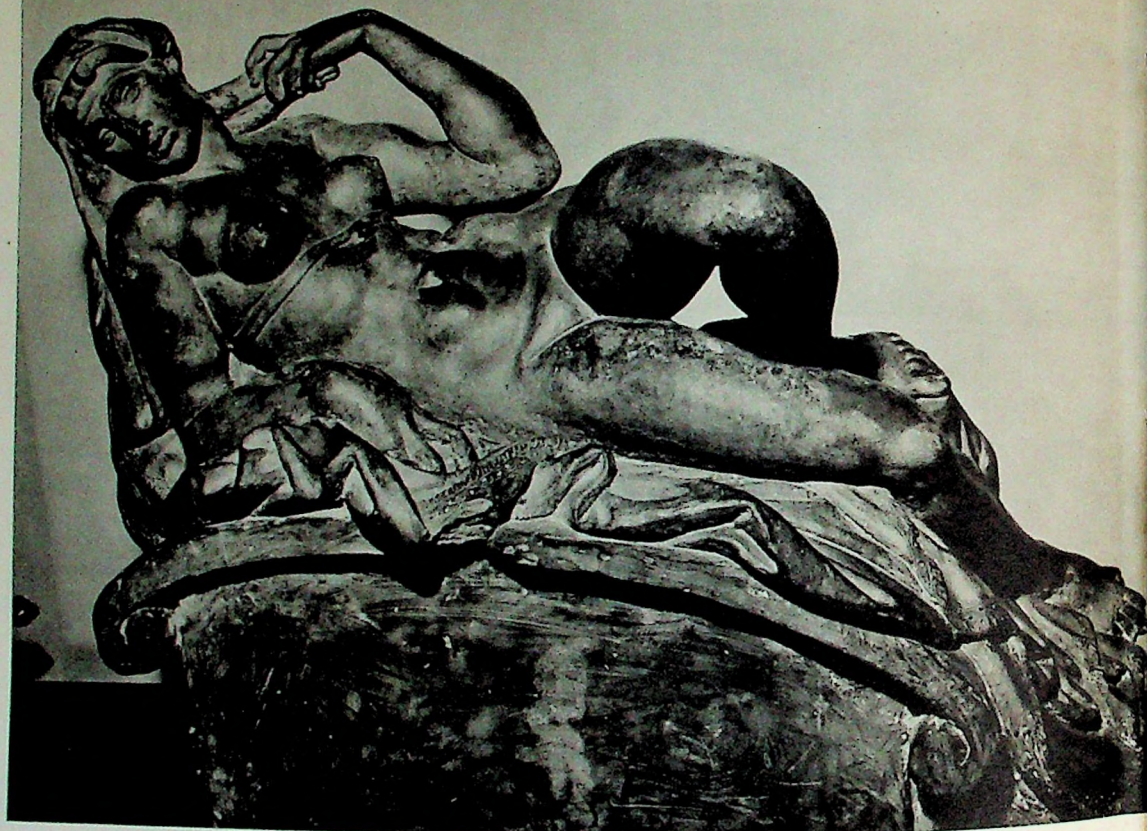




Izquierda: Benvenuto Cellini
(1500-1574). *Hypnos, Dios del
Sueño*. Bronce y oro. 25 cms

Derecha: Giovanni Bologna
ca. 1524-1608). *Venus saliendo
del Baño*. Bronce. 22,5 cms.





Arriba: Miguel Angel.
Boceto para "La Aurora",
Sepulcro de Lorenzo II de
Medici. Terracota

Izquierda: Miguel Angel
(1475-1564). Boceto para
"La Noche", Sepulcro de
Juliano II de Medici.
Terracota

La pequeña talla en hueso (fig. 4), aunque recuerda, por el traje, la estela de Aristión, procedente de Velanidezza, actualmente en el Museo Nacional de Atenas, y más conocida como "el Hoplita de Marathón", representa en realidad a una mujer guerrera, o quizás simplemente una cazadora. Bien podría tratarse de una versión muy temprana de Diana Cazadora. El traje es igual al del Hoplita. Una ropilla exactamente igual, hasta en los pliegues, una coraza idéntica con su ornamento pectoral en puntas, y las polainas tratadas de manera igual. En la mano derecha lleva un arma curva, al paso que con la izquierda sostiene a un venadito por los cuernos. Se trata, evidentemente, de una talla del siglo VI antes de Cristo.

Obra muy curiosa y de gran belleza de ejecución es la lámina en oro burilado (fig. 5) de la colección Pietri. Lo que evidencia, ante todo, el origen helénico de esta pieza es la segunda figura de izquierda a derecha. Efectivamente, en el Museo del Acrópolis de Atenas hay una placa de bronce dorado de estilo arcaico que representa a Atenea, joven y sin casco, con el pelo adornado de pequeñas serpientes (la famosa égida), y el corpiño escamado. La placa de bronce es del siglo V antes de Cristo. A la extrema derecha, en la lámina que nos ocupa, aparece Poseidón, fácilmente identificable por el tridente. Pero quizás lo que más seguro sea para asignar una obra a una época determinada es el tratamiento de los detalles decorativos. Las patas de la silla en que está sentado un rey muestran un diseño similar a las del triclinio del "Banquete del Sátrapa" (siglo V a. C.), que se encuentra en el Museo Otomano de Estambul. Por otra parte, los decorados de los trajes no son etruscos sino típicamente griegos, lo mismo que los peinados, las túnicas, y los pliegues.

La pequeña terracota que representa a una madre amamantando a un niño (fig. 6) tiene ciertos detalles que recuerdan las cerámicas del Templo de Veyes, que se hallan en el Museo de Villa Giulia, en Roma. Pero es bien clara la influencia griega en estas hermosas figuras, singularmente en el Apolo. En la terracota que nos ocupa llama la atención el sapo colocado en el respaldar del asiento, generalmente utilizado como amuleto contra el mal de ojo en los niños. El peinado de la matrona, por otra parte, es muy similar al de las tanagras griegas del siglo VI, muchas de las cuales se hallan en el Museo de Berlín. Como nota final, vale la pena recordar que *phryné* es sapo en griego, y Phryné fue el nombre de muchas griegas, ¡inclusive la famosa cortesana que logró la absolución de un tribunal de justicia cuando su defensor le hizo exhibir sus bellos senos!

Pasemos ahora a un grupo de pequeñas esculturas renacentistas de singular belleza, y de inapreciable valor, ya que quizás sean los únicos ejemplos en colecciones latinoamericanas.

Donatello está representado por un hermosísimo bronce llamado "Puttino con tartaruga in mano". El movimiento de la alada carrera del niño ha sido detenido en un milagro de ritmo y equilibrio (fig. 7). La soltura, agilidad y gracia de este pequeño bronce hacen pensar que se trata de una obra de la plena madurez de Donatello, posterior, en todo caso, a los relieves del púlpito de la Catedral de Prato y a la tribuna de los cantores del Museo de la Catedral de Florencia (1433-38). La estatuilla procede de la colección de los Condes Tolomei di Crippa de Siena, y es, estéticamente, una de las más valiosas obras de la colección escultórica de Pietri.

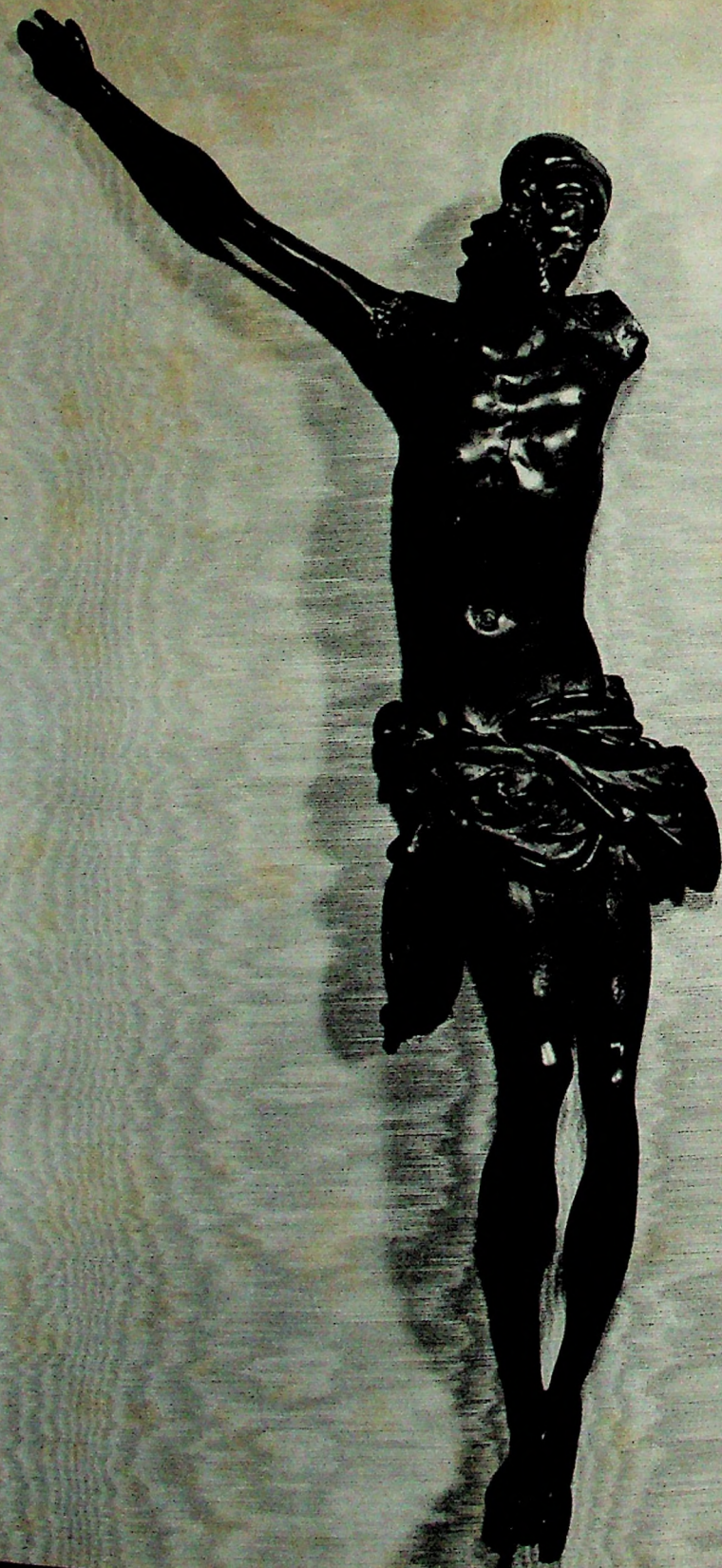
Dos obras de singular importancia histórica son las terracotas de Miguel Angel que sirvieron de bocetos para las estatuas de "La Noche" y "La Aurora" (figs. 8 y 9) para las tumbas de Juliano y Lorenzo de Medici en la Capilla Medicea de Florencia. Estos dos bocetos son de los muy pocos originales de Miguel Angel que han sobrevivido. Su autenticidad

Abejo: Donatello (1386-1466).
Puttino con tartaruga in mano. Bronce





Arriba: Rey ungido por Atenea.
Lámina en oro batido.
Izquierda: Maternidad. Terracota



ha sido plenamente demostrada por el distinguido crítico Goldscheider (12) y por Giglioli (13).

Emilio Piccolomini, de Siena, comisionó a Benvenuto Cellini una estatua en bronce y oro para ser obsequiada como regalo de bodas al representante francés ante Cosme de Medici. Pero la obra gustó tanto a Piccolomini que decidió guardarla para sí. El resultado fue la estatua del dios Hypnos, con alas de oro, que lleva en la mano derecha un manajo de amapolas y en la izquierda un cuernecillo de la abundancia, también en oro, como la coronilla. De gracia singular, recuerda los pequeños modelos en cera y bronce del Perseo que adorna el Museo Nacional (Bargello) de Florencia (fig. 10).

Otra escultura de gran belleza es la "Venus después del baño" (fig. 11), de Giovanni Bologna, una de las pocas copias existentes en bronce (las otras están en el Museo Nacional de Florencia, en El Louvre, en la Galería Liechtenstein de Viena y en el Kaiser-Friedrich Museum de Berlín). Cubierta en laca rojo-marrón, recuerda el rostro de "La Virtud subyugando al Vicio", de la Frick Collection de Nueva York.

De extraordinaria importancia en esta colección es el "Cruzifijo", de El Greco (fig. 12). Es una madera tallada, proveniente de la colección de Antonio Pons, originalmente identificada por don Manuel Bartolomé Cossío. Recientemente el crítico Goldscheider ha llegado a la conclusión de que esta es una de las dos esculturas que El Greco realizó, desde el diseño hasta terminarla, ya que otras obras fueron diseñadas por él pero esculpidas por discípulos suyos. La otra, según el eminente crítico, sería el "Relieve de la Casulla", en Toledo.

El "Crucifijo" es de un dramatismo típico del autor. La distorsión angustiada del rostro, el escorzo del cuerpo, la falta misma de un brazo le presta un acento aún más trágico a esta curiosa obra.

No menos extraña es la escultura de Lehmbruck (fig. 13), que bien puede ser la última que el escultor hizo bajo la influencia de Rodin y Maillol. Sabemos que Lehmbruck se hallaba en París a partir de 1910, y allí aparece realizada esta obra. Sin embargo, la famosa "Mujer Arrodillada", que se halla en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, data de 1911 y es de un estilo totalmente moderno, muy distinto del que acusa la estatua que nos ocupa. Forzoso será, pues, adjudicar la fecha 1910 a esta obra, y aceptarla como el último ejemplo tradicional de su estilo escultórico, antes de dedicarse a esas figuras alargadas, superestilizadas, de las que son paradigmas la "Mujer" citada y el "Joven de pie", también en el Museo de Arte Moderno de Nueva York.

Con este rápido vistazo a la parte escultórica de la colección Pietri, damos por terminado este somero estudio de la más rica colección de arte existente en Venezuela, y una de las más ricas de la América Latina.

- (12) Ludwig Goldscheider, *Michelangelo's Bozzetti for Statues in the Medici Chapel*. Privately Printed, London, 1957. — Michelangelo's Sketches in Clay and Wax, *The Connoisseur*, May 1953, pp. 73-5.
- (13) Odoardo H. Giglioli, *Due Bozzetti Inediti di Michelangelo*. La Giuntina, Firenze, s.a.

JAIME TELLO. Colombiano. Nació en Espinal, Departamento de Tolima, en 1918. Estudió Derecho y Ciencias Económicas en la Universidad Javeriana de Bogotá y Minica en el Conservatorio Nacional versidad Javeriana de Bogotá y Minica en el Conservatorio Nacional de la misma. Desde 1938 ha sido activo periodista. Miembro de la Asociación Colombiana de Escritores y Artistas, del P.E.N., Club Internacional (Londres) y de la Association Internationale des Critiques d'Art (París). Profesor de Literatura Inglesa en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá), y de la misma cátedra en la Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela. Obras publicadas: "Jairós de Básho, y de sus Discípulos", Bogotá, 1941; "Geometría del Espacio", Bogotá, 1951; "Colombia: el Hombre y el Paisaje", antología crítica, Bogotá, 1955. Reside actualmente en Venezuela.

Izquierda: El Greco (ca. 1547-1614).
Crucifijo. Madera. 24 cms.

Derecha: Wilhelm Lehmbruck (1888-1919).
Desnudo. Bronce



BIBLIOGRAFIA:

- Barker, Sir Ernest; Clarke, Sir George, and Vaucher.
Prof. P., eds. *The Euphrates*.
Inheritance. Oxford University Press, The Readers Union,
London, 1956. Vol. I.
- Barr, Jr., Alfred H., ed. *Painting and Sculpture in the
Museum of Modern Art. The Museum of Modern Art*.
New York, 1942.
- Bonsford, George Willis, & Robinson, Jr., Charles
Alexander. *Hellenic History*, Macmillan, New York, 1948.
- Cottrell, Leonard. *El Toro de Moos*, Trad. de Margarita
Villegas de Rubies. Fondo de Cultura Económica,
Mexico, 1958.
- Durant, Will. *La Vida de Grecia*, Trad. de Luis Tobio.
Edit. Surametricana, Buenos Aires, 1945. 2 vols.
- Frazer, Sir James George. *The Golden Bough*, Abridged
Edition, Macmillan, London, 1950. — *Sur les traces
de Panassias: R. travers la Grèce ancienne*. Traduit de
Janklaus par M. Georges Roth. Paris, Société d'Édition
Les Belles Lettres, 1927.
- Gighioli, Odoardo II. *Due Bozzetti incisi di Michelangelo*.
La Giunina, Firenze, s.a.
- Goldscheder, Ludwig. *Michelangelo's Bozzetti for Statues
in the Medici Chapel*. Privately Printed, London, 1957.
- Pallottino, Massimo. *Etruscan Painting*. Translated by
M. E. Stanley and Fuarr Gilbert. — Skira, Geneva,
Paris, New York, 1952.
- Pijoan, Joan. *Summa Artis*, Vols. IV, V, VI, XIII, XIV.
Barcelona.
- Rich, Anthony; *Dictionnaire des Antiquités Romaines
et Grecques*. Traduit de Janklaus sous la direction
de M. Cheruel, Paris, Firmin-Didot, 1883.
- Schubring, Paul; *El Renacimiento en Italia*. Historia del
Arte Labor, IX, Edit. Labor, Barcelona, s.a.
- Von Bode, Wilhelm; *Arte del Protorenacimiento en Italia*.
Historia del Arte Labor, VIII, Edit. Labor, Barcelona, 1938.
- Von Clef-Redon, Sybille. *Les Etrusques*. Trad. par
Henri Daussy. Arthaud, Paris, 1955.
- Weisbach, Werner. *Arte Barroco*, Historia del Arte Labor,
XI, Edit. Labor, Barcelona, 1934.



SIR ROBERT Y SUS AMIGOS VENEZOLANOS

POR MANUEL PEREZ VILA

UN INGLÉS LLEGA A LA GUAIRA

Con prolongado chirriar de cadenas, el navío echa el ancla, y queda cabeceando suavemente, al ritmo lento de un mar sosegado. Es la hora que en los trópicos precede al amanecer. La línea montañosa de la costa, alta mole sombría, se destaca apenas sobre el fondo de un cielo más claro, en el cual empieza a opacarse el brillo de las estrellas. Acodado en la borda, un hombre alto, de complexión robusta, dirige sus miradas hacia la costa cercana, cual si tratara de adivinar el porvenir que allí le espera. Mas sus pensamientos, en verdad, vagan muy lejos. Por su mente desfilan imágenes discontinuas: un acogedor salón londinense, donde toman el té unas damas; un viaje en trineo a través de las llanuras rusas, azoradas por el viento helado; un combate sangriento e indeciso, en la árida meseta castellana, bajo un sol de plomo; una recepción en la brillante Corte Imperial de Alejandro, Zar de todas las Rusias... Esa recepción en la cual conoció a la que ahora es su esposa, la Princesa María Sherbatoff. La Princesa se ha quedado en San Petersburgo, con su hija, la joven María Nikine. Y él —piensa el hombre— ¿qué hace a bordo de este buque? ¿cuándo las volverá a ver? ¿por qué aceptaría ese empleo diplomático secundario, en un país que está naciendo a la vida independiente? Sí, sí, tenía que aceptarlo, a fin de poder ingresar en el servicio exterior; pero su único anhelo, ahora, es el de

quemar rápidamente esa etapa, hacer méritos, destacarse ante sus superiores, y lograr que se le nombre funcionario de la Embajada británica en San Petersburgo. Allí lo esperan su esposa, su hijita, las relaciones adquiridas en más de diez años de residencia, la atención benévola del Zar y de la familia imperial. Mientras este sueño dorado se realiza, habrá de contentarse con ser —¿durante un año, dos a lo sumo?— el Cónsul de Su Majestad Británica en la ciudad de Caracas, Sir Robert Ker Porter.

Un oficial lo vuelve a la realidad, anunciándole que pronto podrá desembarcar en La Guaira. Entre tanto, con la rapidez propia de las regiones intertropicales, el sol se ha levantado, iluminando en todo su esplendor la costa próxima. ¡Qué armonía de colores, qué derroche de luz, cuán brillantes contrastes! Las pupilas de Sir Robert, al fijarse con más atención en el paisaje, han quedado agrandadas por el asombro. Antes que diplomático, fue pintor, y sigue siéndolo en el fondo de su alma. La belleza del paisaje venezolano, y la magia de su luz, han conquistado al artista que hay en Sir Robert. Aún antes de que el Cónsul ponga pie en tierra, para una estancia que habrá de resultar mucho más prolongada —y más agradable, también— de lo que ahora puede suponer este inglés que desembarca en La Guaira un día de noviembre de 1823.

LOS AÑOS EUROPEOS DE SIR ROBERT

Cuando pisaba por vez primera el suelo venezolano, Porter había ya alcanzado esa madurez intelectual y vital que —si está plenamente lograda— pone al hombre en condiciones de expandir armoniosamente su personalidad y de obtener algunos de sus éxitos más perdurables. Tenía cuarenta y ocho años, pues había nacido en Durham en 1777. William Porter, su padre, cirujano de la marina británica, murió dos años después. Por fortuna para su viuda, tanto Robert como sus hermanas Jane y Ana María —poco sabemos de los dos hermanos mayores, William, que siguió la carrera paterna, y John, oficial de la armada— poseían dotes nada comunes de talento y aplicación. Las niñas demostraron desde temprana edad una decidida vocación literaria, y andando el tiempo llegaron a convertirse en novelistas de cierto renombre. Jane, sobre todo, tal vez hoy un tanto injustamente olvidada. El temperamento artístico de Robert lo condujo a demostrar marcada preferencia y aptitud por la pintura. La familia, muy unida siempre, residió durante algunos años en Edimburgo, centro literario y científico de primer orden, donde los jóvenes Porter trabaron amistad con Walter Scott y conocieron a Flora Mac Donald. Más tarde, se trasladaron a Londres, para que Robert pudiera seguir los cursos de la Real Academia de Pintura; en poco tiempo, gracias a los consejos y el apoyo del célebre Benjamin West, el joven realizó evidentes progresos, y pronto se le encomendaron cuadros para iglesias y retablos. A los quince años, su obra "La bruja de Endor" le valió una paleta de plata, premio de la Real Sociedad de Bellas Artes. Temas de inspiración religiosa —"San Juan en el Desierto", "Cristo apaciguando la tempestad"— alternaban en su producción pictórica con lienzos de grandes dimensiones dedicados a escenas guerreras e históricas, como "El sitio de Acre", o "La batalla de Lodi". Cuando la estrella de Napoleón empezó a brillar sobre el firmamento europeo, el joven Porter contribuyó a la propaganda antinapoleónica con cuatro estampas que circularon profusamente en 1803, bajo el título de *Boney's Cruelties*, es decir, crueldades de Bonaparte. Llevado de sus sentimientos patrióticos, Robert se alistó en el ejército, pero no llegó a combatir entonces. El Zar Alejandro I de Rusia —aliado de Inglaterra contra Francia— le invitó a trasladarse a San Petersburgo para pintar algunos murales. En septiembre de 1805, se hallaba ya allí; bien acogido en la Corte Imperial, su talento y don de gentes le granjearon numerosas simpatías. En Moscú conoció a la Princesa María Sherbatoff, de quien se enamoró; correspondido en sus sentimientos, concertó el matrimonio. Mas antes de que el Zar pudiese dar su consentimiento —como era de rigor, por estar María vinculada a la nobleza imperial— la victoria de Napoleón en Friedland modificó el panorama político europeo, y Rusia pasó a ser aliada de Francia, el enemigo de la víspera. La situación de los ingleses en Rusia se volvió incómoda: Porter tuvo que partir, llevando sobre sus mejillas las lágrimas de la Princesa María, a quien prometió regresar cuando las circunstancias lo permitiesen.

Después de permanecer algún tiempo en Suecia, alistó en el estado mayor del ejército expedicionario que bajo las órdenes de Sir John Moore debía partir hacia la Península Ibérica. Durante los últimos meses de 1808 y los primeros del siguiente año, participó en la ruda y azarosa campaña del norte, que culminó con la muerte de Sir John en La Coruña y el reembarco de las tropas. Otra vez en su patria, aprovechó Porter ese período de forzosa inactividad para publicar sus dos pri-

meros libros, titulados *Travelling Sketches in Russia* y *Letters from Portugal and Spain*, en los cuales recogió las impresiones de sus viajes y campañas, realizadas con interesantes y llamativas ilustraciones.

Mientras pintaba y escribía, le llegó en el otoño de 1811 la noticia, tan ansiosamente esperada, de que el Zar autorizaba su matrimonio: y junto con la autorización, recibió un pasaporte para ir a Rusia, a pesar de que este país seguía oficialmente aliado a Francia. Pero ya la evolución natural de los acontecimientos, bien aprovechada por la diplomacia británica, había relajado los débiles lazos que unían a Napoleón y Alejandro, que no tardarían en cortarse del todo. A este fin tendieron los actos de Porter, quien, ya casado, procuró contrarrestar la influencia francesa en la corte imperial, valiéndose de sus extensas relaciones para acrecer el prestigio británico. Cuando el Gran Ejército invadió a Rusia, Porter y su esposa abandonaron San Petersburgo, y se internaron hacia el interior del país, durante aquel terrible invierno de 1812. Al resultar evidente que el poderío de Napoleón estaba quebrantándose de un modo definitivo con esta campaña, Porter volvió solo a Inglaterra en 1813, y publicó en un momento muy oportuno su libro *Narrative of the late campaign in Russia*, que obtuvo un éxito de venta y de popularidad realmente extraordinario. Sus gestiones pro-británicas en San Petersburgo alcanzaron también el justo premio: en abril de ese año, fue hecho Caballero por el Príncipe Regente. Ahora, le decían Sir Robert Ker Porter. Su último libro había sido traducido a varios idiomas, mientras las ediciones en inglés se sucedían unas a otras.

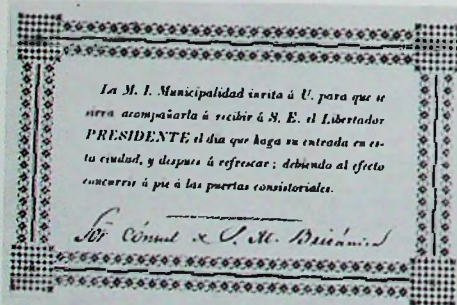
Meses después, al ir a reunirse con su esposa, Sir Robert se iniciaba en tareas de carácter diplomático, pues era portador de despachos para los otra vez aliados rusos, y tuvo que acompañar al ejército de Alejandro en su marcha hacia París. En 1817 emprendió un largo viaje por las regiones meridionales rusas, y luego pasó a Persia y a Mesopotamia. Con espíritu despierto y viva curiosidad intelectual, estudió las ruinas de Persépolis, de las cuales hizo valiosos dibujos, a la vez que copiaba escrupulosamente las inscripciones en caracteres cuneiformes. En el curso de estos viajes, que duraron hasta 1820, Porter trabó amistad con el Sha de Persia, cuyo retrato pintó. Luego, volvió a Rusia y de allí a su patria, donde publicó los resultados de sus observaciones en dos nutridos volúmenes titulados *Travels in Georgia, Persia, Armenia and Ancient Babylon*.

A partir de entonces, todos los esfuerzos de Sir Robert se dirigieron a obtener el ingreso en el servicio exterior de su país, y a lograr que se le designase para un cargo diplomático o consular en San Petersburgo. Pero por uno u otro motivo, sus gestiones resultaron infructuosas: finalmente, en 1825, se le ofreció un empleo, no en Rusia, sino en Hispanoamérica. Más adelante, decían los funcionarios del Foreign Office, se podrá pensar en cambios y ascensos... Porter quiso ir a Lima, pero el cargo le fue concedido a un amigo de Palmerton, y aquel acabó por aceptar el Consulado en Caracas. Esa etapa venezolana, ese "exilio tropical", como lo llamó en una de sus primeras cartas, representaba para él una pasantía no muy aperecible, pero indispensable, e inclusive útil, por cuanto le iba a permitir destacarse ante sus superiores para obtener luego el ansiado nombramiento en Rusia. Allí, como se ha dicho, quedaban su esposa y su hija, con las cuales esperaba volver a reunirse muy pronto.

UN TESTIGO DE EXCEPCIONAL CALIDAD

Mas no en vano afirma la sabiduría popular que el hombre propone... A poco de su llegada a Venezuela, recibió Sir Robert la triste noticia de que su esposa acababa de morir. Su dolor, aunque temperado por un sentimiento de honda religiosidad, se dio entonces libre curso en las cartas que dirigía a su madre y hermanas, quienes residían en un acogedor "cottage" de Esher, cerca de Londres. Su hija permaneció en Rusia; Porter no volverá a verla sino en 1841, pocos meses antes de morir. Pues contra lo que él suponía, Sir Robert vivió en Venezuela unos quince años, contados desde su llegada a fines de 1825 hasta su partida definitiva del país en los últimos días de 1840, exceptuando un período de licencia que pasó en Inglaterra entre mayo de 1829 y junio de 1830.

Acontecimientos realmente importantes ocurrirán en Venezuela durante esos tres lustros. Será el primero, en 1826, el movimiento que la Historia designa con el nombre de *La Cautía*, que parece apaciguarse al año siguiente con la llegada del Libertador, para resurgir arrolladoramente en 1829 hasta producir la desmembración de la antigua Colombia y el nacimiento de la República de Venezuela. Luego, a partir de 1830, vendrán los esfuerzos de la llamada "oligarquía conservadora" para organizar al nuevo Estado bajo la égida de la lanza de Páez; la crisis de 1831 en el Oriente, pronto conjurada, y la más profunda que se manifiesta en la Revolución de las Reformas en 1835-36; las gestiones diplomáticas para el arreglo de la deuda exterior colombiana, y para hallar soluciones a los problemas existentes entre los países que reasumieron su soberanía al desaparecer aquel Estado; el movimiento de opinión que habrá de desembocar en la creación del partido liberal...



Invitación de la Municipalidad a Sir Robert Ker Porter, para que asistiera al recibimiento del Libertador en 1827

De todos esos acontecimientos —salvo durante el tiempo que duró su licencia— será testigo Sir Robert, un testigo de excepcional calidad, tanto por su condición de diplomático como por su experiencia, su cultura, su abierta sensibilidad. De Venezuela y de sus gentes habla con extrema franqueza, que no excluye la comprensión cordial, en su copiosa y continuada correspondencia con su familia de Esher. El valor de esos centenares de cartas privadas de Sir Robert —que han sido adquiridas por la Fundación John Boulton, y están hoy en Venezuela— reside primordialmente en el hecho de que en ellas expresa sus opiniones personales, sus sentimientos ínti-

mos, con entera libertad: se dirige a su madre, a sus hermanas, a quienes no sólo le unen los naturales lazos de afecto —de veras hondo en este caso— sino que además existe, especialmente con Jane, una afinidad intelectual y espiritual, una comunidad de inquietudes e ideales que incita a Porter a extenderse en detalles y comentarios sin temor de hacerse importuno, con esa seguridad que proporciona el sentirse comprendido y apreciado. Además, su equilibrio mental, la salud generalmente buena de que suele gozar, unidos a su sentido del humor, a su experiencia y don de gentes, le permiten observar con ojos serenos cuanto a su alrededor ocurre, y juzgar hombres y cosas con cierta ecuanimidad. Su enfoque de la sociedad venezolana dista mucho, por ejemplo, del que vemos en el diario de su colega norteamericano J. G. Williamson, cuyos juicios resultan asaz deformados por haberse éste empeñado en mirarlo todo al través del lente de sus desdichas conyugales y de su salud valetudinaria.

Sir Robert tiene una gran virtud en su haber: la simpatía con que no tardará en mirar a esta tierra y a sus gentes, a pesar de que vino a Venezuela sin gran entusiasmo, y a pesar también del hecho innegable de que seguirá aspirando a ser nombrado en Rusia. No es que trace en sus cartas un cuadro idílico del país, pintado en tonos rosados, el cual vendría a resultar tan exagerado, en un sentido opuesto, como el de Williamson; no. Lo que sucede es que alaba cuanto cree digno de alabanza, y vitupera lo que le parece vituperable. Puede equivocarse, como le ocurre a veces, pero es de buena fe. Si critica a ciertos criollos, y señala la inmensa distancia que a su juicio separa a Bolívar de sus compatriotas, no se le escapan tampoco las debilidades de algunos miembros de la colonia británica en Caracas. Ciertamente, no puede decirse que llegara a Venezuela libre de prejuicios, pero muchos de éstos irán desapareciendo, o se atenuarán, con el correr de los años. Un ejemplo de ello lo encontramos en su actitud hacia las gentes del servicio doméstico, a quienes, hablando en términos generales, juzga disolutos, flojos, y amigos de lo ajeno; pero al referirse a sus propios criados —al único caso concreto que conoce— no halla cómo alabar a "la negra Dolores", su cocinera, y al "buen Manuel", su fiel servidor, a quien piensa regalar un reloj, y hasta quiere llevárselo a Inglaterra cuando se vaya. En otro orden de ideas, es comprensible que su anglicanismo, unido a la común opinión que en los países anglosajones se tenía entonces de la colonización española, le mueva a hablar del "oscurantismo" de la Iglesia Católica en Venezuela; pero eso no le impedirá describir con alma de artista una procesión, ni rendir homenaje pocos meses después a las virtudes del Arzobispo Ramón Ignacio Méndez.

Si en sus comunicaciones al Foreign Office destaca Sir Robert como debe los sucesos políticos, en su correspondencia familiar, a más de narrar aquellos hechos, se extiende en consideraciones y menciona detalles que por su índole difícilmente hubieran hallado cabida en una nota oficial; lo que contribuye a conferir a sus cartas un valor muy especial para el conocimiento de ese período de la Historia de Venezuela. La estancia de Bolívar en Caracas durante el primer semestre de 1827 es uno de los temas dominantes en el epistolario de Porter. Es realmente plástica, propia de un pintor como él, la extensa descripción que hace de la entrada de Bolívar en su ciudad natal, acompañando por Páez, y de las fiestas organizadas en su honor. "El Presidente —escribe— llegó a Caracas

entre las más frenéticas aclamaciones de alegría y entusiasmo que nunca presencié en ningún país... Hemos pasado estos días en el ardor de las iluminaciones y fiestas incesantes...". Varias veces cenó Sir Robert a solas con el Libertador, quien le expuso detalladamente sus ideas políticas, sus proyectos para estabilizar la situación y mantener la unidad de Colombia. Entre los dos hombres, que hablaban en francés —Porter no sabía el castellano, y Bolívar se expresaba con dificultad en inglés— pareció establecerse desde el comienzo una recíproca corriente de simpatía. El genio del Libertador impresionó profunda y favorablemente a su comensal, quien a partir de entonces se mostró en sus cartas un ferviente bolivariano: "Debo decir —escribe— que merece toda la fama y el virtuoso renombre como patriota que le han dado los dos Mundos, tanto el Nuevo como el Viejo... Es una persona extraordinaria en todos los conceptos, y verdaderamente merece las hojas de laurel y los otros honores a que su magnanimidad, valor y virtud le han hecho acreedor". No se crea, sin embargo, que la magnética personalidad de Bolívar llegase a obnubilar las facultades críticas de su interlocutor, pues éste no dejó de manifestar más tarde su desaprobación ante los que consideraba "errores políticos" de aquél, como el indulto de Santander y la guerra con el Perú. Por otra parte, Sir Robert veía en la monarquía un sistema de gobierno muy superior a cualquier otro, y por ende al republicano. Esa independencia de juicio del Cónsul realza aún más la importancia de expresiones como las que se transcriben a continuación, tomándolas de varias cartas suyas: "Si Bolívar sigue en la misma forma clara y lúcida que hasta ahora ha marcado su camino, nadie podrá acusarle tampoco de aspirar a la Realeza"... "Nunca violará sus principios convirtiéndose en un Napoleón, y sacrificando su honor a su ambición"... "Que sea el grande hombre quien continúe llevando el timón del Estado, porque sus miras

son estrictamente virtuosas y desinteresadas: él solamente vive para la felicidad de la Nación a la que ha dado el ser, y son gentes de mentalidad estrecha y egoísta los que le acusan de querer imponer el despotismo y convertirse en un tirano"... En otra ocasión, Sir Robert recoge las palabras mismas de Bolívar: "...me dijo que estaba presente cuando el Jefe de la Nación Francesa fue coronado —¿por quién?— ¡por sí mismo!... Así rebajó la mano que había desenvainado la espada en defensa de las libertades de una Nación encadenada, al colocar la diadema de la esclavitud sobre sus propias sienes, acto con el cual perdió el derecho a su propia libertad, y la de los millones de personas cuyo Campeón había sido...". Desde aquel instante, dijo Bolívar, detesté a ese ambicioso tirano, y si pude arrojar de mi mente al ídolo que tanto había reverenciado, cuánto más no tendría que condenarme y odiarme a mí mismo si por un instante me dejase ofuscar con el mismo fin de mi vida política. Tengo ambiciones, sí; pero son las de ver a mi país feliz con una racional libertad; y si el pueblo no quiere recibirla de mis manos como su Jefe Constitucional, nunca será como su Emperador o su Rey". Es curioso, por decir lo menos, que tan importante declaración, que Bolívar debió de hacer en francés, y Porter transcribió en inglés, guarde aún, al ser vertida al castellano, un tono muy bolivariano, que refuerza su autenticidad.

No son sólo las opiniones políticas de Bolívar las que se reflejan en las cartas de Sir Robert, pues gracias a éste sabemos ahora que el grande hombre dictaba sus Memorias, y que en 1827 había llegado hasta la batalla de Carabobo. El hallazgo de esos escritos, que por ventura yacen trasapelados en algún desván o archivo particular —si es que no quedaron en poder de Manuelita Sáenz y fueron incinerados a su muerte— sería un acontecimiento de extraordinaria trascendencia en el campo de los estudios bolivarianos. También esboza Porter

Das típicas "cargadoras" venezolanas, dibujadas por Porter en una de sus cartas





Esta imagen, de la cual se considera sea posiblemente un autorretrato, fue regalada por el mismo Sir Robert a su amigo John Boulton, en Caracas. (Pertenece ahora al señor William Bowen Boulton, hijo, de New York).

varias descripciones escritas del Libertador, de entre las cuales tal vez sea la siguiente la más notable: "Bolívar está más bien por debajo de la estatura mediana, es delgado, más bien flaco, de tez oscura, lindando con el tinte oliváceo-cetrino; tiene los ojos oscuros y penetrantes la nariz aquilina, y un rostro largo y estrecho, con una expresión de solemnidad y reflexión, sin una sonrisa, pero con mucha dulzura, tranquilidad y afabilidad en el semblante. La frente es de una forma magnífica, y manifiesta noblemente lo que en su interior contiene; el cabello es más bien escaso, lo cual contribuye a acusar los rasgos precisos de su cabeza. Tiene alrededor de cuarenta y tres años, pero aparenta más de cincuenta". No iba, sin embargo, un artista como Porter a contentarse con hacer retratos escritos: así, no tardó en rogarle a Bolívar que posara para él, a lo cual accedió gustoso el héroe. Dos retratos pintó Sir Robert, de los cuales quedó según parece, muy satisfecho el modelo. Uno de ellos fue a parar a la mansión de los Porter en Esher, y el otro se lo envió el Cónsul a Canning, quien lo recibió poco antes de morir. Se desconoce el actual destino de ambas imágenes. Al marcharse Bolívar de Venezuela, Sir Robert, que de veras lamentó su ausencia, escribió una narración de su salida de La Guaira, que merece ocupar lugar destacado en las antologías bolivarianas.

El epistolario de Porter es una iluminada galería por donde desfilan los personajes más diversos: junto a Páez y Soubllette, Mendoza y Revenga, Peña y Vargas, Mariño y Arismendi, o Wilson, O'Leary, Fleeming, Cockburn, vemos también aparecer humildes tipos populares que no suelen figurar individualizados en los libros de Historia, como la graciosa esclava cargadora y la vieja aguadora medio loca, de quienes trazó Porter unos estupendos dibujos a pluma en las mismas hojas de sus cartas. Su curiosidad intelectual parece inagotable, y abarca los más variados temas: lo mismo elogia el excelente y saludable clima de Caracas y hace una bella des-

cripción del Avila, como se esfuerza en desentrañar las causas de la embrollada situación política venezolana y trata de prever el rumbo que las cosas puedan tomar. Un día, su pluma destaca con vívidos colores la escena del encuentro en plena calle de las imágenes de San Francisco y San Mauricio, llevadas en solemne procesión, o detalla la venta de las bulas a las puertas de la Catedral; y otra vez nos presenta una función militar en la Plaza Mayor, donde las tropas de infantería, caballería y artillería de guarnición de Caracas, junto al numeroso público, reciben con vivas y aplausos una arenga de Páez. Insiste con frecuencia sobre la pobreza y la apatía que, según él, son las notas dominantes de la Caracas de 1820 y tantos; pobreza y apatía que, al contrario de lo que Porter cree, no son fruto de arraigadas idiosincrasias de los venezolanos, sino consecuencia de la larga, sangrienta y agotadora contienda por la emancipación; a este respecto, resultaría sin duda interesante y sumamente aleccionador, el comparar la visión que Humboldt y Depons nos dejaron de la Caracas de comienzo de siglo, con la que se refleja en las cartas de Sir Robert.

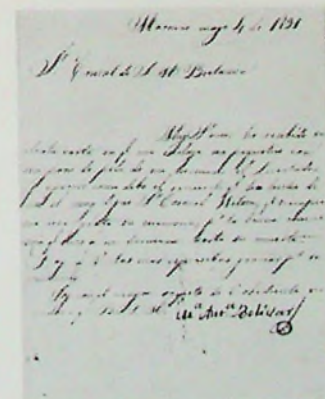
Como aun la simple enunciación de los temas tratados por él haría excesivamente extensa esta nota, concluiré recordando que sólo comparable a la estima que sentía por Bolívar, fue la que tuvo Sir Robert por el General Páez, de quien pintó también dos retratos, uno de los cuales se conserva hoy en Caracas. La amistad de Páez y Porter fue cordial y sincera. Del caudillo llanero decía Sir Robert: "La expresión que fulgura en su semblante es un fuego marcial suavizado por un alma llena de humanidad y amables sentimientos: es bravo e intrépido. Si este hombre hubiese tenido en su primera juventud las ventajas de la educación, sus ojos habrían brillado con un espíritu intelectual casi deslumbrador... Es mi segundo Bolívar".

Y Páez, como los venezolanos de su tiempo, conoció y apreció las virtudes de Sir Robert. Por esto, cuando se supo aquí que el diplomático británico había muerto en San Petersburgo —donde se hallaba en uso de licencia— el 3 de mayo de 1842, escribió Páez una nota para Lord Aberdeen, entonces Ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra, que se iniciaba con el rotundo y merecido elogio que va a leerse:

"La desgraciada muerte de Sir Robert Ker Porter ha privado a Venezuela de un excelente amigo, y a la Gran Bretaña de un buen servidor. Honesto en todos sus procederes, fiel a su Gobierno y a los intereses de su nación, justo apreciador de la amistad que profesa Venezuela a Gran Bretaña, Sir Robert, en más de quince años que ha estado entre nosotros, ha contribuido eficazmente a fomentar y consolidar la amistad e inteligencia entre ambas naciones, y se ha granjeado el amor y la gratitud de todos los venezolanos, y muy especialmente del Gobierno. Yo además, en particular, he perdido en Sir Robert un amigo afectuoso, y el sentimiento que esta pérdida me causa me ha inducido a hacer a V. E. esta manifestación en honor de mi amigo".

MANUEL PEREZ VILA. Venezolano por naturalización. Nació en Gerona (España) en 1922. Reside en Venezuela desde 1948. Profesor de la Universidad Normal de Estudios Franceses, de la Universidad de Toulouse. Estudios superiores de Filosofía y Letras en la Universidad de Burdeos. Ha colaborado con el Dr. Vicente Lecuna en la organización del Archivo del Libertador. Por encargo de la Fundación John Boulton, ha realizado en el Archivo Nacional de Colombia investigaciones relativas a la Historia de nuestro país. Entre otras, ha publicado las siguientes obras: "Biografía de José Rafael Revenga", "Bolívar y su época", "Índice de los documentos contenidos en las Memorias de O'Leary", "Vida de Daniel Florencio O'Leary", dos en las Memorias de O'Leary, "Vida de Daniel Florencio O'Leary", galardónada esta última en el concurso promovido por la Sociedad Bolivariana de Venezuela.

REVISTA SHELL



Arriba: Oleo del General José Antonio Páez, pintado por Sir Robert K. Porter. El original está en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Abajo: Carta de María Antonia Bolívar, hermana del Libertador a Sir Robert Ker Porter.



el destino

No vamos a escribir acerca de lo que al Teatro va a ocurrirle en el futuro. No podemos profetizar. Vamos a algo más sencillo, a escribir acerca del destino del Teatro, a lo que está destinado en el presente, en todos sus presentes, aun cuando éstos estén en el pasado o en el futuro.

Vamos a partir de aquella fórmula que establece que todo está destinado a algo, y que este destino es personal e intransferible. Nada tiene de particular que el Teatro tenga el suyo, lo que importa es saber si lo cumple. Y si no lo hace, entrar a averiguar por qué.

Creemos que no lo cumple. Y por eso esta tarea es para nosotros ardua, enojosa en demasía, porque no podíamos llevarla a sus últimas conclusiones sino anticipando esta opinión.

Lo que aquí diremos, afortunadamente, nada tiene que ver con la voluntad, o voluntades, que hacen el Teatro. Esto va, con todo su peso, contra la substancia de una realidad general de la cual el Teatro es sólo noble fracción.

Nada tiene de raro que entre las Artes sea el Teatro donde cuajen más certeramente las admoniciones que podrían dirigirse a la propia vida, puesto que en el Arte Dramático, la historia, la tradición y el futuro —todo lo constitutivo de la vida— son cosa muy principal a causa de la presencia en él de lo humano, en el cuerpo del actor. Podemos hacer pintura, música, escultura con eliminación absoluta de lo humano —y en estos casos sólo estará presente la historia particular de cada Arte—, pero, al hacer Teatro estamos tocando en lo vivo la historia del hombre. Esta es la razón originaria que dejó establecido al Teatro como reflejo de la vida.

La historia, la tradición, el futuro, con su notoria presencia en la escena, constituyen, pues, los elementos del tema que desarrollamos.

La tradición, para comenzar de una vez, es a menudo confundida con la historia: hace algunas décadas, si se le preguntaba a un autor de Teatro por qué dividía sus obras en tres actos, éste contestaba invariablemente, que lo hacía así por la tradición, para seguir la tradición. No se daba cuenta de que la tradición no puede rechazarse ni tampoco puede uno decidir aceptarla; su carácter consiste precisamente en que actúa en uno quierase o no, es como un delgadísimo hilo de luz, procedente del pasado, cuya fina substancia invade invisiblemente nuestro presente. El autor en cuestión no se adhería a la tradición, sino a la historia, que le había informado que otros autores, en otras épocas, habían dividido sus obras en tres actos. Habría bastado, para no incurrir en un error de perspectiva, y al mismo tiempo para estar en la tradición, con que hubiese contestado que lo hacía así, del modo más natural, porque el cuerpo o estructura ideal del contenido de sus obras así se lo exigía, con lo cual habría dado las mismas razones que todos sus antecesores en el mismo quehacer.

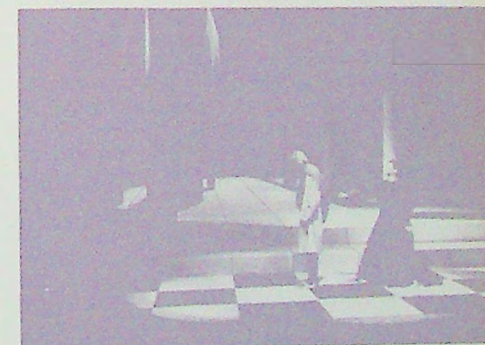
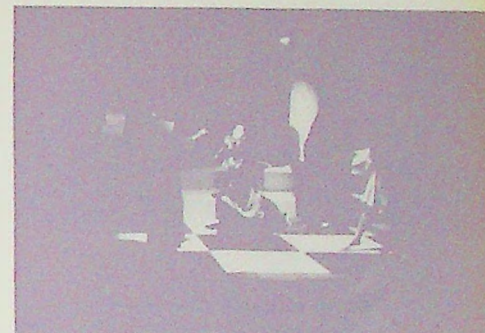
del teatro

POR MANUEL RIVAS LAZARO

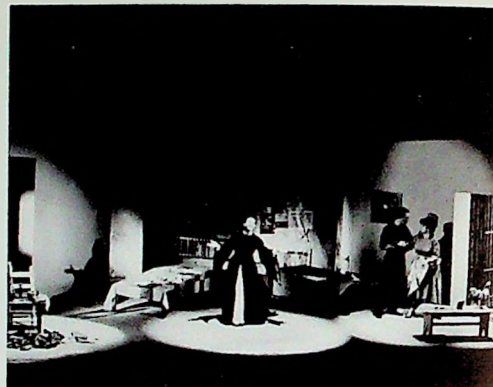
Pero cabe asegurar más el mismo criterio explorando, en contrapartida, otra situación: si el autor de nuestro ejemplo hubiese, antes bien, deseado desentenderse de la tradición, evadirse de su imperio, ¿cómo habría procedido? Habría hecho sus obras en un acto largo, o las habría dividido y subdividido en numerosos actos o cuadros, que son los bordes de la técnica teatral, y a la postre se hubiese encontrado igualmente dentro del área de la tradición. ¿No están en la tradición teatral los

autores que hoy dividen sus obras en cuadros? ¿Depende el estar o no en la tradición de la simple división estructural de la obra? El autor de Teatro de aquella época, para no estar en la tradición —lo que sólo es un deseo utópico— tendría que haber optado por no escribir obras de Teatro, por no ser autor. Y esta situación aguda, desesperante, comprueba que la tradición es un círculo —un destino— cuya única salida es la deserción de sí mismo. Sentirse, pues, fuera de la tradición, tener que salir a buscarla, es sentirse fuera de sí. Y esta es la única razón por qué en el Teatro se habla tan a menudo de seguirla.

*Ilustraciones en estas dos páginas:
Fotografías de la presentación de la obra
"Abigail" de Andrés Blyss, montada en el
Primer Festival Nacional de Teatro*



Ilustraciones en estas dos páginas
y las dos páginas siguientes: Fotografías
de la presentación de la obra
"Interrealo", de Elizabeth Schön, montada en
el Primer Festival Nacional de Teatro



La tradición es lo vivaz, lo que de continuo puede repetirse. "La historia —dice el adagio popular— no se repite", es lo muerto. Lo vivo y lo muerto al cambiar los papeles —como a veces hacen los actores— trastruecan el destino del Teatro.

Una obra clásica, por ejemplo, es, en la mayoría de las veces, sólo un fragmento de historia —teatral— resurrecto, que apenas tiene de tradición el innegable y natural parentesco que hay entre ésta y la historia, que es su progenitora. Nos trae a confusión el hecho de que puedan algunas personas disfrutar del sabor de su escenificación. La historia tiene su sabor, pero justo porque existe una tradición, un nivel de cultura —la cultura siempre es nivel—, es posible desde ella experimentar el regocijo, la emoción de lo histórico, pero sólo como historia. Con todo su valor, que reconocemos, esto no es ni una prueba mínima de que el Teatro cumple, con tales realizaciones, su destino. Podemos desde la cultura admirar lo histórico, pero el fanático de la historia, aquel que excluye el esfuerzo de lo vivo y actual no puede sino confundir a cada paso la tradición con la historia. Precisa anotar la paradoja siguiente: que las obras de Teatro sobre temas históricos, figuran frente a las clásicas más cerca de la tradición que de la historia.

La tradición es la estela de la historia en vuelo impalpable hacia las épocas, por sobre nuestras cabezas, que se ancla en cada puerto humano, en cada vida personal. Este anclaje, claro está, no quiere decir reclusión a un orbe determinado, antes bien funciona con gran semejanza a la mirada sobre el cuadro, que es también una manera de anclar en el arte. Lo apaisado y lejano es la historia. La tradición —y en ella está el destino— se encuentra constituida por los primeros planos que avivan y justifican —mediante las primeras figuras— la realidad pictórica. Pónganse manchas sobre los personajes de primer plano en cualquier cuadro y todo quedará como vago, indeciso, desvaído, denunciando la falta de aquello para lo cual el cuadro fue concebido.

La existencia de lo actual, del vivo presente, no es una existencia insólita, vana. No podemos saltar por sobre ella con esfuerzo natural y espontáneo, porque sería como dar un salto por encima de nuestro propio cuerpo.

El destino del Teatro es el destino de lo vivo, de lo actual, de lo que tiene vigencia temporal en el cuadro de ideas y problemas que el hombre confronta y con los cuales constituye su vida, no como valor eterno, pero sí como valor para su historia, para la forja de la futura tradición.

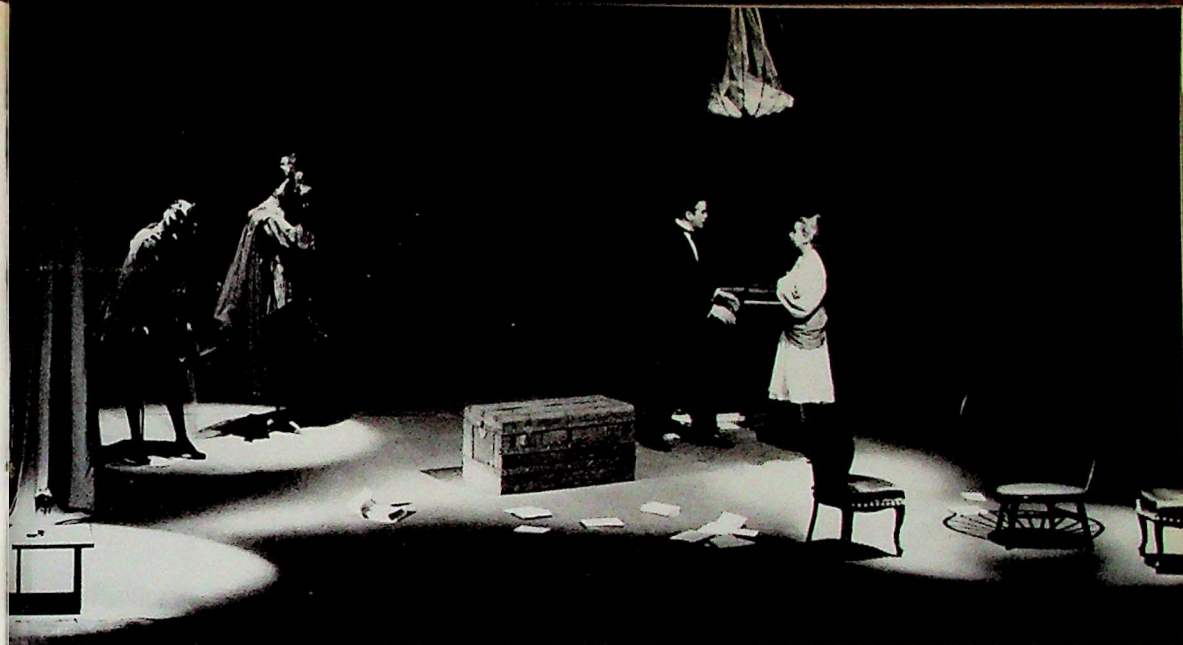
Hemos destacado en primeros planos el Teatro clásico porque sólo éste nos permitía hacer notoria la historia en el Arte Dramático. Desde luego que la mayor parte de las representaciones que hoy se hacen no son de Teatro clásico, más bien constituye éste una mínima fracción. El resto, que es numéricamente lo más importante, se hace hoy día con Teatro moderno, o con Teatro actual, si así puede llamarse.

Lo nuevo en estos Teatros es un cambio de temas o una renovación de los viejos temas, con el prisma que han suministrado algunas ideas de nuevo cuño. Pero no basta esto para un Teatro nuevo, para un Teatro enclavado en su destino.

Supongamos que los temas reales que la vida de hoy nos ha traído fuesen vividos en una supuesta vida al ritmo o tempo que la de hace cien años, ¿podría dicha supuesta vida considerarse auténtica? Aparte de que esto no puede ocurrir, tal situación estaría ayuna de autenticidad.

¿Qué sacamos de este estrambótico supuesto? Que la existencia de ciertos temas vitales son el producto de un sistema o método general de vida, y la vigencia y persistencia de tales métodos de vida, no sólo procrea, sino vitaliza dichos temas.

Lo mismo puede decirse del Teatro: no pueden temas nuevos injertarse artificialmente a una estructura antigua sin que aquéllos sufran deficiencias orgánicas y hagan imposible



al Teatro cumplir su destino. En estos casos los temas nuevos son tan sólo algo fetatorio, que quiere venir a vida.

No sabemos si todo el mundo habrá advertido, o está de acuerdo, con que la mecánica escénica es —lo mismo que los temas teatrales— un resultado epocal. La técnica, cualquiera que sea, patentiza la estructura dentro de la cual la vida crea y da vigencia a ciertos temas. A esto último suele llamarse la dinámica de la vida, o sea, los programas vitales con sus peculiares formas mediante los cuales se promueven las acciones que el hombre ejecuta.

No podemos creer que haya quien piense que los temas flotan en la vida real independientes de la estructura de ésta, con lo cual querría decirse que podrían fácilmente desplazarse de una época a otra, o ser adoptados o tomados en préstamo para la vida de los hombres, indiscriminada e independientemente de sus precisas situaciones. La vida es más bien como un disparo que envuelve no sólo la idea del proyectil sino de la pólvora y el arma utilizados, y hasta en esto las épocas se distinguen: no se parecen en nada las actuales armas a las que se usaban hace cien años.

Los temas llamados "eternos" son justamente la prueba más conclusiva del criterio que hemos expuesto. La palabra "eternidad", con su sentido extrahumano, pone de manifiesto que estos temas existen fuera del espacio tiempo para que cada época los sítue, los humanice, dentro de particulares circunstancias. Es en estas ocasiones cuando vienen a ser temas en su real sentido.

Todo lo que acabamos de exponer nos crea la obligación de averiguar cómo ha funcionado el Teatro en la órbita de estas ideas: al Teatro actual no le ha quedado otro remedio sino seguir haciendo historia con temas nuevos. Tan historia como la que encontramos hoy en las obras clásicas. El presente tiene su término, su punto final. Desde esa

justa marca en adelante es pasado —historia—, pero antes ha sido para actividad. Esa actividad no puede transferirse íntegramente a un nuevo presente, porque todo presente nuevo sale de nuevos ingredientes desplazatorios, aun cuando entre éstos se hallen algunas cosas del pasado.

En ese pasado —que fue antes presente activo— la vida se dio de una manera única, que no puede repetirse. No hay la más pequeña cosa que no le sea peculiar, precisamente por ser viva. Allí, en esa vida, se dio el Teatro, con todos sus componentes. Se dio conforme a la vida, del siguiente modo: la vida en cada antigua etapa era un gran lienzo con perspectivas diáfanos, con partes robustamente homogéneas. La vida era horizontal y plana, la mirada podía deslizarse muellemente sobre ello. Poner la vista sobre una de sus fracciones era conocer la totalidad del lienzo; el cuadro de la vida podía dividirse, sin gran pérdida para el sentido de apreciación de la realidad. El Teatro hizo lo que le bastaba para llenar su destino, tomar en cada caso y al azar una porción del extenso lienzo para conjuntar las miradas en él, y a su través hacer contemplar la vida en totalidad, en fácil deslizamiento. El Teatro clásico era universal, entre otras cosas por la homogeneidad ideal del mundo para entonces.

Pero todo este procedimiento tan eficaz, al ser repetido en la época actual hace funcionar el Teatro con los mecanismos de la historia. Para que no ocurra esto sería preciso partir de una observación muy cuidadosa de la nueva topografía de la vida, que, sin duda, es bastante diferente.

Veamos con mayor cercanía otro lado del mismo problema: nuestro pretérito nos enseña que los hombres, no obstante carecer anteño de las facilidades de que hoy gozan, disponían del espacio y del tiempo necesarios para luchar por contadas cosas, y disfrutar del éxito, parcial o total, que lograban arrancar a las circunstancias.

Al hombre actual, las realidades —llenas de confort— le han apretado de tal forma el contorno de su existencia que ahora no sabe hasta qué grado la vida es problemática. Por



esta razón, en la vida de otrora había inconvenientes, luchas y problemas —como los hay hoy—, pero estas cosas tan sólo ocurrían, o si se quiere le ocurrían al hombre. El hombre en sí mismo no era cuestión, no era problema. Por el contrario, en la vida actual el primer y más importante problema en medio de la vida es el hombre. Antes, por lo común, se hablaba del hombre, ahora nos hemos visto obligados a hablar de los hombres, de cada hombre en particular.

El Teatro espejaba fielmente aquella situación: exponía lo que al hombre le ocurría, pero se desinteresaba del hombre como problema, porque como hemos dicho, tal problema no existía. Ahora interesa el hombre, superlativamente, su biografía.

A nuestro entender, este diverso punto de vista es decisivo en el Teatro. Quiere decir, nada menos, que se pasa, conforme a la vida del método simplemente historiográfico al método biográfico. Este paso no lo ha dado el Teatro y es el que decide acerca de su destino, el que resuelve que el Teatro realice aquello a que está destinado.

El Teatro sigue mostrándonos lo que al hombre le ocurre, haciendo historia. Queremos destacar muy especialmente que el primer dramaturgo de nuestro tiempo —O'Neill— en gran número de sus obras apuntó el método biográfico, y por último el autobiográfico. Lo mismo se observa en Pirandello. Este, con más videncia que aquél, trató de hacer el nuevo molde dentro del cual el Teatro cumpliría mejor su destino, pero la época en que sus obras se produjeron sólo le permitió ofuscar en las realidades sociales que se acercaban. Ninguno de los dos logró pues la plenitud en tal dirección, pero sirven, al menos, para comprobar que no andamos tan desorientados por estos nuevos caminos.

Ahora bien, ¿en qué consiste este método, el biográfico?

De puro conocido parece obvio y repetido efectuar su examen; pero, en atención al mérito que tiene en el orden de las ideas que acabamos de exponer, vamos a repetirlo.

En las palabras más llanas la biografía es "la vida de un individuo". Si se quiere puede añadirse: "la vida al detalle, etapa por etapa, punto por punto"; pero con esto no se está diciendo todo. Hay que agregar todavía: "la fluencia vital de un individuo, el flujo y reflujo de su existencia". De modo pues, que el detalle y su contigüidad sólo han de servir para marcar la acción y contra-acción a que la vida le somete. De este modo la vida juega el primer rol, y el hombre viene a ser una perspectiva de ella.

En el Teatro al uso el hombre es sólo destello de sí mismo, o de una parte de sí, por eso ha concluido en el "psicologismo", que es una reducción o fracción.

La biografía es un horizonte que busca cercar algo, lo otro es, de una vez y a priori, una cerca enclavada en el contorno inmediato de un sujeto, o de una parte de él, o de su historia.

La técnica de la biografía es completamente otra: no se acuesta la mirada del autor, armado de una idea, sobre cuanto es ya o le acontece al personaje desde fuera. En rigor no lo mira, ni desde fuera ni desde dentro. Es el personaje el que mira a todo, adentro y afuera, el que mira, si se quiere, al propio autor que lo hace, el que contiene íntegramente, y mediante el acto de ir tan sólo viviendo —porque él está en el centro de su propia vida— sus naturales perspectivas. Es un método menos libre, menos optativo, puesto que el personaje, como cualquier ser humano, va pasando en medio de circunstancias que lo determinan, en medio de situaciones variables en tiempo y espacio también variables, que le aprueban su acción, igual que la vida al hombre.

Se dirá que estas circunstancias y situaciones son también inventadas, es cierto, pero, cada una, al crearse desde la raíz individual del personaje, se organizan por sí mismas para hacer las coyunturas vitales por donde el personaje, fatalmente, tiene que resolverse a hacer algo, a elegir, en perfecta armonía con el hacer vital.



La biografía no deja posible escape al destino del hombre. del personaje, a menos que se haga irresponsablemente fallada.

Pero, aparte de las razones hasta aquí dadas, hay otra que cabe para reforzar el criterio expuesto. El espacio y el tiempo han sufrido transformaciones profundas en la vida actual. El innegable acercamiento universal pluraliza la existencia de un modo incommensurable. A no ser que podamos tomar de ella el mayor número posible de sus numerosas avenidas, no estaremos diciendo nada del papel que el hombre cumple y mucho menos de su destino en la vida. Si el autor de antaño podía, mediante una fracción, develar toda la realidad, el autor de hoy sólo puede dar razón de la realidad plural que vivimos mediante el conjunto de fracciones con que la vida se constituye.

Y a esta pluralidad natural de la vida no se le puede encontrar una unidad escénica sino dotándola de un eje, que por demás también es natural: el hombre en actividad vital, como personaje en medio de la vida, en su vida, en su biografía.

El contraste justo entre el Teatro de otrora y el Teatro de hoy consiste, pues, en que este último ha de responder a una temporalidad vital radicalmente diferente, en la cual sólo por medio de lo biográfico puede ponerse en claro la realidad problemática del hombre, ya que tal método es, a nuestro entender, el único que conjunta en torno al hombre, todos los ingredientes que la nueva vida contiene, sus nuevos resortes dinámicos.

Todo lo que hasta aquí hemos escrito va raudo sobre dos cuestiones importantes del Teatro, a saber: la irrealidad del Teatro, y su ejecución técnica. Es necesario, pues, dejar en el lector alguna claridad sobre estos dos puntos: en cuanto al primero, que el Teatro es irrealidad, quiere decir



que lo es virtualmente, lo mismo si se usan ingredientes que por propia naturaleza son reales, o lo contrario, irreales. Cuando en el Teatro lo real no alcanza a crear la irrealidad que el Teatro es, esto sólo quiere decir que el autor de la obra ha caído en falta de ejecución, y que lo mismo habría ocurrido si los elementos utilizados hubiesen sido de la más pura irrealidad.

En cuanto a lo segundo, la técnica, parece como si faltando la respuesta adecuada de la técnica, las ideas y observaciones hechas en este ensayo quedasen vacando, sin ningún destino efectivo.

Queda, ya lo vemos, un saldo técnico sin resolver, de no menor importancia, puesto que con él va a darse vigencia a lo que sin él sería sólo especulación intelectual.

Pero la técnica, no obstante su actual pujanza, siempre es subalterna, siempre está al servicio de algo, aparece como una exigencia de cierta acción interna, de ciertas necesidades urgentes. Podemos detenemos ante el mandato de la realidad, de la vida, pero no ante los implementos requeridos para poner en vigencia tales mandatos. ¿La vida actual tan tecnificada va a desmentirse justamente en aquello que constituye hoy su mayor orgullo?

La técnica es sólo el resultado de poner en claro ciertos principios, de adoptarlos, y de proponerse alcanzarlos firmemente; por esto precisa, primero que todo, saber adónde vamos, adónde debemos ir. No lo hemos hecho aquí a la perfección, pero sí con esforzado empeño.

MANUEL RIVAS LAZARO. Venezolano. Nació en Cumana, Estado Sucre, el año 1900. Ha ejercido la crítica en numerosos órganos periodísticos. Es autor de varias obras de teatro, algunas de las cuales han sido llevadas a la escena. Su labor más extensa la ha realizado en el campo del Teatro Experimental, como director del Teatro del Ateneo de Caracas, del de la Universidad Central de Venezuela y de otras instituciones.

Un día de agosto de 1841, en Boston, un artesano local, John Augustus, compareció ante el Tribunal de Policía de la ciudad y ofreció fianza a favor de un sujeto acusado de ebriedad. Se comprometía también a guiarlo en su conducta mientras durara la fianza. De acuerdo con la ley, el infractor debía sufrir una pena de prisión en la Casa de Corrección de Boston. Sin embargo, el juez se abstuvo de enviar al borracho a la cárcel, aceptó la fianza de John Augustus y concedió al detenido su libertad provisional, con la condición de que volviera al Tribunal dentro de tres semanas para oír la sentencia. Al fin de dicho término, y como el acusado diera evidentes señales de haberse reformado, el juez le aplicó la multa de un centavo y lo condenó al pago de las costas, en vez de imponerle la habitual pena de prisión. Este fue el primer caso de libertad vigilada. Es justo decir, sin embargo, que hacia la misma época se desarrollaba en el Reino Unido un movimiento parecido. Se puede, pues, afirmar que la libertad vigilada nació en Inglaterra y en Estados Unidos, bajo la influencia de prácticas y de leyes muy similares.

La libertad vigilada en Venezuela

POR ALI LASSER

El éxito de su primera experiencia estimuló a John Augustus a repetirla. Siguió prestando fianza a favor de más personas acusadas del mismo delito, convirtiéndose en guía y vigilante de ellas, y no tardó en extender su acción a las mujeres y a los niños, acabando por ocuparse de individuos con gran variedad de infracciones. Durante unos dieciocho años, Augustus se dedicó a este trabajo hasta su muerte, acaecida en 1859. Los casi dos mil casos que obtuvo en

libertad vigilada o "probation" fueron trabajados con gran éxito. Sólo diez individuos fracasaron en la prueba de su propia reforma.

Hay que considerar a este John Augustus como el primer delegado de libertad vigilada. Las reglas que seguía en su trabajo son más o menos las mismas que hoy aplicamos. Augustus tenía buen cuidado de seleccionar a sus protegidos antes de encargarse de ellos. No debían ser reincidentes en el delito y no estar enteramente depravados, bastando que mostraran sinceras disposiciones de corregirse. Augustus estudiaba previamente el carácter y la historia del acusado, las influencias del ambiente, y se hacía cargo del caso cuando veía probabilidades de éxito. Luego observaba la conducta de su protegido y se ocupaba de que asistiera a la escuela, si se trataba de un menor o de que trabajara si era adulto. El trabajo y la escuela eran para él medios poderosos de adaptación social. Este concepto no ha cambiado.

Lejos estaba de figurarse acaso aquel juez de Boston que la medida que le aplicó al borracho estaba henchida de porvenir y revolucionaría el Derecho Penal y los métodos de lucha contra el

delito. Hasta entonces, el empleo de la pena constituía la medida más comúnmente empleada en esa lucha. Se pensaba que la manera más adecuada de defender a la sociedad contra los que la ofendían consistía en alojar a éstos en la cárcel, en escarmentarlos por medio del castigo. Se trataba de intimidar al delincuente, de infligirle un castigo físico y moral proporcionado a la gravedad de su delito. La idea de la reforma moral del infractor estaba casi ausente

de ese sistema porque no se miraba a la persona del delincuente, sino el hecho que había cometido, la ofensa a la sociedad. Por ese camino, en vez de corregir a aquél, se le destruía socialmente, sobre todo si su infracción había sido leve y era la primera vez que en ella incurría, pues se le estigmatizaba con la cárcel y se le separaba de su trabajo, de su familia y de la comunidad. Ese hombre, al recobrar su libertad, tropezaba con grandes dificultades para adaptarse de nuevo a su medio social, pues se lo impedía la pena que había sufrido. Es más que probable que perdiera su trabajo y sus amistades, quedando relegado a una especie de ostracismo social, lo que no debe causarnos extrañeza si se piensa en el carácter puritano de aquellas sociedades. A esto conducía la dureza de la ley: a la formación de un desadaptado más, cuya situación lo predisponía a la comisión de nuevos hechos punibles.

Pero la evolución de las ideas humanitarias había alcanzado ya una etapa que no se conciliaba con semejante rigor. Esa evolución, que había logrado en otros campos grandes conquistas, como la supresión de la esclavitud, debía anotar nuevos éxitos en el terreno del derecho penal. En un momento dado, a la conciencia jurídica le pareció inhumano ese tratamiento, y se dedicó a mitigarlo, a buscar nuevas fórmulas y nuevos caminos. La idea de la reforma y reeducación del delincuente empezó a sustituir a la de su castigo. A ese hombre que delinquía por primera vez y cuya infracción no lesionaba seriamente a la sociedad, había que concederle una oportunidad para que se reformara, sin privarlo de su libertad. Había que someterlo a prueba por un tiempo determinado, bajo una idónea vigilancia, en el seno de la comunidad, sin quebrar sus lazos familiares y sus intereses profesionales. El pronunciamiento de la sentencia o la ejecución de ésta quedaban así suspendidos durante cierto período, en espera de la conducta que observara el individuo. Si ésta satisfacía al Tribunal, si el infractor había pasado victoriosamente la prueba, se declaraba concluida la causa. De lo contrario, el juez dictaba la sentencia u ordenaba la ejecución de la pena.

¿Qué significa, en otros términos, esta libertad vigilada sino un perdón judicial del delincuente? El Tribunal, o más exactamente la ley, perdona en nombre cristiana del perdón, vigente hasta entonces en el campo de la ética individual, en las relaciones privadas de individuo a





individuo, es trasladada, de manera espectacular, a la órbita del derecho, a la órbita de las relaciones de la sociedad con la persona. El cristianismo triunfa así en un territorio que hasta entonces se le había cerrado. Porque hasta ahora, la batalla que ha venido librando el cristianismo se ha desarrollado en lo íntimo de cada conciencia. Una batalla para conquistar al individuo a la verdad de Cristo, pero esa lucha ha trascendido poco a lo colectivo. Las relaciones de la sociedad con sus miembros y, particularmente, las de nación a nación, se rigen a menudo por principios y reglas diferentes de los que postula el cristianismo. El interés del propio Estado o país es la norma que más se acata en el dominio de las relaciones internacionales de pueblo a pueblo, una norma de ética internacional, cuya validez nadie se atreve a discutir, aunque se traduzca en una injusticia para otro pueblo. Y el cristianismo habrá finalmente triunfado cuando logre imponer su aspiración ecuménica sobre los intereses particulares de cada pueblo. Vista así la libertad vigilada como un perdón que concede la ley, habrá que añadir que se trata de un perdón *sui generis*, condicionado al buen comportamiento del individuo, un perdón que se halla en suspenso y que sólo se hará efectivo en el futuro. Más aún, se trata de un perdón que sabe rodearse de precauciones y de garantías, pues no se otorga sin un conocimiento de la personalidad y de los ambientes del sujeto, de sus posibilidades de reforma, y de una supervisión inteligente. La tarea del juez en estos casos es delicada. Su habilidad consiste en saber conciliar los intereses de la

sociedad con los del infractor. No hay duda que tal medida compromete más que cualquier otra al magistrado, pues si ella fracasa, si el infractor reincide durante el período de prueba, la responsabilidad es del juez. Para éste, no se suscitara tal riesgo si aplicara la ley y enviara al individuo a la cárcel. Al menos, así tendría la seguridad de que no volvería a delinquir. Tal vez sea éste un rasgo de la libertad vigilada en el que se debiera reparar: esa responsabilidad directa que asume el juez por los resultados de la medida.

Con lo expuesto, hemos acopiado ya los principales elementos para formular una definición. La libertad vigilada es un método moderno para el tratamiento de los delincuentes en el seno de la comunidad, a condición de que observen buen comportamiento durante el período de prueba, hallándose bajo la supervisión de un delegado del Tribunal cuyas prescripciones deberán cumplir. Esa supervisión, ese control que ejerce el Tribunal, constituye el rasgo esencial, específico, de la medida, y permite distinguirla de otras instituciones similares, como la libertad bajo fianza, por ejemplo, en la cual, si bien es verdad que el procesado obtiene su libertad sin haberse aún dictado sentencia en su contra, no se halla presente, sin embargo, la acción vigilante del Tribunal y su función educativa y reformadora sobre el individuo a través del delegado o trabajador social.

Difusión de la Libertad Vigilada

El ejemplo dado por los anglosajones no tardó en extenderse a otros países: Nue-

va Zelândia (1886), Unión Sud-Africana (1914), Canadá (1889), Bélgica (1888), Francia (1891), Luxemburgo (1892), Portugal (1893), Noruega (1894), algunos cantones suizos (la misma época, más o menos), Holanda (1901), Italia (1904), Bulgaria (1904), Suecia (1906), España y Hungría (1908), Grecia (1911), Finlandia (1918), Rusia (1918). En estos países se promulgaron leyes que preveían la suspensión condicional de la sentencia o su ejecución y la libertad del procesado.

En América Latina citaremos, entre otros, a la Argentina (1921), Brasil (1924), Chile (1906, 1944), Colombia (1915, 1936), Costa Rica (1924, 1941), Méjico (1921, 1931), Uruguay (1916, 1933).

Sin embargo, en nuestros países, la mayor parte de las legislaciones no prevén específicamente la supervisión, y cuando se la efectúa es bajo la forma de supervisión policial. No puede hablarse de una libertad vigilada propiamente dicha. Hay que exceptuar a Chile, donde el control de la conducta del sujeto es ejercido por un servicio especializado, el Patronato de Reos, creado en 1943.

Las fechas anteriormente citadas corresponden a leyes para adultos. La libertad vigilada para menores aparece establecida en las diversas legislaciones en épocas diferentes, generalmente posteriores a las otras.

La Libertad Vigilada en Venezuela

Empecemos por admitir que Venezuela se ha quedado enteramente a la zaga de los demás países en esta materia. Todavía no contamos con un texto legal que contemple la libertad vigilada para los adultos. Sólo existen proyectos de leyes, elaborados por los doctores José Rafael Mendoza y Tulio Chiassone, que ni siquiera son conocidos. De acuerdo, pues, con nuestro arcaico Código Penal, si un individuo incurre en el delito de hurto a que se refiere el artículo 453 de dicha ley, puede ser condenado a prisión de tres meses a un año, bastando que el objeto hurtado tenga un valor de más de veinticinco bolívares. Si la cosa hurtada valía, pues, treinta bolívares, el individuo sufriría dicha pena, aunque hubiera incurrido en el hecho por la primera vez. El carácter inhumano de esta ley no necesita comentarse. Es verdad que el encausado puede obtener la libertad bajo fianza en los términos y bajo las condiciones expresadas en el artículo 320 del Código de Enjuiciamiento Criminal, pero esa libertad carece de todo

efecto reeducativo sobre el delincuente, y no por ello éste ha dejado de sufrir un tiempo de permanencia en la cárcel, pues desde el momento en que lo detiene la policía o en que se dicta en su contra el auto de detención hasta el instante en que se le pone en libertad bajo fianza, ha transcurrido un período suficiente para desarraigarle de su medio y de su trabajo. La dureza de nuestras leyes penales, lejos de reformar al asociado, agrava su inadaptación.

El único texto que hay en nuestra legislación sobre libertad vigilada se promulgó en 1950 y está consagrado a los menores de dieciocho años que se hallen en situación irregular (artículos 113 y 114 del Estatuto de Menores). "La libertad vigilada —expresa el último artículo— supone la entrega del menor a sus padres o representantes legales, con la obligación de someterse a la vigilancia, indicaciones y auxilio del Consejo Venezolano del Niño por el tiempo que el Tribunal determine".

Comentemos esta disposición. Dos clases de autoridades intervienen en la libertad vigilada: el Tribunal de Menores y el Consejo Venezolano del Niño. El primero aplica la medida, el segundo la ejecuta. Los Tribunales de Menores, creados en 1938, ejercen una jurisdicción civil y tutelar. En virtud de la primera, conocen de casos de adopción, guarda, alimentos, patria potestad, tutela, etc. En virtud de la segunda, casos de menores abandonados y delincuentes. Su competencia se extiende a las personas de menos de dieciocho años. El Consejo Venezolano del Niño, fundado en 1938, es una institución oficial encargada de asistir, proteger y educar al menor abandonado o antisocial. Su intervención es de carácter administrativo. Ha creado un servicio de libertad vigilada que funciona en el Distrito Federal y que en breve se extenderá a la provincia, así como otros servicios de protección educativa en el territorio del país. La ley pone estos servicios a disposición del Tribunal.

El procedimiento es a la vez simple y discreto. El juez oye al menor sin solemnidades de ninguna clase, a sus padres y demás personas que puedan informarle acerca de su situación. Si hay indicios de que el menor se halla en situación irregular —abandono o peligro—, el juez ordena que ingrese a un centro de observación para que se le examine su personalidad, su ambiente y su conducta. Sin embargo, en caso de infracciones leves, se puede prescindir del ingreso en Observación y ordenar

el regreso del muchacho a su hogar, provisionalmente, mientras una trabajadora social estudia éste en lo moral y en lo material. La personalidad la investigan los siquiatras y los psicólogos, el ambiente la trabajadora social, y el comportamiento los maestros. El período de observación dura de tres a cuatro semanas. Cuando el juez recibe los exámenes que le envían los expertos de Observación, aplica la medida más apropiada al caso. La decisión del juez se funda generalmente en las conclusiones del siquiatra y del servicio social, pero puede apartarse de ellas.

Condiciones en que el Juez Aplica la Libertad Vigilada

Para que se obtenga el resultado que se apetece, para que el menor pueda vencer la prueba a que se le someterá, para que la sociedad no sea de nuevo perturbada por otra infracción, es indispensable seguir ciertas reglas, ciertas técnicas cuyo olvido o descuido podría deplorarse.

Primera condición: El ambiente material, moral y educativo del niño, así como su personalidad, deben ser cuidadosamente estudiados por el juez y su equipo antes del pronunciamiento de la medida. Lo contrario sería obrar a ciegos. Si de la investigación aparece que el hogar no es responsable para cooperar en la educación del menor o que no es capaz él mismo de reeducarse, entonces la libertad vigilada y la tutela educativa en ese hogar terminarían en fracaso casi seguro.

Segunda: Es también de gran importancia una investigación sobre la conducta anterior y actual del menor. Varias reincidencias en actos antisociales constituyen claras advertencias de que el tratamiento en comunidad no favorece al niño y significa más bien un riesgo para ésta. La reincidencia revela una marcada disposición a la antisocialidad, cierta impotencia del menor para superar por sí mismo su problema y exige, por eso, la vigilancia más estrecha y segura de una institución cerrada.

Tercera: La reeducación y reambientación del niño depende fundamentalmente del delegado o tutor. Estos son los ejes sobre los cuales se mueve todo el sistema. El delegado ideal sabe captarse la confianza y la simpatía del niño, provoca sus confidencias, conoce sus problemas. El menor, en sus momentos difíciles, se vuelve hacia él mismo como a un guía, en busca de ayuda moral. No debe esperar el delegado a





que el niño venga a buscarlo, sino que debe estar pronto para acudir a su lado. Mientras más frecuentes sean sus contactos con el muchacho, mayor será su influencia sobre éste y más grande la confianza que le inspira. No debe olvidar el delegado que se le ha encomendado la vigilancia de una criatura débil que puede extraviarse al menor descuido suyo. Ojalá pudiera hacerse querer y admirar de su protegido. Su acción sería entonces más eficaz. Este afecto y esta admiración no son difíciles de ganar. El niño, y más particularmente el que ha sido descuidado en su hogar, corresponde de modo positivo al interés que se le demuestre. Por otra parte, es conocida de todos esa admiración natural que el niño siente por el hombre, al que imagina dueño de las virtudes que él más ama: la fuerza, el valor y la libertad. La acción inteligente del delegado y del tutor pueden transformar poco a poco el alma del niño, despertando sus mejores impulsos. A veces, sin embargo, toda la buena voluntad que despliegue no podrá evitar que se produzcan fracasos, debidos, en ocasiones, al carácter difícil del niño o a las fallas imprevistas del medio familiar.

En su excelente trabajo "Le Role Social du Juge des Enfants", Madame Rosette Dubuisson, al preguntarse cuál debe ser el primer cuidado del equipo juez-delegado para ganarse la confianza del menor, responde: "El contacto por la palabra... La experiencia cotidiana demuestra que los inadaptados son, en la mayoría de los casos, incapaces de exteriorizarse, de hacerse conocer, amar, ayudar. Si el juez y sus delegados hablan, como es necesario, al adolescente, éste experimentará el deseo de cambiar palabra por palabra, opinión

por opinión, de dar su confianza, de entregarse".

Cuarta: Al mismo tiempo que sobre el menor, la acción del juez y del delegado debe ejercerse sobre la familia. De nada vale que se hagan los mejores esfuerzos para educar al niño, si el ambiente familiar de éste adolece de graves fallas educativas y morales. Esos esfuerzos se verán frustrados. Estudiar y corregir las deficiencias del hogar, comprender las causas de los problemas que surgen entre el niño y los padres, esforzarse por resolverlos, ganarse igualmente la confianza y la estimación de la familia, inducirla a cooperar, orientarla, he aquí objetivos paralelos propuestos a la acción del juez y del delegado.

Experiencias en Venezuela

De diciembre de 1958 a junio de 1959 ingresaron 70 casos en *Libertad Vigilada*.

De éstos:

CASOS	
I Se están trabajando	59
II No se trabajan (por cambio de domicilio, abandono de hogar)	7
III Se han cerrado	4
	70

I — ACTIVOS		MENORES	
a) Trabajan	28		
b) Estudian	6		
c) Estudian y trabajan	4		
d) Cesantes (en espera de trabajo)	18		
e) No estudian ni trabajan, no responden al Tratamiento Social	3		
	59		

II — INACTIVOS

Por:

a) Abandono del hogar	4
b) Cambio de domicilio	2
c) Reincidencia	1
	7

III — CERRADOS

a) Por reincidencia	4
---------------------	---

BIBLIOGRAFIA

- Probation and Related Measures.* United Nations, New York, 1951.
Manual del Delegado de Libertad Vigilada. Paul Wetz, Bruselas, 1916.
Los Tribunales de Menores. Eugenio Cuella Calón, Barcelona, 1941.
La Libertad Vigilada y la Tutela Educativa. Ali Lasser, Bruselas, 1958.
Le Rol Social du Juge des Enfants. Rosette Dubuisson, Bruselas, 1958.
Estatuto de Menores. Caracas, 1950.
Código Penal. Caracas, 1939.
Código de Enjuiciamiento Criminal. Caracas, 1957.
Proyecto de Código Penal. Tulio Chiossoni, Caracas, 1958.

ALI LASSER, Venezolano. Nació en el Estado Falcón. Graduado de Abogado en 1941 en la Universidad Central de Venezuela. Novelista y dramaturgo, ha publicado: "Sin rumbo", novela, Caracas, 1944; "El General Piar", drama en tres actos, 1945; "Catón en Utica", drama en tres actos, 1948; "La voz Abogada", novela, México, 1952; "La muchacha de los cerros", novela, Madrid, 1958; segunda versión de "Catón en Utica", 1960. Tiene inéditas dos obras de teatro. Ha sido Juez de Menores del Distrito Federal, miembro de la Junta Directiva del Consejo Venezolano del Niño y de la Junta Directiva de la Asociación Internacional de Jueces de Menores. Es también miembro de sociedades jurídicas internacionales y ha representado a Venezuela en varios Congresos Internacionales. Ha dedicado extensa labor al tema que trata en el presente trabajo.